

*Rocío Caravedo*

# SOCIOLINGÜÍSTICA DEL ESPAÑOL DE LIMA



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1990

Este libro constituye un acercamiento a la complejidad sociolingüística de la ciudad de Lima como centro de convergencia de grupos humanos y variedades lingüísticas disímiles. Con un enfoque unitario se analizan separada e integradamente los principales fenómenos de la fonología hispánica, no sólo en el espacio dialectal limeño, sino también, comparativamente, en otras comunidades del mundo hispánico, cuando se han investigado los mismos fenómenos con un enfoque análogo. De esta manera se ofrece un panorama donde los hechos separados espacialmente se conectan con los mismos procesos generales.

La realidad investigada a partir de este enfoque motiva reformulaciones metodológicas y reflexiones más profundas sobre los aspectos comunes del sistema español y las diferencias específicas que las comunidades humanas imprimen a ese sistema.

Aunque este libro constituye ya el cuarto volumen sobre el español de Lima realizado por la autora, se puede decir que se trata del primer estudio exhaustivo, completo e integrado comparativamente de una modalidad del español peruano.





SOCIOLINGÜÍSTICA DEL ESPAÑOL DE LIMA

*Rocío Caravedo*

# SOCIOLINGÜÍSTICA DEL ESPAÑOL DE LIMA



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1990

Primera edición diciembre, de 1990

*Cubierta:* Carlos A. González R.

*Sociolingüística del español de Lima*

Copyright © 1990 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel, Apartado 1761. Lima Perú. Tlfs. 626390 y 622540, anexo 220

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú – Printed in Peru

## CONTENIDO

PRÓLOGO	9
I LA COMPLEJIDAD SOCIOLINGÜÍSTICA DE LA CIUDAD DE LIMA	15
II METODOLOGÍA	
La variación	41
La variable y su condicionamiento	45
La formalización	55
Los datos y el corpus	59
Características de los informantes	62
Procesamiento del corpus	63
Conceptos operativos	65
III ANÁLISIS	
<i>El conjunto de orales</i>	73
Variantes y neutralización	75
Ordenamiento contextual	82
Contextos iniciales	84
Contextos finales	94

Correlación sociolingüística	98
Comparación dialectal	114
<i>La sibilante</i>	121
Variantes	122
Condicionamiento interno	128
Correlación sociolingüística	134
Comparación dialectal	139
<i>Las vibrantes</i>	148
Variantes	152
Condicionamiento interno	156
Grupos consonánticos	165
Contextos finales	167
Correlación sociolingüística	173
Comparación dialectal	181
Correlaciones gramaticales	189
<i>Las nasales</i>	196
Variantes y condicionamiento	200
Correlación sociolingüística	202
Comparación dialectal	206
IV EPÍLOGO	
Confluencia de los procesos	215
Esquemas descriptivos de los procesos en Lima	219
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	225

## PRÓLOGO\*

Como el título lo anuncia, el marco en que se inscribe este trabajo considera al lenguaje como un fenómeno de naturaleza social. En este sentido, estudia los hechos lingüísticos no en aislamiento sino en relación con los hablantes, que los materializan y eventualmente los modifican. Aunque las lenguas puedan estudiarse y de hecho todavía se estudien como organizaciones abstractas o ideales independientes de los hablantes que las usan, tal posición sólo puede aceptarse como etapa provisional en el trabajo científico que aspire a conocer el lenguaje en su integridad, pero no como un fin en sí mismo que lleve al objetivo ansiado de aprehender la naturaleza del lenguaje. Utilizo aquí el término *lenguaje* en un sentido global como objeto *referencial* que define el ámbito de la lingüística o que conecta un conjunto de

---

\* La redacción de este trabajo fue realizada durante el semestre de investigación que me fue concedido por la Pontificia Universidad Católica del Perú en el año 1988. Una parte de los materiales proviene de la investigación sobre la norma culta de Lima que realizo en el Instituto Riva-Agüero de esta Universidad, la cual a su vez, se inscribe en la investigación de la norma culta de las ciudades hispanohablantes coordinada por Juan Manuel Lope Blanch. Otra parte proviene de la investigación sobre el habla popular que realizo también en el Instituto Riva Agüero. De este material, he elegido sólo las entrevistas que yo misma he recogido y transcrito fonéticamente. Por lo tanto, la responsabilidad en los desaciertos es exclusivamente personal.

Agradezco de modo especial el cuidado puesto generosamente por Miguel Angel Rodríguez Rea en esta edición.

reflexiones con una referencia común y no en el sentido exclusivo de facultad universal.

Con esto no quiero decir que no se pueda hablar de hechos generales en cada lengua particular y que no pueda abstraerse una base común para todas las lenguas por el hecho de pertenecer a una clase de objeto llamado lenguaje. Creo, más bien, que estos hechos generales no tienen el mismo valor, uniforme y absoluto, que se trata de una generalidad escalonada que implica diferentes grados y valores. Sólo si aceptamos que la generalidad se configura de modo particular en las lenguas se podrá comprender la riquísima expresión de la variabilidad en la existencia de numerosas lenguas desperdigadas por el mundo. ¿Acaso no se entiende mejor la creatividad humana del lenguaje en esta diversidad que en la supuesta uniformidad, en lo variable que en lo constante? El poder estabilizador pero a la vez transformativo de los hablantes sobre sus lenguas constituye expresión de esta creatividad involuntaria, pero inherente a la condición humana del lenguaje. Concentrando mi reflexión sobre este aspecto fundamental justifico una vez más el enfoque sociolingüístico para aprehender la diversidad inherente al lenguaje.

Lo dicho no lleva necesariamente a imaginar, como lo creen algunos, que la sociolingüística es tal sólo cuando estudia la variación en los diferentes estratos sociales en que se inscribe a los hablantes. Podría emprender un estudio sin diferenciar estratos sociales dentro de un mismo espacio y, no obstante, considerarlo sociolingüístico. No debe confundirse social con sociológico. Basta que admitamos que la variación en el lenguaje tiene que ver con el modo diferenciado como éste se inserta en el mundo de los hablantes y, en este sentido, con el reconocimiento de su modo de existencia natural para considerar legítima la indagación sistematizada de las circunstancias de la variabilidad y de sus efectos sobre la configuración de las lenguas a lo largo de la historia y, en esta medida, justificar un estudio sociolingüístico. Lo social se entiende en esta visión como lo compartido, lo comunitario del lenguaje, la articulación perfecta entre lo común, lo general por un lado y lo particular, por otro, en sus diversos grados y matices.

Todo estudio de la covariancia entre las formas y sus contextos de manifestación sean éstos temporales, espaciales, grupales o situa-

cionales se inscribe en el campo de pertinencias de la visión sociolingüística del lenguaje. En esta línea, el presente estudio aborda aspectos lingüísticos del español en covariación socio-espacial, en el sentido en que se enfrentan comparativamente varios espacios del área hispánica, y también grupos sociales dentro de cada uno de los espacios. Con respecto a Lima, he reducido provisionalmente el amplio espectro social a dos polos de observación culto y popular, identificados con algunas características que en su momento comentaré.

En general, en el lenguaje pueden reconocerse factores individuales y sociales que definen hechos absolutamente variables y hechos relativamente constantes. Como los factores individuales, absolutamente variables, no son compartidos y, en esa medida, escapan a la visión sociolingüística que adopto, el foco de perceptibilidad se concentrará en los factores relativamente constantes o variables (en distintos grados y modalidades) que en razón de su relatividad pueden conectarse y organizarse.

En esta visión no se desconoce el aspecto cognoscitivo del lenguaje, cuya existencia nunca ha estado en discusión, sino que se separa el proceso individual del conocimiento referido a un solo hablante, sea éste ideal o real, de su cristalización en un hecho compartido, social, restructurable como sistema o reconocible como lengua. Al separar en el ámbito cognoscitivo lo individual de lo social separo también el saber técnico del lingüista inserto en un sistema metalingüístico determinado y el del hablante común. Deslindados ambos terrenos se estudia el producto del conocimiento expresable en la actividad constante de los hechos de habla, sin descartar la posibilidad de estudiar los aspectos cognoscitivos y metalingüísticos, y de conectarlos con esa actividad.

Así concebido, el enfoque sociolingüístico no contradice la existencia de aspectos cognoscitivos en el lenguaje de cualquier rango de generalidad o especificidad, sino que trata de responder a una necesidad científica por explorar aspectos objetivos y evitar las reducciones o extrapolaciones prematuras sobre la base de hechos parcialmente percibidos o no contemplados en toda su magnitud. Digo esto, porque la preocupación excesiva por los hechos cognoscitivos llamados universales como si no existieran hechos cognoscitivos de diverso

rango de particularidad expresables en las lenguas y en los diversos dialectos, o por las organizaciones abstractas separadas de sus usuarios se basan siempre en algún tipo de patrón individual o asistemáticamente grupal, que generalmente coincide con un ideal metalingüístico representado por el saber técnico del lingüista: su propia consideración de "lo correcto", o a lo más, por el saber de un grupo restringido culto o prestigioso. En nombre de lo común, de lo universal, de lo constante se toca, en verdad, lo individual prestigioso, lo individual reconocido, cuando no, lo individual técnico o consagrado por los lingüistas. Lo considerado general constituye en muchos casos una generalización simplificadora sobre la base de una parcela específica del universo, que no necesariamente autoriza la extrapolación. Lo llamado descriptivo o, más riesgosamente, explicativo encubre realmente lo prescriptivo.

Nadie entenderá que la visión sociolingüística tenga que prodigarse en minuciosidades y detalles de todos los usos particulares. Lo social implica también el manejo de lo general y de lo constante, pero no como magnitudes absolutas sino relativas, procesadas a través de un estudio objetivo y sistemático de los fenómenos tal como se manifiestan en el mundo de los hablantes. Felizmente, la investigación sociolingüística ha avanzado mucho en las últimas décadas y se cuenta con estudios muy exhaustivos que permiten aplicar procedimientos integradores de una gama muy amplia de datos de diferentes características. El trabajo que aquí presento busca situarse en esta línea de preocupaciones y contribuir con esta investigación particular y, sin duda, limitada a la ejecución de un plan disciplinario integrador capaz de incorporar manifestaciones aparentemente diversas de los hechos lingüísticos en distintos órdenes de observación y conectarlos en un enfoque unitario.

A propósito de esta perspectiva integradora, reformulo algunos textos teóricos funcionalistas y ofrezco una base conceptual y descriptiva para conectar muchos fenómenos dentro del enfoque común. En consecuencia, no aspiro a que este trabajo constituya sólo un mero análisis sociolingüístico particular, inconexo, autosuficiente, sino la ejemplificación de una visión teórica más completa expresada en un marco conceptual unitario que pueda valer para cualquier conjunto de datos provenientes de cualquier punto del universo hispánico e

inscribirse en un sistema de objetivos disciplinarios aplicables también a cualquier lengua. Para ilustrar el marco conceptual, este estudio aunque su título así lo indique, no se refiere exclusivamente a Lima sino que confronta datos provenientes de distintos dominios hispánicos y los encuadra en una visión general.

Por otro lado, la restricción del estudio al aspecto fonético no es accidental. La manifestación más ostensible de las diferencias entre las lenguas y entre los dialectos, de la variación, de la diversidad, se transmite a través de los canales sensoriales y perceptivos del lenguaje, que hacen posible su materialización, su identificación y su reconocimiento. Todos los niveles, planos o subestructuras de lo llamado lenguaje se expresan a través de estos canales. El modo como los hablantes configuran su lengua, la transforman y la usan está directamente ligado al modo como la perciben, la articulan y eventualmente la controlan o la modifican voluntaria o involuntariamente. Más aún, no existe otro modo de conocer una lengua sino a través de los procesos sensoriales de percepción y producción. Por ello cualquier intento de profundizar en los aspectos cognoscitivos debe pasar por el estudio de la complejidad de esos procesos. ¿Qué distancias y conexiones existen entre los dos procesos? ¿Qué se considera relevante para organizar la masa sonora y convertirla en instrumento de expresión y de pensamiento, pero también de identificación individual y grupal y de relación entre individuos, donde aun los significados referenciales pasan a segundo plano? Pero esta elección, respaldada además por la firmeza metodológica proveniente de la sólida investigación disciplinaria en lo que respecta a lo fonológico, incluso en el dominio de la variación, no descarta la necesidad de integrarla con estudios sobre el léxico, la morfología y la sintaxis, que hemos dejado por el momento para otra ocasión.



I

LA COMPLEJIDAD SOCIOLINGÜÍSTICA  
DE LA CIUDAD DE LIMA



En los últimos años se ha venido acrecentando el interés por el estudio de los grandes focos urbanos como fenómenos sociolingüísticos que favorecen, en razón de su complejidad, la variación de los sistemas lingüísticos. El estudio sobre el inglés de Nueva York realizado por Labov (1966) constituye sin duda alguna el trabajo más representativo y ejemplificador de esta línea de preocupaciones en torno a la naturaleza histórica, variable y social del lenguaje, si bien ya son muchos los estudios que, aplicando o no la metodología laboviana, se concentran en los fenómenos lingüísticos que surgen y se desarrollan en los contactos de los grandes grupos urbanos. Baste citar como ejemplos, sin perseguir la exhaustividad, el trabajo de M. Alvar sobre Las Palmas de Gran Canaria, los enmarcados en el Proyecto de la Norma Culta de las Capitales Hispanohablantes, coordinado por J.M. Lope Blanch, el de H. López Morales sobre San Juan de Puerto Rico, el de Perissinotto sobre México, el de Martínez sobre Burgos, el de Etxebarria sobre Bilbao<sup>1</sup>.

Los grandes núcleos urbanos, centros de convergencia humana muy diversificada, ponen en contacto usos lingüísticos disímiles y hasta diferentes lenguas modificando, afectando o definiendo los procesos lingüísticos normales o inherentes a la modalidad originaria.

---

1. Me refiero a Alvar (1972), Lope Blanch (1967), López Morales (1983), Perissinotto (1975), Etxebarria (1985), Martínez (1983).

El caso de la ciudad de Lima reviste además características particulares debido al centralismo económico, político, social que ha estimulado el proceso migratorio de grandes masas de población provenientes de todos los lugares del país: de las zonas andinas, amazónicas y también de las propias zonas costeñas aledañas y lejanas que constituyen provincias menores en importancia que la capital. Pero además la migración en esta ciudad constituye un proceso que envuelve, en gran medida, a mundos culturales distintos, a un universo rural que se enlaza con un mundo urbano.

Establecerse en Lima significa para los pobladores de otras zonas del país acceder no sólo a posibilidades laborales, económicas, culturales, sociales más favorables que las de sus lugares originarios sino, en muchos casos, a la esperanza de la supervivencia, que frecuentemente se disuelve cuando llegan a la capital y no les espera el disfrute de las ventajas urbanas, tecnológicas, económicas o sociales. Por el contrario, encuentran desocupación, pobreza y marginación. La migración verdaderamente transformativa constituye justamente la de estos grupos con escasos medios económicos, naturalmente no la de grupos pudientes o con escolaridad superior, general aunque no exclusivamente costeños, que desean instalarse en la capital. Con el crecimiento masivo de los grupos migrantes de un estrato socioeconómico inferior surge en la ciudad un nuevo estilo de vida y de comunicación.

En el terreno lingüístico, la diversificación cultural viene aparejada con el contacto y el conflicto de lenguas diversas, tipológicamente muy distantes, como lo son el español y el quechua o el aimara. Es lógico suponer que se produzca la mutua influencia entre lenguas y la convergencia de diferentes modalidades dialectales del propio español en el mismo espacio geográfico. Podría decirse que la ciudad de Lima se convierte en una síntesis del español peruano porque confluyen en ella las modalidades de todo el país. Pero no se trata ciertamente de una mera coexistencia de modalidades distintas, sino del desarrollo de formas surgidas como producto de esa coexistencia y del desencadenamiento de determinados procesos lingüísticos que constituyen materia de esta investigación.

Comúnmente se ha venido enfrentando algunos fenómenos

atribuidos a los hablantes andinos bilingües como las alternancias vocálicas, la asibilación de las vibrantes, el tipo de consonantismo etc. como originarios del quechua más que como fenómenos propios del español. Pero cuando se descubren muchos de estos fenómenos en el habla de hablantes no bilingües, ni siquiera andinos, en zonas donde no se habla quechua, o cuando se los encuentra en algún momento del desarrollo de la propia lengua española (como el caso de la alternancia vocálica) o cuando se reconoce que en todo caso se manifiestan en el propio hablar español, surge la certeza legítima de tratarlos como modos pertenecientes a esta lengua tal como se habla en estos lugares, de indagar cómo se articulan tales formas en los procesos lingüísticos del español en el sentido general y cómo, en esta medida, pasan a formar parte de la lengua como totalidad.

Con todo, se impone la difícil tarea de organizar una masa densa de datos lingüísticos, aparentemente mezclados y confusos, extraídos del español hablado en Lima por hablantes originarios de todas las zonas del país que conviven con los hablantes nacidos en esta ciudad. Si se reconoce en la *densidad* y en la *especificidad* del proceso migratorio, las características más saltantes de la complejidad cultural y humana de esta ciudad, una primera aproximación para el estudio lingüístico puede partir de identificar y separar diferentes grupos en orden a sus espacios originarios; esto es, en primer lugar, a su condición de migrantes o no migrantes, en segundo lugar, a las diferencias, a veces profundas, entre las distintas comunidades de migrantes incluso separadas lingüísticamente por la posesión de lenguas distintas, y también a las diferencias entre los distintos grupos de no migrantes, y posteriormente detenerse en las interacciones entre los grupos y sus procesos de adaptación al nuevo espacio comunicativo. Pero estos procesos adaptativos no deben verse restringidos sólo al grupo migrante sino que se ha de considerar también al grupo originario que actúa como receptor migratorio y que debe acomodarse a su nuevo interlocutor. Los procesos lingüísticos se producen, pues, en esta interacción complicada y asimétrica.

Pero existen además razones estratégicas y metodológicas de considerable peso para privilegiar el deslinde entre originarios y no originarios de la capital como punto de partida para abordar el universo sociolingüístico del español de Lima. El hecho de que esta inves-

tigación constituya una proyección de un estudio más amplio sobre las *normas cultas* de las ciudades hispanohablantes, y que la unidad de criterio metodológico integre datos de distintos espacios del universo español resulta una razón nada desdeñable desde una perspectiva científica que apunte a la unificación y a la conexión interna de los distintos sectores del conocimiento, en este caso, referidos a un dominio disciplinario particular y a un objetivo específico de investigación<sup>2</sup>.

Con estos lineamientos en mente, propongo un plan de investigación en dos etapas: la primera, que desarrollo aquí, aborda el español *de* Lima en su aspecto fonético (extendible a otros aspectos como el léxico, el sintáctico, el discursivo) y la segunda, actualmente en proceso, abordaría el español *en* Lima, cabe decir, las modalidades de los hablantes limeños hijos de limeños y las modalidades de los hablantes originarios de otras regiones y de sus hijos que viven en esta ciudad. Está demás destacar que la separación establecida es solamente instrumental, inherente a las exigencias analíticas y al orden interno del plan de investigación, que aspira a encontrar las influencias mutuas y las semejanzas debajo de lo que pueda parecer diferencial o privativo de los grupos.

Partiré, pues, de una discontinuidad inevitablemente gruesa, sin muchos matices, sobre la base perceptible de dos universos que llegan a confluir en un solo espacio social y geográfico.

Pero además de las razones estratégicas y metodológicas que pueda esgrimir para establecer este primer deslinde existen otras más poderosas que tienen que ver con la inserción de lo geográfico en el propio espectro social de la ciudad, su poder profundamente transformativo e innovador de muchos aspectos de la vida urbana, para avalar el privilegio de la *procedencia geográfica* como criterio clasificador para un primer acercamiento de las características lingüísticas de la ciudad.

Comentemos las características de *densidad* y *especificidad* del fe-

---

2. Cf. *infra* nota 4

nómeno migratorio, que he mencionado arriba. Ambas se presentan íntimamente conectadas. La densidad cuantitativa del proceso migratorio, intensificada durante las últimas décadas, ha reducido marcadamente a la población propiamente limeña. Los siguientes cuadros extraídos de los datos del Instituto Nacional de Estadística muestran, pese a sus grandes limitaciones, la magnitud del proceso migratorio en cuanto al peso cuantitativo, si bien parece ser que, por razones de distinto orden, la tasa de migración presenta un leve decrecimiento en el último censo de 1981. En todo caso, hay que considerar la población no sometida a censo, hacinada ocultamente en una misma vivienda, o flotante, imposible de identificar y medir, y el hecho de que los datos se detengan en 1981 y no registren los procesos ocurridos en los últimos nueve años.

**Cuadro 1**

**Crecimiento demográfico en Lima Metropolitana 1940-81**

Población	1940	1961	1972	1981
Nativa	71.5	53.7	53.8	57.3
Migrante	28.5	46.3	46.2	42.7

**Cuadro 2**

**Aumento intercensal y promedio anual de pob. migrante 1940-81**

Lima	1940-81	1940-61	1961-72	1972-81
Aumento total	1,777.8	670.2	672.8	434.8
Promedio anual	43.4	31.9	61.2	48.3

### Cuadro 3

#### Aumento quinquenal y promedio anual de migración: 1967-1981

Lima	1967-1972	1976-1981
Aumento total	400.8	388.6
Promedio anual	80.2	77.7

(Cuadros extraídos de Verdera 1985 (p. 8, 12 y 13) quien, a su vez, reproduce los datos del Instituto Nacional de Estadística).

Ahora bien, la *especificidad* del proceso migratorio tiene que ver con el hecho de que una masa considerable de la población migrante constituye un conjunto de pobladores situados en una escala socio-económica inferior que deja su lugar de origen por hambre, desocupación o imposibilidad de supervivencia y no por una mera mejora de condiciones de vida. Esta población proviene fundamentalmente de las zonas andinas que tienen como primera lengua el quechua y se desenvuelve en ambientes mayormente rurales. El siguiente cuadro muestra cómo el mayor porcentaje de emigrantes corresponde a la sierra, aunque no se pueda saber con claridad qué porcentaje de esa emigración se dirige hacia la capital. Con todo, parece sintomático que el mayor porcentaje de inmigración se concentre en Lima.

### Cuadro 4

#### Distribución de los migrantes internos según regiones.

	inmigrantes		emigrantes	
	1967-72	1976-81	1967-72	1976-1981
Lima-Callao	45.1	35.4	14.4	21.5
Resto Costa	18.8	19.4	21.2	22.2
Sierra	29.6	33.3	57.9	48.5
Selva	6.5	11.9	6.5	7.8

(Cf. Verdera 1985, 16).

Independientemente del detalle cuantitativo, que puede no ser determinante, el factor rural tipifica cualitativamente el proceso migratorio y lo marca con un sello específico y una valoración respecto de los pobladores que habitan en la ciudad, modificando la constitución social y su sistema de relaciones.

En un primer momento, los hablantes limeños singularizan a algunos migrantes a partir de muchos elementos que pueden ser de orden físico, racial, lingüístico o de comportamiento general. Estos fenómenos resultan notorios en el caso de las personas originarias de las zonas andinas, que hablan otra lengua y que provienen de un medio mayormente rural y no pueden adaptarse fácilmente a las exigencias del mundo urbano. A causa del centralismo, la superioridad política y cultural de la ciudad respecto de las otras zonas peruanas contribuye a la configuración de una escala social que valora jerárquicamente la procedencia geográfica del individuo y asigna un lugar inferior a lo considerado no limeño. Los términos *provinciano*, *serrano* etc. surgen peyorativamente para singularizar y separar a otros grupos. Pero obviamente en esta escala socio-geográfica, no ocupan el mismo lugar los costeños y los andinos, y dentro de ellos se tiene en cuenta su procedencia urbana o rural y la ocupación que desempeñan. Pero, en todo caso, en la valoración social, y con las restricciones debidas, lo andino ocupa el último lugar en el espectro social, después de lo amazónico y de lo costeño.

Ahora bien, tales valoraciones parten obviamente del grupo originario, que se siente superior y dueño de su espacio. Pero el proceso migratorio se intensifica y se vuelve masivo de modo que el grupo migrante cobra más fuerza, posesionándose del nuevo espacio y conformando, en esa medida, la nueva población limeña (aunque no sea originaria de allí). El antiguo poblador limeño se repliega aunque, muchas veces, se confunde con la población migrante. Simultáneamente los grupos migrantes se van adaptando progresivamente a la ciudad, tienen allí familia, que empieza a ser limeña de nacimiento y se reacomoda al ambiente, de modo que los límites singularizadores de lo *migrante/no migrante* o de lo *originario/no originario*, cuando existieron, se difuminan, incidiendo sobre la valoración socio-geográfica estratificada, predominante en los primeros momentos del proceso migratorio y a partir de la interpretación del conjunto de pobladores limeños.

Mucho se medita sobre los problemas de readaptación de los grupos migrantes, pero quizás muy poco se ha tenido en cuenta la deadaptación que sufren también los grupos originarios que reciben la avasalladora migración en su espacio, que los convierte en extraños en su propio terreno. Los grupos migrantes rurales imponen una forma de vida distinta a la que tiene la ciudad y los pobladores originarios deben adaptarse a ella. ¿Qué tipo de coexistencia y de tolerancia surge entre estos grupos en los diferentes órdenes de la vida humana y de qué manera se manifiesta en los procesos comunicativos, uno de cuyos instrumentos primarios es el lenguaje?

Lo dicho sobra para destacar la significación del proceso migratorio y la legitimidad de usar la procedencia geográfica como primer instrumento organizador de la complejidad sociolingüística, y como criterio fundamental para entender los mecanismos sociales ligados íntimamente al espacio y a la historia de esta ciudad.

Detengámonos a considerar primero el sentido del término migrante. Para los efectos de los censos, el Instituto Nacional de Estadística consideró como migrante a toda persona empadronada fuera de su provincia originaria. De acuerdo con esto, no se considera migrante a los hijos de migrantes que puedan haber nacido en la capital y aun cuando no puedan estabilizarse en ella. En cambio, el último censo consideró migrante al individuo sólo después de cinco años de residencia habitual en Lima. Con esta última definición se involucra sólo a la población estable y se elimina a aquella que pueda considerarse de paso en un lugar. En cualquier caso, según los cuadros reproducidos anteriormente, los porcentajes migratorios, aun cuando parezcan descender, se presentan muy altos, intensificándose en el sector andino.

Ahora bien, si lo dicho puede resultar relevante para los propósitos inherentes al censo nacional, no necesariamente lo es para identificar y describir la complejidad lingüística de la capital. En una masa tan considerable de pobladores no originarios de la capital importa poco que se encuentren estables o que se muden constantemente. Lo definitivo reside en la coexistencia de esa masa proveniente de todos los lugares del Perú, preferentemente de la región serrana.

Creo que podrían reconocerse dos etapas fundamentales en el proceso migratorio:

1. El primer contacto de ambos grupos unido al reconocimiento mutuo de lo diferencial y extraño tanto de parte del grupo receptor como del grupo migrante.
2. La estabilización del movimiento migratorio. No me refiero al cese de la migración, sino a la continuidad habitual estable de ese movimiento, de modo que deja de percibirse lo diferencial como extraño y se convierte en constante, habitual, constitutivo del habla de la ciudad. La actual coexistencia se asienta sobre el cumplimiento de la segunda etapa.

Esto nos obliga a revisar el concepto de migrante que se toma como referencia para un primer deslinde de fenómenos lingüísticos. Se agrupa en este conjunto a las personas no nacidas en la ciudad, independientemente de su tiempo de residencia en ella, pero también a sus hijos, aunque hayan nacido en Lima. En la segunda fase de la investigación, cuando se aborde el grupo de migrantes se establecerán criterios analíticos más finos que separen diferentes subconjuntos en orden a su lengua materna, a sus condiciones migratorias, a su tiempo de residencia en la capital, a su edad de migración, a su ambiente educativo, a sus relaciones intergrupales en la ciudad (tipos de grados de contacto con grupos del mismo lugar de origen o con otros grupos), a su ocupación y, en general, a su modo de inserción en el nuevo espacio que habitan.

Todo lo dicho deja ver que utilizo de esta manera el término *migrante* con un carácter exclusivamente *operativo* y no *conceptual*, propio de una clase de términos usados en el trabajo científico, que se acuñan en las distintas fases de la investigación atendiendo a necesidades pragmáticas, para organizar o manipular entidades muy complejas que no se prestan fácilmente a la delimitación de la percepción científica. En un sentido natural, obviamente no pretenderé sostener que los hijos de migrantes no sean limeños. El término, tal como lo empleo, sólo puede sostenerse desde el punto de vista lingüístico: de la interacción de ciertos procesos, en este caso fonéticos, de su fuerza y de su distribución en las coordenadas grupales, y a partir del ordena-

miento interno de las fases de esta compleja investigación, que se articula con la de las *normas cultas* de hablantes nacidos en Lima y de padres limeños, a su vez articulable con la investigación más general de las normas de las capitales hispanohablantes, imposible si se acomete con intuiciones aisladas, criterios inconexos o individualizadores que no llevan sino a compartamentalizar y seccionar infinitamente la realidad. Por otro lado, el término, así restringido, evitaría, por ejemplo, que en la primera fase de deslinde e identificación tratáramos en el mismo conjunto fenómenos obtenidos del habla de un limeño natural hijo de un cuzqueño quechuahablante con los obtenidos en el habla de un limeño que ha vivido toda su vida en la ciudad sin ningún contacto con el quechua.

Con este criterio, los migrantes se pueden situar naturalmente en distintas capas sociales y pueden ser también costeños, serranos o selváticos, de ciudades pequeñas o del campo, con distintos grados y tipos de escolaridad y distintas condiciones económicas y ocupacionales. Por otro lado, los no migrantes no constituyen un grupo uniforme y se situarán también en distintos estratos sociales, económicos, culturales y ocupacionales. Pero en la valoración socio-geográfica, a veces generalizada a todo migrante, influye el hecho de que un gran porcentaje viene en condición de trabajadores por cuenta propia o se emplean en oficios manuales o domésticos y, en general, no calificados, como lo muestran los cuadros siguientes extraídos de Verdera (1985, 49-50).

**Cuadro 5**

**Lima: nativos e inmigrantes: grupos ocupacionales y edad al llegar (1965-1966)**

	HOMBRES		MUJERES	
	no manual	manual	no manual	manual
Nativos	50.0	50.0	67.8	32.2
Migrantes	40.2	59.8	37.2	62.8
Migrantes con menos de 15 años	44.5	55.5	34.3	65.7
Migrantes mayo- res de 15 al llegar	38.4	61.6	39.1	60.9

Según el cuadro anterior la mayor parte de migrantes, sobre todo si son mujeres, tienen ocupaciones de tipo manual.

Cuadro 6

Migración y composición de la fuerza laboral urbana en 1970

	% de la fuerza laboral urbana	% de migrantes urbanos	% de migrantes a Lima
Sector Trad.	58.7	63	72
Propietarios	5.4	58	64
Cuenta propia	30.6	57	69
Domésticos	6.2	89	88
Sector Moderno	41.3	63	67
Empleados	9.7	51	55
Obreros	18.4	72	78
Gobierno	13.2	59	62

Del cuadro anterior se desprende cómo el mayor porcentaje de migrantes a Lima se desempeñan en empleos de servicio doméstico o como obreros, lo que indudablemente contribuye a la subvaloración de estos grupos a partir de los pobladores originarios. Si agrupáramos los porcentajes de obreros, domésticos y trabajadores por cuenta propia obtendríamos una cifra muy superior a la aparentemente elevada del porcentaje de propietarios.<sup>3</sup>

La indagación, a partir de esta perspectiva, sirve también para mostrar la fusión del fenómeno geográfico y el social, el modo como lo espacial se reinterpreta y valora socialmente. Las fronteras de tipo geográfico se difuminan, las modalidades lingüísticas, antes separadas en la discontinuidad espacial, se encuentran y se confrontan en un

3. Los cuadros, sin embargo, dejan algunas dudas sobre los alcances de ciertos términos como *propietario*, *cuenta propia*, *gobierno*. ¿Qué significado social tienen esas ocupaciones cuando los individuos se insertan en el ambiente de la capital? Queda claro, sin embargo, el porcentaje alto de obreros y de trabajadores domésticos.

nuevo escenario convirtiéndose en una continuidad que formará sus nuevos márgenes separadores más restringidos y débiles en el espectro social, pero también sus nuevos canales y puentes de contacto y de intersección.

Para los propósitos de este trabajo empezaré estableciendo una discontinuidad social a partir del grupo de limeños no migrantes como punto de partida para el estudio de la totalidad y para comprender los desplazamientos e interacciones de los procesos lingüísticos a lo largo de los distintos grupos profundizando así en la naturaleza de la variabilidad. Empezaré diferenciando el grupo *culto* del grupo *popular* con el propósito de establecer coherentemente, además, los lazos metodológicos y teóricos con una investigación de largo alcance, realizada parcialmente en otras ciudades del mundo hispánico.<sup>4</sup> Esta diferenciación, como todos los criterios metodológicos enfrentados a una realidad compleja, no deja de ser simplificadora. Pero creo que toda investigación empírica debe empezar por establecer discontinuidades laxas que la investigación gradual vaya afinando y restringiendo. No puede absorberse de modo simultáneo toda la complejidad que presenta la realidad, pues ésta siempre aparece mediatizada por algún tipo de sistema ordenador que selecciona de ella lo provisionalmente relevante y lo reinterpreta después en su totalidad. Dentro de los límites de esta investigación, he preferido trabajar con dos extremos de una jerarquía social, donde las líneas de reconocimiento sean más nítidas y las diferencias se perciban con notoriedad.

En su estudio sobre el habla de la ciudad de Nueva York, Labov (1966, 213) establece los siguientes factores como índices de la pertenencia a una clase social: el ingreso, la educación y la ocupación. Como no se trata de aplicar ciegamente los criterios que puedan valer para otras sociedades, he establecido una adecuación de esos aspectos a la complejidad de la zona que se estudia.

---

4. El Proyecto de la Norma Culta propuesto por Lope Blanch (1967) ha impulsado productivamente las investigaciones sobre muchos fenómenos hispánicos y ya son muchos los trabajos que pueden servir de referencia, la mayoría consignados en Lope Blanch (1986). Además se ha ido publicando el propio material, de modo que pueden extenderse las visiones comparativas y estudiarse desde diferentes perspectivas.

De hecho, el *ingreso*, en la ciudad de Lima, no constituye un indicador inequívoco de clase social, pues resulta corriente que individuos de clase culturalmente superior tengan ingresos muy bajos o por debajo de individuos con un nivel cultural inferior.

El factor *educativo* debe correlacionarse con la generación y con el tipo de institución escolar. En el primer caso, debe tenerse en cuenta que muchas personas de la tercera generación alcanzan sólo instrucción primaria, escasamente secundaria, sobre todo mujeres, y no corresponden necesariamente a una clase inferior, salvo que le demos arbitrariamente ese valor. Por otro lado, personas con educación, incluso superior, pueden pertenecer a clases culturalmente inferiores, por el hecho de proceder de zonas alejadas de la ciudad o de ambientes muy pobres. La diferencia social que he asignado a lo geográfico se transmite a lo educativo a través de las instituciones donde se estudia: si funcionan en la capital o en provincias, si son particulares o estatales, diurnas o nocturnas, además de otros factores más finos para diferenciar los distintos niveles que se asignan a los colegios particulares. Lo mismo ocurre con las escuelas técnicas y las universidades. Las instituciones reciben, pues, una valoración social que se añade a la de procedencia.

En cambio, la *ocupación* establece de manera más clara la inserción del individuo en su comunidad y el tipo de relaciones que mantiene con los otros individuos: simétrica o asimétrica. Como indudablemente lo educativo contribuye a la situación ocupacional de la persona, aunque no constituye el único criterio para situarlo en lugar preferencial, a juzgar por los múltiples casos en que las personas acceden a estudios superiores y siguen trabajando en el servicio doméstico o como empleadas de baja categoría en las empresas, he decidido combinar el criterio educativo con el ocupacional, para identificar al individuo no sólo por el grado de escolaridad alcanzado o por el tipo de profesión adquirida, sino por lo que puede hacer con ella en su centro laboral o en su medio social, por el modo como ésta le permite interactuar socialmente con los otros miembros de su comunidad. Conforme se avance en la investigación se irán matizando y depurando mucho más los criterios para inteligir mayores diferencias, más sutiles, del espectro social de la ciudad. En los grupos identificados como culto y popular diferenciaré entre los trabajadores profesionales

que necesariamente han alcanzado educación superior y que desempeñan cargos prestigiosos en sus medios de ocupación y el trabajador obrero, artesanal o que desempeña labores consideradas no calificadas (como servicio doméstico, limpiador de vehículos, etc.) y que ha alcanzado un grado educativo deficiente, sea por no poseer escolaridad o, poseyéndola, por haber estudiado en instituciones estatales o de bajo nivel en la escala social.

Pero un aspecto fundamental para entender la complejidad sociolingüística de la ciudad reside en averiguar el modo como se conectan los grupos entre sí y establecen la nueva continuidad y la convivencia y, por lo tanto, la mutua influencia e interacción. En efecto, los pobladores no viven aislados entre sí sino que mantienen relaciones de distinta naturaleza. En la primera gran separación establecida para este estudio, podríamos referirnos a una comunicación *horizontal* entre el sector popular limeño y el migrante, ubicado de suyo en lugares inferiores de la escala por la circunstancia geográfica, de modo que resulta difícil establecer las diferencias entre los dos grupos, mientras que en el sector culto la comunicación con los migrantes podría considerarse *vertical*. Ahora bien, con esto no quiero sostener que todos los migrantes corresponden al mismo sector popular y que no haya graduaciones entre los distintos grupos. Al establecer estas discontinuidades no paso por alto su tosquedad, y me refiero, más bien, a ciertos tipos de comunicación entre grupos simétricos y no a la totalidad de los grupos migrantes que todavía no he subclasificado. Estos tipos de contacto permiten intuir la fuerza o la densidad de la integración de los procesos lingüísticos. Naturalmente resultará mayor la influencia o integración de las modalidades en la comunicación horizontal que en la vertical, pues en esta última resultan más acentuadas las intenciones diferenciadoras de los grupos superiores que, con este propósito, orientan la percepción hacia ciertos fenómenos lingüísticos modificando su conducta o la ajena en algunos puntos, cuando normalmente los procesos se orientan mecánicamente sin un control de parte de los hablantes.

En la *comunicación vertical* se pone de manifiesto de modo natural la cuestión valorativa, no sólo de parte del grupo situado en el punto superior de la escala social sino también del situado en el punto inferior. El valor sintomático de las formas se concentra en algunos as-

pectos lingüísticos, que actúan como indicadores sociovalorativos de los individuos que las utilizan. Las valoraciones recaen sólo sobre algunas formas que, situadas en cualquiera de los planos lingüísticos (fonético, morfológico, sintáctico, léxico, etc.), se vuelven representativas de ciertos grupos. Las valoraciones pueden ser *positivas* o *negativas*, provenir de cualquier grupo de la escala (de los grupos superiores, medios o inferiores) y dirigirse hacia cualquiera de los grupos (incluyendo la autovaloración). Cuando la valoración se dirige a un grupo inferior, la forma subvalorada se estigmatiza y puede producir un efecto en el grupo que la usa, que concentra su percepción en la forma, modificándola o evitando producirla. En el plano fonético, algunas consecuencias de la comunicación vertical y de sus manifestaciones en la valoración de las formas se reflejan en procesos como la asibilación de las vibrantes. Aunque no sólo los grupos andinos asibilan (como lo he mostrado en otros lugares, v. Caravedo 1987, 1989) esta modalidad, sobre todo, en ciertas posiciones: intervocálica o de inicial absoluta, referidas normalmente a la vibrante múltiple (*tierra, rojo, honrado*, etc.), se atribuyen a los grupos andinos o no costeños (Cf. Escobar 1978), con la consiguiente subvaloración de la forma que identifica a un grupo subvalorado por los hablantes limeños. Los grupos que asibilan tratan, en consecuencia, de evitar esa forma cuando se colocan ante un hablante costeño en una situación formal como la de la entrevista lingüística produciendo un sonido retroflejo, parecido a la *r* inglesa o produciendo una vibrante simple donde se espera la vibrante múltiple (por ejemplo *tierra* en vez de *tierra*).

Ahora bien, si por un lado los grupos populares pueden llegar a controlar, en algunos casos, por inseguridad, los fenómenos estigmatizados, que los identifican como pertenecientes a grupos subvalorados, no resulta desatinado pensar que desarrollen, a la vez, su propia percepción de lo considerado correcto o culto o que, en otras palabras, valoren positivamente algunos usos del grupo superior<sup>5</sup>. Tal valoración

---

5. Escobar (1985) alude al concepto de contra-valor que surge en los grupos populares jóvenes de la ciudad para crear una barrera opositora de las formas aceptadas de la ciudad. Textualmente: "La fuerza de este contra-valor se expresa en el lenguaje, como una disposición que apoya la rotura de las normas aceptadas normalizadas en el uso oral, antes en el uso escrito" (p.16). Se forma así una clase po-

no coincide siempre con las valoraciones del grupo superior ni con sus criterios de adecuación comunicativa. Así, muchas veces sobredimensionan ciertas formas de estilos formales que pueden ser léxicas, sintácticas o fonéticas, y las insertan en situaciones comunicativas distintas de tipo coloquial. Estos desajustes se transmiten también a la organización discursiva, que no es del caso discutir aquí y que debería ser materia de una investigación independiente. En el plano fonético, en que por ahora me muevo, producen sonidos enfáticos, artificialmente acentuados como la *d* final, incluso producida como *t* en *amistat*, que perciben como más notorios o característicos de una pronunciación pseudoculta. Pero estas impresiones sobre la base de la concentración de los valores sintomáticos en algunos puntos de la secuencia lingüística se presentan también en los grupos llamados cultos, aunque naturalmente no por imitación de los grupos populares, que llegan a producir artificialmente, por ejemplo, una *v* labiodental sonora en *vida*, que no corresponde a las normas generales del español actual. Lo que digo es todavía muy periférico. Mucho queda por trabajar en el área compleja de las valoraciones, las relaciones comunicativas entre los grupos y su repercusión en la producción lingüística.

Finalmente, el énfasis puesto en la cuestión valorativa no lleva a descartar la posibilidad de desplazamiento de ciertos fenómenos no percibidos o no controlados en el habla de los distintos grupos en la comunicación de tipo vertical.

Por otro lado, la comunicación *horizontal* posibilita el libre paso de las formas consideradas andinas a las modalidades de las clases populares originarias de la capital. Por ello, en este punto, resulta difícil separar las formas andinas puras de las usadas por otros grupos populares, pues muchos de los fenómenos considerados andinos se encuentran con diferente intensidad en los grupos populares limeños, e incluso algunos (como el doble posesivo: *en su casa de Juan*) en los grupos de clase media.

---

pular urbana que trata de diferenciarse de la clase educada de la ciudad. Creo que estos comportamientos podrían estudiarse con profundidad extendiendo la indagación hacia los grupos migrantes asentados en la ciudad, tal como lo persigue este trabajo.

Sin embargo, existen usos más resistentes a la absorción, como la confusión vocálica característica de los grupos andinos. En general, los usos que se desplazan con mayor facilidad parecen los más compatibles con las posibilidades variables del sistema español. Estos se incorporan, independientemente de la procedencia regional y del contacto con las lenguas indígenas, favorecidos por la comunicación horizontal.

Ahora bien, ¿qué procesos lingüísticos se ponen en contacto en el español de Lima? El punto de partida constituyen los procesos generales del sistema español documentados ampliamente en los diferentes espacios geográficos en que se manifiesta esta lengua. En el plano fonológico se vienen estudiando fundamentalmente los llamados procesos de debilitamiento consonántico en determinadas posiciones, que podrían sintetizarse como: fricativización, velarización y elisión. Estos procesos afectan a un conjunto considerable de fonemas sobre todo en determinadas posiciones silábicas y pueden considerarse, por su desplazamiento histórico y geográfico, como procesos inherentes al sistema español. Afectan, por ejemplo, al conjunto de consonantes orales y nasales, en posición implosiva interna o final absoluta. Las vibrantes sufren el proceso de fricativización y de elisión, también en la posición silábica distensiva. La llamada aspiración de /s/, fenómeno persistente en las zonas de seseo, pero también presente en las zonas distinguidoras de /s/ /θ/, se inscribe con toda naturalidad en el proceso de velarización. Sincrónicamente, esos procesos se manifiestan con diferente intensidad en las distintas zonas dialectales. Así, por lo general, las zonas del Caribe describen procesos debilitadores más acentuados en ciertos segmentos, por ejemplo en lo que respecta a la sibilante, que presenta porcentajes muy altos de aspiración y de eliminación, incluso en posiciones fuertes como las intervocálicas y aun cuando la sibilante cumpla función morfológica en el sustantivo o en el verbo. Los mismos procesos se repiten en la zona limeña con diferente intensidad y distribución, según se trate de grupos instruidos o no instruidos, y de grupos no migrantes y migrantes.

En esta investigación abordaré la interacción de dos procesos: reforzamiento y debilitamiento consonánticos. Indagaré de qué manera se integran y se comunican los usos, desplazándose a lo largo de las

distintas coordinadas de manifestación social o restringiéndose ante ciertos condicionamientos extralingüísticos, tratando de mostrar cómo este dinamismo configura una forma de existencia del español en un espacio determinado.

Pero, al parecer, los mismos procesos coexisten en casi todas las regiones de habla española. Muy poco resulta privativo de una región. La especificidad no reside tanto en el aislamiento de hechos particulares, originales de un grupo, cuanto en la percepción de una totalidad muy compleja que reúne todos los planos lingüísticos: el fonológico, el morfosintáctico, el léxico, el discursivo, donde lo particularizador reside en el modo de articular o combinar todo aquello que existe como posibilidad de manifestación del sistema. A veces esa percepción diferencial refleja una diferencia de intensidad, expresada o no expresada cuantitativamente, de algunos de los fenómenos comunes del español. Esas diferencias cuantitativas pueden ser cruciales en relación con algunos fenómenos, pero la cuantificación puede resultar irrelevante en relación con fenómenos naturalmente poco frecuentes, como el caso de los segmentos implosivos, en que la propia aparición de la variable resulta minoritaria, porque, a excepción de la sibilante y de las líquidas, son escasas las formas léxicas con segmentos implosivos que puedan aparecer en discursos coloquiales. Asimismo, cuando la variante no resulta mayoritaria e inclusive se presenta con menor frecuencia que las variantes normales, pero recibe el peso de la valoración lingüística, constituye, sin embargo, un índice singularizador de un grupo o de una comunidad determinada (tal, el caso de la forma asibilada de las vibrantes, que comenté arriba).

Entre los hechos cuantitativamente relevantes habría que distinguir todavía entre aquellos *automáticos*, no controlados, que no desencadenan valoraciones lingüísticas positivas ni negativas en la medida en que no constituyen focos de percepción y, por lo tanto, tampoco de evaluación, si bien el no actuar de acuerdo con ellos podría provocar extrañeza de parte del oyente (como la fricativación de /bdg/ intervocálicas o las velarizaciones de implosivas, especialmente de las nasales, resistentes a la asimilación) y aquellos *no automáticos*, perceptibles y sujetos a control consciente, que desencadenan valoraciones positivas o negativas. Quizás los hechos automáticos se relacionen con procesos de distribución de la energía articulatoria, conec-

tados o no con aspectos estilísticos e individuales (v.g. el debilitamiento de implosivas). Aun cuando se consideren hechos no controlados pueden desencadenar cambios lingüísticos y presentarse de modo más acentuado en las clases populares, liberadas de los sistemas de fijación escrita. Es indudable que la aparición insistente de cierto tipo de variantes puede influir en la producción de otras variantes del mismo tipo, frecuentemente menores, contribuyendo a transformarlas y uniformarlas automáticamente. Se produce una suerte de retroalimentación en la producción de fenómenos determinados muy usuales que provoca la generalización de los procesos (por ejemplo, la fricatividad de las intervocálicas puede desplazarse a otras posiciones como las iniciales absolutas; las velarizaciones pueden extenderse etc.).

Hechos también significativos son los que, siendo cuantitativamente menores, expresan valores sintomáticos muy fuertes y concentran la percepción en determinados puntos y desencadenan hechos concomitantes de control o modificaciones de los procesos naturales en distintas direcciones. Tales hechos se insertan en las complejidades sociales, dialectales, históricas y reciben juicios metalingüísticos que afectan los patrones de uso. En estos casos, las normas codificadas revalorizan, reinterpretan o reacomodan el ritmo de los procesos y, en este sentido, impulsan un cambio, aunque pueda considerarse de tipo regresivo. Generalmente estos hechos se concentran en determinados fenómenos y caracterizan de modo global el habla de un grupo subvalorado o sobrevalorado y desencadenan valoraciones que pueden ser positivas o negativas. En este último caso, se habla de un hecho *estigmatizado* (por ejemplo, la asibilación de las vibrantes o la alternancia vocálica).

No obstante, los procesos lingüísticos parecen surgir de los mecanismos *productivos* de los hablantes, más que de los perceptivos, habida cuenta de que la mayor parte de los fenómenos escapan a la percepción de los hablantes, salvo los hechos controlados que he comentado arriba, pero que son muy escasos y están concentrados en puntos muy limitados de la estructura lingüística, si bien pueden ser poderosos para influir en la dirección de los procesos. Pero aun así, los casos de cambio controlado por los hablantes pueden integrarse en un principio más general que no invalida la consideración de que los me-

canismos productivos gobiernan los procesos lingüísticos, puesto que los cambios provocados por la valoración se remiten también a la producción, en el sentido de que toda percepción presupone la producción de una forma, aunque no necesariamente en el mismo hablante. Los mecanismos perceptivos forman parte, en este sentido, de los mecanismos productivos y están necesariamente implicados en la producción.

Hasta aquí he justificado la elección de los fenómenos considerados significativos en virtud de su *frecuencia* y de su *comparabilidad* con otras áreas de la comunidad hispánica. Pero una condición fundamental para determinar la relevancia de los hechos debe buscarse también en su *estructuración sociolingüística*, quiero decir en el modo como se conectan y se enlazan los hechos lingüísticos con los extralingüísticos; en general, la inserción de los sistemas abstractos y de sus procesos variables en el mundo de los hablantes: su movilidad, su desplazamiento y su dinamismo.

Surge la siguiente cuestión: ¿pueden estructurarse estos hechos en la comunidad de la ciudad de Lima, en su espacio social, o los hechos estudiados no se estructuran, ocurren periféricamente sin relacionarse entre ellos y sin producir una totalidad digna de estudio? Voy a intentar mostrar, a lo largo de este trabajo, lo primero. El caos es sólo aparente, consecuencia de no haber abordado de modo unitario, coherente y comparativo esta complejidad lingüística que se manifiesta en la coexistencia de mundos culturalmente disímiles en aparente desorden, contradicción y conflicto. Sobre la base de un espacio

- 
6. Jakobson y Waugh (1987, 65-66) privilegian, en cambio, la percepción más que la producción, pero en un sentido distinto al que confiero a estos procesos. Al decir esto, Jakobson y Waugh parten del individuo y de su actividad lingüística desde su nacimiento, que lógicamente implica primero la percepción y después la producción. Pero el sentido que empleo aquí considera la relación entre hablante y oyente en un proceso comunicativo de interacción verbal, donde el hablante produce, aunque no necesariamente perciba los hechos. Los procesos de variabilidad lingüística descansan, salvo en los casos de valoración, en la actividad de producción y cuando se desencadena la percepción valorativa, que supone control o intención, ésta presupone la producción de la forma, pues de lo contrario no podría orientarse la percepción hacia un punto definido.

geográfico y político común surge una modalidad con perfiles propios donde los procesos generales del español se expresan con énfasis, intensidad y distribución particulares a lo largo del *continuum* humano, si observamos algunos fenómenos separadamente, y los evaluamos según una escala cuantitativa. Pero existe también una particularidad totalitaria y sintética, imposible de evaluarse cuantitativamente, que reside en el modo como se integran los fenómenos en todos los planos lingüísticos: fonológicos, sean segmentales o suprasegmentales, morfológicos, léxicos, sintácticos, y en el modo como esa integración se expresa en los distintos circuitos comunicativos y se desenvuelve en la comunidad sea de modo unitario, sea diferenciando grupos menores y usos particulares, sea definiendo tendencias de distinto orden, que no dejan, con todo, de formar parte del universo del sistema español.

En los dos grupos analizados y en el plano fonológico, mostraré la expresión de las mismas variables, la uniformidad de los procesos cuya distinción social reside en el peso cuantitativo o distribucional de los fenómenos. Esta interpretación refleja la inserción sociolingüística de los hechos fonéticos y debe naturalmente integrarse y enriquecerse con investigaciones más profundas en todos los planos lingüísticos: léxico, sintáctico, discursivo y ampliarse para incorporar a los diferentes grupos migrantes (bilingües y no-bilingües) que comparten el mismo espacio geográfico aunque no necesariamente la misma modalidad, si lo que se quiere es ofrecer un panorama más completo de la complejidad sociolingüística del español hablado en esta ciudad<sup>7</sup>.

---

7. Creo que en la investigación sociolingüística de Lima o del Perú, que tome en cuenta los procesos migratorios, podrían utilizarse productivamente los estudios empíricos sobre el bilingüismo, como la propuesta de tipificación de grados de bilingüismo desarrollada por Escobar, Anna María (1986), sintetizada en (1988).

II

METODOLOGÍA



### *La variación*

El enfoque de variación, propuesto por Labov, implica el estudio de fenómenos que no se presentan de manera absolutamente constante en las lenguas y que pueden alternar de diferentes formas con una idéntica referencialidad.

Las teorías invariantes sólo incorporan en su radio de observación los hechos separados de las circunstancias de su manifestación, como hechos inmanentes a un sistema o a una gramática, que se presentan así de modo categórico u obligatorio como fenómenos inmutables. La larga trayectoria de la investigación dialectológica, histórica y sociolingüística nos muestra que la preocupación por los fenómenos variables no es exclusiva del enfoque laboviano, sino que se presenta paralela a los enfoques invariantes y a las tendencias idealizadoras de las teorías y forma ya una constante en la historia de la lingüística.

Lo significativo del enfoque laboviano no reside, pues, en mostrar la relevancia y la legitimidad del estudio de fenómenos variables ampliamente tratados en la dialectología y la lingüística histórica sino, más bien, en la formulación explícita de un objeto de estudio de naturaleza variable con una metodología coherente, sistemática y unitaria para abordarlo, y en el desarrollo de recursos de formalización y sistematización de lo alternante u opcional, acudiendo a los modelos matemáticos de probabilidad para tratar hechos aleatorios preten-

diendo, de esta manera, alcanzar un fin predictivo para involucrar lo no necesariamente observado, pero que cumple con las circunstancias de lo efectivamente observado. Hechos de la misma naturaleza, conocidos por la antigua dialectología, vuelven a ser percibidos y abordados con una técnica más elaborada de organización que conecta datos presentados como inconexos y los integra en un enfoque común.

Esta metodología, aplicada con éxito en muchas áreas hispánicas, ha permitido unificar los datos, conectarlos en el marco de un mismo principio de inteligibilidad y referirlos al mismo sistema o lengua que se estudia como fenómenos inherentes a ella y no como hechos marginales, caóticos o externos. Al margen de las consideraciones psicológicas que rodean al objeto y que aspiran a involucrar inclusive al método probabilístico, este enfoque ha conseguido ampliamente el fin heurístico y organizador de una gran masa de datos pertenecientes al español. Si no asignamos a esta estrategia el contenido fuerte de realidad psicológica, podremos valernos de ella y utilizarla como instrumento de percepción y ordenamiento de una realidad compleja donde se entrecruzan fenómenos de muy distinto orden y procedencia.

Ahora bien, al parecer, la naturaleza de lo considerado variable en una lengua debe considerarse de índole cuantitativa y, en ese sentido, parecería que el hecho de variación sólo debe estudiarse a través de la cuantificación. Creo que lo que se quiere decir es más bien que su carácter no obligatorio, alternante, obliga a un procesamiento cuantitativo que lleve a precisar el peso de los fenómenos, su radio de generalidad, diferenciándolos así de hechos también variables pero individuales, esporádicos, que no muestran una sistematicidad y no pueden por ello estructurarse en las dimensiones de la manifestación. Un hecho que no registra variación y se presenta siempre de un modo constante en todas las coordenadas en que se manifiesta no requiere la cuantificación, aunque eso no impide considerarlo un hecho cuantitativo en el punto más alto de la jerarquía en determinado momento de la evolución lingüística. Quiero decir con ello que no existen en este terreno hechos inmutables por naturaleza, sino que todo hecho lingüístico es susceptible de variar, con lo cual no quiero significar que todos los hechos varíen a la vez, ni en la misma proporción o intensidad ni en todas las dimensiones de la manifestación. Sólo ciertos

aspectos de las lenguas se modifican y a veces se estabilizan a lo largo de un gran período temporal. Otros permanecen siempre fluctuantes y nunca se transforman en constantes o no se resuelven en un cambio determinado. Comparar la distintas incidencias de la variabilidad, averiguar los puntos que permanecen fijos o estables y cómo se combinan o enlazan con aquellos que se muestran variables, inestables o estables en su variabilidad, puede llevar a un conocimiento más profundo de la naturaleza del lenguaje, pero no como fenómeno independiente de sus poseedores, sino como fenómeno cuya naturaleza depende y se define justamente de su conjunción con el mundo de los hablantes.

En este sentido, parto del principio de variabilidad como inherente a los hechos lingüísticos, pero proponiéndome en este trabajo el tratamiento de los hechos que se muestran fluctuantes en las distintas coordenadas dialectales del mundo hispánico, aunque probablemente estables en cierto período temporal correspondiente al español moderno, para averiguar si las propiedades de esa fluctuación coinciden o no con las encontradas en las otras zonas estudiadas y proponer una correlación de los procesos variables de todas las zonas en referencia a la totalidad del español. El estudio de la variabilidad busca entonces volver al sistema total y reinterpretarlo incorporando los datos recogidos.

Este mismo proceso puede extenderse a la incorporación de la variación de otros estadios temporales, que nos permita comprender el modo como se conectan las distintas coordenadas de la manifestación de las lenguas y el modo como los hablantes compensan los puntos variables con los invariables manteniendo una estructura común que sirve de referencia y de principio de inteligibilidad de su lengua.

Me valdré entonces de la metodología cuantitativa sólo como criterio organizador y de medida del peso de los fenómenos y de sus condicionamientos, pero sin conceder a estas medidas ningún contenido psicológico. Además creo que la metodología cuantitativa, aplicada sobre cierto tipo de datos que por su recurrencia merezcan un procesamiento de esa naturaleza, debe complementarse con los datos no cuantificados que llamaré *cualitativos*, provenientes de otras magnitudes de observación, aplicada a tipos distintos de con-

textos o a situaciones en que se presenten fenómenos que, bien por su propia naturaleza, bien por insuficiencia provisional en la estrategia de recolección o de reconocimiento no puedan procesarse cuantitativamente, pero que el investigador considere relevantes para confirmar, restringir o reformular, según el caso, ciertos procesos emanados de la organización cuantitativa<sup>8</sup>. Por ejemplo, la presencia de fricativas sonoras intervocálicas, realizadas como oclusivas en contra de la tendencia general hispánica, aun si cuantitativamente no se registra en frecuencias tan altas, resulta un hecho significativo que lleva a restringir el radio de generalidad de una norma hispánica.

De acuerdo con estas consideraciones, tomaré en cuenta el conocimiento proveniente de la investigación extensiva de tipo dialectológico sobre diversas zonas hispánicas aunque los hechos considerados no se hayan estudiado de forma intensiva.

En suma, la concepción del objeto como variable reviste distintos tipos de importancia que paso a destacar:

1. epistemológica, en la medida en que conecta distintos discursos científicos proporcionando una base empírica nada desdeñable para evaluar las teorías en su capacidad comprensiva de los hechos.

2. teórica, en la medida en que integra una larga y fructífera tradición lingüística estructural, histórica y dialectológica.

3. metodológica, en la medida en que proporciona de modo explícito una estrategia heurística y organizadora de los datos presentados en otros enfoques intuitiva, impresionista y aisladamente.

---

8. No utilizo los conceptos cuantitativo/cualitativo aplicados a los datos, en el sentido de los enfoques variacionistas, tal como lo propone Morales (1986, 21-22) para quien aplicado al aspecto morfosintáctico, lo cualitativo resulta un cambio en la forma de una regla y lo cuantitativo un cambio en la extensión de su aplicabilidad. Lo que aquí propongo es una distinción que actúa sólo en el plano heurístico de la investigación y que tiene que ver con el estatuto de los datos y su relevancia al momento de procesarlos.

## La variable y su condicionamiento

Como se sabe, el estudio de la variación se concentra en una unidad llamada *variable*, que se define como conjunto de entidades funcionalmente equivalentes. Como también se sabe, el concepto de funcionalidad lleva en lo fonológico a la inclusión del significado no porque las unidades fonológicas lo posean en sí mismas pues no son unidades sígnicas, sino porque una unidad fonológica se define como tal si tiene capacidad de provocar un cambio de significado, cuando se la conmuta con otra. Por ejemplo, la oclusividad o fricatividad en la bilabial sonora /b/ produce una mera alternancia de variantes pertenecientes a la misma variable o fonema, pues si conmutamos la unidad fricativa por la oclusiva no producimos un nuevo signo ni hacemos irreconocible el signo en cuestión (*abanico/aβanico*). En cambio, ambas unidades, realizables como oclusivas o fricativas, sí serán funcionalmente diferentes si las enfrentamos, digamos, a la bilabial sorda /p/ (*pote/bote*), pues esa diferencia material sí provoca un cambio de significado. En esta concepción, el concepto de significado resulta muy limitado pues se restringe sólo al significado de tipo representativo actualizado en diferencia de unidades léxicas o morfológicas tomadas aisladamente y no involucra las diferencias que se producen en el orden sociolingüístico o dialectal que pudieran afectar la percepción del signo como tal, aunque no necesariamente su referencia, y alterar de algún modo su configuración y su unidad. Pienso, por ejemplo, en la producción de una variante asibilada (*rata*) frente a (*řata*). Obviamente no cambia aquí la dirección de la referencia, pero el signo ha sido, en alguna medida, transformado o modificado en su reconocibilidad y en su perceptibilidad.

Con todo, admitiendo la limitación excesiva del significado como necesaria para la fase delimitativa de un inventario finito simple y económico de unidades, el concepto laboviano de *variable* parece coincidir en este aspecto con los de *invariante* o *fonema* utilizados por el estructuralismo. La única diferencia reside en que el concepto de variable como conjunto parece aplicarse sólo a las unidades que engloban más de una posibilidad de manifestación o, en todo caso, alternancia o propiamente variabilidad. Así /p/, en contextos iniciales, no constituiría una variable sino básicamente un fonema. Creo que resulta ineficaz escindir los conceptos de esta manera cuando, en ver-

dad, tienen el mismo contenido. Probablemente /p-/ no registre variación *organizada* pero, desde el punto de vista de la manifestación, siempre agrupará un conjunto de entidades y, en esta medida, no resulta necesario ni conveniente multiplicar conceptos con contenidos similares.

Aunque la visión estructuralista reconocía la existencia de variantes, que incluso llegó a clasificar como condicionadas o libres admitiendo que las primeras podían estudiarse en su regularidad y convencionalidad desde una perspectiva lingüística o de "langue", por coherencia con su propio principio de pertinencia basado en la funcionalidad del significado sólo referencial o representativo no podía centrar su preocupación en esas entidades, que quedaron descuidadas y muchas veces mezcladas con el concepto menos claro de variante libre o facultativa. Sobre todo, estas últimas, sea por desconocimiento de su organización, sea porque obedecían a circunstancias de índole sociolingüística que diferenciaban grupos o estilos y correspondían al plano expresivo o apelativo del signo y no al plano representativo, fueron totalmente marginadas en el estudio inmanente del sistema de las lenguas.

Una mirada rápida sobre el asunto, en el que no voy a detenerme mucho, basta para reconocer, que aun aceptando las reducciones de principio, necesarias en su momento, la bifurcación de las variantes en solo dos tipos resulta muy limitada. Recordemos que lo que define a una variante como condicionada es su determinación contextual y, en esa medida, su predictibilidad, pues sabemos de antemano en qué contextos se producen tales variantes. Ahora bien, el concepto de variante condicionada se vincula con la distribución complementaria o excluyente de las variantes; por razones lógicas: sabemos que el contexto en que aparece la variante A debe ser distinto del contexto en que aparece la variante A'. En este sentido, un contexto excluye a una de las variantes y admite a otra, por lo tanto la distribución se define como complementaria o mutuamente excluyente. Pensemos en el caso de la fricativización de las sonoras /b d g/. Así, ocurren las variantes oclusivas, por ejemplo, en posición inicial absoluta, pero ocurren las fricativas, por ejemplo, en posición intervocálica (para citar sólo uno de los contextos). Aparentemente he aquí un caso de distribución complementaria en que las variantes no se intersectan, pues están de-

terminadas por contextos diferentes. Pero la investigación empírica obliga a replantear esta afirmación, pues se encuentran muchos casos en que la oclusiva no ocurre en inicial absoluta ni la fricativa en intervocálica. Si esto es así, independientemente del dato cuantitativo no relevante en esta discusión sobre definiciones, se intersectan los contextos y se produce más bien variación libre con alternancia de ambas variantes en los mismos contextos. El principio de delimitación de las variantes sobre la base de la distribución complementaria resulta, pues, muy impreciso y conviene replantearlo. En verdad un hecho de variación, por ser tal, no absoluto por naturaleza, no puede definirse como hecho totalmente predecible sino como hecho probable y, en esta medida, no puede considerarse como mutuamente excluyente, porque siempre cabrá la posibilidad de que fluctúe en el mismo contexto con otra variante. El condicionamiento en la distribución complementaria sólo rige para casos obligatorios y, por lo tanto, no variables. Por otro lado, lo considerado libre no debe ser entendido como caótico o irrelevante por el mero hecho de corresponder a los planos no representativos del signo, pues lo condicionado tampoco se sitúa en ese plano, y debe organizarse buscando sus conexiones lingüísticas y extralingüísticas recurrentes y no casuales, sin perder de vista que muchas veces lo considerado sociolingüístico, como ocurre en la evolución de las lenguas, cambia o modifica los valores funcionales de los llamados sistemas inmanentes. Respecto de la tipología reductiva de las variantes, ni lo condicionado está siempre absolutamente condicionado, ni lo libre es absolutamente libre.

Ahora bien, el enfoque de variación amplía el foco de inteligibilidad para incluir no sólo las llamadas variantes condicionadas sino también las llamadas libres, entendiendo que éstas forman parte de la lengua en cuestión, si se sigue con coherencia el postulado saussureano, según el cual la lengua constituye un hecho de naturaleza social. Por ello, resulta mucho más natural tender el puente entre la tradición estructuralista funcional y la teoría laboviana de la variación que enlazar esta teoría con los principios generativistas según los cuales queda totalmente marginado el carácter social, particular y externo del lenguaje para privilegiar lo cognoscitivo, psicológico, biológico e interno, que Saussure había dejado de lado por razones episte-

mológicas que no me detendré a comentar aquí<sup>9</sup>.

Pero como la noción de variable constituye también una abstracción que no considera toda la variación posible realmente, Labov impone un conjunto de condiciones para reconocerla como:

1. recurrencia
2. inmunidad del control consciente
3. posibilidad de integrarse a estructuras más amplias y
4. posibilidad de ser fácilmente cuantificable.

En este sentido, queda marginada la variación exclusivamente individual que no puede estructurarse ni medirse cuantitativamente (cf. Labov 1966, 49). Pero además una variable es considerada un hecho en cierta medida automático, pues el hablante no debe percibirlo y manejarlo conscientemente. En este último sentido, se excluirían extrañamente los hechos no automáticos que desencadenan valoraciones de parte de los hablantes, y que por otro lado, son cruciales, como el propio Labov lo ha sostenido en muchos trabajos, para el estudio del cambio lingüístico. Creo que, si bien no debe confundirse la descripción con la valoración de los hechos, los que puedan ser susceptibles de percepción y control no deben marginarse en el estudio de las variables. O en otras palabras, la inmunidad del control consciente no debe entenderse como un requisito para definir una variable. Por último, respecto del requisito de la cuantificación, hago notar en las diferencias de los fenómenos que son variables con peso cuantitativo fuerte o variables con peso cuantitativo débil.

Ahora bien, como lo dije anteriormente, la definición del concepto de variable lleva, por otro lado, a una escisión entre dos tipos de

---

9. Saussure aludió al concepto de facultad del lenguaje pero le reconoció su naturaleza psicológica o biológica, que atentaba contra los límites de una ciencia autónoma como la lingüística que debería reducirse al estudio de lo común, lo ordenado y lo constante. Se trataba, pues, de una reducción de tipo epistemológico relacionada con la necesidad de delimitar el campo de pertinencias disciplinario y de consagrar su autonomía dirigiendo la actividad cognoscitiva hacia aquello que en esos momentos se podía organizar. V. Caravado (1989 b) para un desarrollo de esta interpretación en el contexto de la configuración de las teorías lingüísticas.

entidades: las que sólo son fonemas y no variables, cabe decir, las que no registran variación organizada y las que son fonemas y también variables, esto es que registran variación y engloban más de una variante. Podemos preguntarnos hasta qué punto resulta adecuado mantener esta división terminológica, si en verdad ambos conceptos implican el mismo tipo de fenómeno. En efecto, un rápido examen de la evolución del español basta para aceptar que lo considerado como fonema invariante no se mantiene así en todas las coordenadas de la manifestación. De hecho las llamadas "invariantes" varían diacrónica y sincrónicamente. Aceptando esta situación real resulta más natural y adecuado partir de una perspectiva más general y proponer que los fonemas son, en principio variables, se manifiesten o no en determinada instancia de localización, que puede ser sincrónica, dialectal. etc., como susceptibles de variación. Si además entendemos que las variantes involucradas, todas (y no necesariamente una), representan la misma funcionalidad, entonces concluiremos que todas las variantes poseen la condición fonológica con la misma autoridad y definen más bien una *zona* o un *espacio de variabilidad* cuyo límite metodológicamente impuesto es la funcionalidad de significado representativo, pero a la que naturalmente podría imponérsele otro criterio delimitativo a partir de nociones reformuladas o más amplias de significado.

En virtud de esta conexión intrínseca entre los principios funcionalistas y los sociolingüísticos, reformularé la noción de variable como *zona* o *espacio de variabilidad*, en vez de utilizar la noción de fonema como unidad invariante, y propondré estudiar cómo se desplazan los límites de estas zonas en de la ciudad de Lima y en los grupos seleccionados para estudiar la variación social.

El modo de justificar la alternancia o el desplazamiento de las variantes a lo largo de una *zona* o el relajamiento de los límites de una *zona* y la creación de otras se hace acudiendo a la detección de los factores covariantes con la forma analizada; cabe decir, la identificación del condicionamiento. Este condicionamiento, como se sabe, puede considerarse de tipo lingüístico: fonético (segmental o suprasegmental), morfológico, sintáctico o puede ser de índole extralingüística, las dimensiones de manifestación de la lengua en el mundo o en la comunidad: factores temporales, geográficos, sociales, situacionales, que varían simultáneamente a la aparición de las variantes.

Refirámonos primero al contexto lingüístico que se tomará en cuenta en este estudio para preguntarnos después sobre los problemas de inserción de lo lingüístico en las coordenadas de la manifestación.

En principio separo los contextos fonéticos segmentales en torno a la sílaba más que a la palabra, aunque no dejo de indagar, en relación con muchas variables, los efectos de los segmentos en las distintas posiciones léxicas. Existen razones de peso para preferir la separación silábica que tienen que ver con procesos generales del español que se definen con claridad cuando se distingue entre los contextos de inicio silábico y los contextos de final silábico o de distensión.

Enumeraré las diferentes condiciones que cumple esta separación contextual, además de su simplicidad, y que parecen significativas para abordar organizadamente los procesos variables del español:

1. Existe un factor que llamaré *de gravedad significativa* implícito en la bifurcación entre contextos iniciales y finales que, si bien no es determinante para la dirección de algunos procesos, resulta, por lo menos, muy característico y definido. Este factor tiene que ver con el hecho de que en los contextos iniciales recae la capacidad discriminativa de significado léxico con mucha mayor densidad que en los contextos finales. Ahora bien, esta gravedad significativa tiene por lo menos dos dimensiones que hay que separar para comprender adecuadamente los procesos lingüísticos. Por un lado existe mayor gravedad significativa, en el sentido de mayor posibilidad de diferenciación léxica, de tipo paradigmático, aislable en los pares mínimos, como cuando se enfrenta *caro* y *carro*, que no necesariamente confluyen en un mismo contexto y, por lo tanto, no producen necesariamente (sólo virtualmente) interferencias en el significado. Y, por otro lado, existe mayor gravedad significativa sólo en relación con algunos elementos léxicos, mucho más reducidos, que tengan la misma atracción contextual o, en otras palabras, que puedan confluir en el mismo contexto con riesgo a la confusión semántica. Por ejemplo, a pesar de que entre *ahora* y *ahorra* existe diferencia paradigmática y léxica, éstos elementos muy difícilmente se atraen en los mismos contextos y, por tanto, las necesidades diferenciatorias parecen superfluas o, por lo menos, inútiles en esta dimensión. ¿Qué significado tiene que preservar

el hablante en el habla oral, caracterizada por la presencia de muchos factores contextuales que, por su grado de redundancia, impiden o resuelven las posibles ambigüedades?. Desde el punto de vista del emisor, la ambigüedad, salvo que sea intencional, es imposible porque sabe lo que va a decir y desde el punto de vista del receptor, que comparte el mismo circuito comunicativo, el riesgo de ambigüedad resulta muy bajo y rápidamente solucionable por medio de las preguntas y otros procesos de retroalimentación. Y más todavía, hay que considerar que los factores de gravedad significativa no han resultado absolutamente determinantes para la dirección de los procesos, que se han cumplido históricamente incluso a riesgo de las posibles interferencias.

2. El factor articulatorio avala también esta separación, pues los hablantes tienden a reforzar la articulación en el inicio silábico más que en el final, si bien esto tiene que observarse con mucho cuidado, pues cada vez se expresan con mayor fuerza las tendencias hacia un debilitamiento articulatorio incluso de los inicios silábicos (*traaja* por *trabaja*) (*-amos* por *vamos* etc.), que resulta interesante observar.

3. El factor cuantitativo se manifiesta en el hecho de que la preferencia hacia una estructura silábica simple (CV) coexiste con la superioridad cuantitativa en el español de ese tipo de sílaba respecto de las sílabas implosivas (CVC).

4. Y el factor, a mi modo de ver, definitivo para avalar este criterio separador de los contextos tiene que ver con la configuración de la propia variabilidad, diferenciada y definida en cada uno de estos contextos. Los contextos iniciales tienen espacios de variabilidad más limitados, mientras que los implosivos describen espacios mucho más ricos de variabilidad, difuminando las fronteras de lo funcional y de lo invariable. Esto será ampliamente demostrado en este trabajo.

La tarea que me he impuesto en este trabajo es la de estudiar la forma como se manifiestan los procesos lingüísticos del español en los contextos señalados, pero insertándolas ordenada y paulatinamente en algunas de las coordenadas de manifestación extralingüística.

En principio, hay que tener cuidado a la hora de considerar los

factores condicionantes y el modo como se relacionan entre ellos. Por lo pronto partiré del hecho de que la relación entre esos factores no es excluyente, que los fenómenos pueden distribuirse de determinada manera en el contexto lingüístico, pero que a la vez esa distribución se actualiza siempre en un contexto social y en un espacio histórico y geográfico. Más bien hay que diferenciar en los hechos que registran variación, cuándo varían ciertos factores extralingüísticos concurrentemente, o cuándo no varían. Si descubriéramos, por ejemplo, que en todas las comunidades en que ocurre la aspiración de la sibilante, ésta obedece al contexto fonológico de tipo consonántico, diremos que el factor condicionante es el contexto lingüístico. Pero si encontramos, en cambio, que los factores lingüísticos se cumplen de determinada manera en ciertas zonas y con diferentes características en otras, tendremos que considerar que el hecho aparece condicionado lingüística y dialectalmente. Si además descubrimos que el mismo hecho se encuentra estratificado socialmente de la misma manera en todas las zonas, diremos que está condicionado social, más que dialectalmente. También podríamos descubrir que el fenómeno se encuentra estratificado en algunas zonas mientras que en otras el mismo fenómeno se actualiza de modo uniforme sin llegar a diferenciarse socialmente. En este último caso el fenómeno aparecería condicionado dialectal y socialmente de modo confluyente. Estas suposiciones exigen una rigurosa separación, identificación y combinación de los criterios condicionantes, y un juego adecuado entre lo que se observa *invariabilizado* y lo que se somete a comparación y, en consecuencia, se percibe *variabilizado*.

De acuerdo con lo dicho, la clave de la eficacia de la metodología reside, a mi modo de ver, en la progresiva, gradual y explícita inserción de los hechos lingüísticos en las coordenadas de la manifestación. Para comprender esto detengámonos a considerar cómo se insertan metodológicamente las coordenadas extralingüísticas en el estudio de las variables. Es necesario separar primero que nada la realidad del modo como se la procesa y se la ordena. Así en la instancia real es lógico suponer que las coordenadas temporales, geográficas y sociales en que discurren las lenguas se presentan en relación de simultaneidad fusionadas en una totalidad y se implican mutuamente. Así, las comunidades sociales se asientan en un espacio geográfico determinado y viven en determinados momentos históricos. No existe mo-

do de imaginar grupos sociales sin espacio y sin tiempo, ni espacios sin sociedad, ni tiempo sin espacio. Al privilegiar a los hablantes en el desarrollo de las lenguas, tanto lo histórico cuanto lo geográfico se convierten en magnitudes de orden social que no tienen sentido fuera de lo humano. Resultaría mejor referirse a un *espacio social* como un universo donde los seres humanos viven y se desarrollan de determinada manera en consonancia con su ambiente y con su historia. A partir de esta realidad una perspectiva humanista del lenguaje, que privilegia la relación de la lengua con el hablante y el mundo en que se inserta, debe interpretar integralmente, como aspectos de esa totalidad, los elementos de ese mundo: el espacio, el tiempo y la sociedad.

Ahora bien en la instancia metodológica donde se trata de desarrollar estrategias, muchas veces provisionales, para aprehender de la mejor manera el objeto, estos criterios de localización deben enfrentarse separada, ordenada y jerárquicamente en un delicado juego de invariabilidad y variabilidad de las coordenadas a través de las cuales se mira al lenguaje. Así si tratamos de aprehender el habla de diferentes grupos sociales debemos invariabilizar el espacio y el tiempo en que se desenvuelven los grupos. Esto no implica que la investigación haya dejado de tomar en cuenta lo geográfico y lo temporal; por lo contrario, el grupo social se identifica y se define no sólo en la complejidad de las relaciones humanas, sino en su asentamiento en determinados medios geográficos y períodos temporales. Identificar los grupos presupone localizarlos en el espacio y en el tiempo sólo que, por efectos metodológicos, concebirlos como inamovibles y no compararlos con otros. No podríamos entender los hechos sociales si los enfrentamos simultáneamente a diversos espacios y momentos históricos antes de captarlos en su especificidad y en su conexión con un solo espacio y un solo período. Así, la información de que el voseo es un uso vulgar no resulta válida si antes no definimos en qué mundo, en qué zona, en qué momento recibe esta valoración. Obviamente el voseo en la comunidad argentina no podría interpretarse como uso vulgar, pues está generalizado en todas las capas sociales, pero sí en la chilena o en la costarricense, donde resulta una forma estigmatizada, siempre y cuando nos refiramos al fenómeno del español actual, totalmente distinto al uso de *vos*, digamos, en el español medieval o en el español del s. XV, insertado en un sistema de relaciones y valoraciones incluso contrapuesto al del español moderno.

Ahora bien, los factores mencionados (temporales, geográficos, sociales), al parecer, no tienen la misma jerarquía. En la noción de espacio social, los aspectos temporales o geográficos constituyen de suyo aspectos sociales. Se privilegia la naturaleza social del lenguaje en el sentido saussureano como el único modo de cristalización de un sistema psíquico o cognoscitivo, que permite su existencia y también su inteligibilidad científica. Podría pensarse que en la investigación dialectal, cuando interesa la comprobación de un hecho extensionalmente, podemos prescindir del criterio social. Pero no hay que confundir lo social en el sentido esencial de lo sociológicamente diferenciado o estratificado. Por otro lado, no se puede prescindir nunca de lo social, pues aun cuando no investiguemos un grupo sino sólo utilicemos un informante, no se lo trata como individuo aislado, sino justamente como representante de su comunidad. Probablemente la información pueda considerarse insuficiente para obtener una visión totalitaria del habla de la comunidad, pero debe considerarse de naturaleza social. Lo mismo vale para lo histórico: todo testimonio de una época resulta ser el testimonio de un individuo perteneciente a una comunidad determinada en ciertos espacios geográficos. Sólo que puede suceder que, por razones estratégicas, determinadas indagaciones como las extensivas invariabilicen lo social para percibir sólo la variación espacial, o invariabilicen lo espacial y lo social para percibir sólo la variación temporal.

El juego de variabilidad e invariabilidad aplicado a las coordenadas de manifestación constituye un juego de percepciones distintas de los hechos vistos aisladamente o insertados en la comparación. Como resultado de la comparación podemos descubrir que un hecho se presenta de modo uniforme a lo largo de todas las capas sociales en una zona determinada y en una época, o que particulariza un grupo dentro de esa zona, pero en cualquier caso se tratará por naturaleza de un hecho social asentado en el tiempo y en el espacio.

En el estudio que abordo, las coordenadas se presentan provisionalmente invariabilizadas en los siguientes factores:

- en lo geográfico, pues se trata del mismo espacio
- en lo temporal, pues se basa en una misma sincronía

- en lo social, cuando se estudia por separado un grupo específico.

Pero, a la misma vez, las coordenadas se presentan variabilizadas, cuando la profundidad del análisis lo requiere, en:

- lo geográfico, cuando se somete a comparación los resultados referidos a Lima con los de otras ciudades del mundo hispánico.
- lo temporal, cuando se estratifica la sincronía en diferentes etapas diacrónicas expresadas en la comparación entre las distintas generaciones.
- lo social, al enfrentar dos grupos distintos (culto y popular), que corresponden a dos puntos extremos del espectro social.

En otras palabras, todos los factores resultan alternativamente invariables y variables. Invariabilizar significa aislar, separar y variabilizar no es otra cosa que comparar, relacionar y, en este sentido, integrar.

En el caso de la ciudad de Lima, existe una íntima conexión entre las coordenadas geográficas y sociales. Por ejemplo, la coordenada geográfica resulta relevante para identificar a un hablante en un grupo social determinado, por el mero hecho de no ser originario de la capital. Lo regional, lo provinciano, lo andino tienen, en general, una valoración social más baja respecto de lo capitalino. Un representante de la clase alta en algún lugar de la sierra, trasladado a Lima, no ocupará necesariamente la misma posición en la escala. Lo espacial es reinterpretado socialmente o, dicho de otro modo, lo espacial tiene un lugar en la escala social, debido a las condiciones propias del centralismo y la sobrevaloración de la capital.

### *La formalización*

La teoría laboviana de la variación partió de un replanteamiento de las reglas opcionales generativistas y, en este sentido, se la con-

sidera como una teoría de tipo generativo. Pero el concepto de *regla* en la gramática generativa, por lo menos, en el modelo del que se partió, iba ligado justamente a la condición de obligatoriedad, de necesidad psicológica y formal, donde queda excluido justamente lo probabilístico. La regla generativa constituye una esquematización muy abstracta de las posibilidades combinatorias oracionales en todos los planos lingüísticos, y aspiraba a constituir el molde conceptual atribuible al conocimiento lingüístico del hablante o a su facultad de adquirir una lengua en un sentido universal y biológico. ¿Cómo pueden conciliarse estos objetivos con los subyacentes a las *reglas variables* que tratan de esquematizar en un sentido descriptivo y sintético la variación dialectal, histórica, social a partir de un largo trabajo de observación empírica y de ordenamiento cuantitativo? ¿Se trata verdaderamente de una mera extensión de la gramática invariable o de una gramática de distinta naturaleza cuyo universo empírico constituye justamente lo no relevante en los modelos universales como el generativo?. Creo, más bien, en lo segundo. No basta el reconocimiento de la necesidad metodológica de trabajar con *reglas* para identificar dos modos distintos de concepción del lenguaje.

La consideración de lo variable como aspecto inherente a una gramática debe llevar a replantear el propio estatuto de lo invariable, pues lo variable no constituye una mera adición o yuxtaposición de otro tipo de hecho. No parece desatinado considerar además el hecho de que lo variable se haya sistematizado mejor en lo fonológico que en los otros planos lingüísticos, quizás porque las alternancias se expresan más limitada y nítidamente o resultan mejor manejables respecto de la materialidad sonora que respecto de los planos lingüísticos superiores.

Ahora bien, si dejamos de establecer las conexiones entre reglas generativas y reglas variables, dejando consiguientemente al margen los problemas de adecuación formal y psicológica entre los dos tipos de reglas y las teorías que las justifican, y asignamos al concepto de regla los objetivos de *uniformar, generalizar y simplificar* el comportamiento de ciertos hechos variables, utilizaremos las reglas como recurso metodológico para percibir de modo sintético una totalidad o un fenómeno y poder compararlo con otro. Creo que, por ahora, no debemos intentar que el concepto de regla se confunda con los procesos

mentales asignados al hablante, como ocurrió con las reglas generativas, mezclándose el saber intuitivo precientífico con el técnico científico. Al fin de la fase de procesamiento del material, presentaré estos esquemas para cumplir con el propósito sintetizador y simplificador de una realidad mucho más compleja de lo que se puede científicamente captar.

Labov (1977) reconoció tres tipos de reglas: *categorías, semi-categorías y variables*. Las categorías son las que necesariamente se cumplen, las semi-categorías las que sólo de modo esporádico dejan de cumplirse y las variables suponen una alternancia discriminada en relación con un conjunto de hechos covariantes. Esta clasificación parece ocultar una mera diferencia cuantitativa. La distancia entre una regla categórica y una variable reside en una diferencia entre *todos/ algunos*, entre *siempre y no siempre*. Resulta interesante notar, de acuerdo con lo dicho, que una regla categórica puede ser contextual, tanto como lo es una regla variable. Así una regla categórica puede decir que un fenómeno A ocurre como B, siempre que aparezca en el contexto C:

$$A \rightarrow B / -C.$$

Labov ilustra este tipo de regla con el fenómeno de sonorización de las desinencias en inglés, que no afectaría a nombres como *cats*, donde no podría esperarse sonorización. La relación entre el hecho y su contexto resulta obligatoria y, por consiguiente, la regla es invariable. Lo característico de la regla variable es que, siendo también contextual, el hecho determinante no resulta obligatorio sino que alterna también con otros hechos con diferente intensidad. El fenómeno en esta regla ocurre *no siempre que aparezca el contexto condicionante* y se formaliza así:

$$A \rightarrow \langle B \rangle / \langle -C \rangle$$

Ese '*no siempre que*' debe traducirse a una expresión cuantitativa y validarse probabilísticamente. Los ángulos indican aquí la opcionalidad o variabilidad del fenómeno en cuestión y también la opcionalidad o variabilidad del contexto que lo condiciona, cabe decir, la *covariación* del hecho y su contexto.

A partir de las consideraciones anteriores se podría distinguir entre:

hechos categóricos no contextuales,  
hechos categóricos contextuales  
hechos no categóricos contextuales y  
hechos no categóricos no contextuales.

En esta distinción a la que puede aplicarse o no el método cuantitativo, los hechos obligatorios y los no obligatorios pueden responder o no a situaciones contextuales. Sin embargo, estas consideraciones no se identifican plenamente con los principios funcionalistas que el propio Labov impone a la delimitación de la variable, pues para el funcionalismo los fenómenos funcionales no obedecen a causas contextuales. Cuando se habla de *variación* o de *variantes condicionadas* se alude a la diferencia contextual como opuesta a la diferencia funcional (cf. Coseriu 1981-192-3). Sólo en el caso de las llamadas *variantes libres*, por su misma naturaleza, se excluye la posibilidad de la regulación del contexto lingüístico.

Pero si retomo aquí la perspectiva que he propuesto en este trabajo, según la cual los hechos fonológicos deben definirse como *variables* por razones de principio, aun cuando en ciertas circunstancias históricas, sociales o dialectales se comporten como obligatorios o no obligatorios, tales hechos deberán considerarse contextuales. No por ello desconoceré que determinados hechos *covarién* con ciertas dimensiones contextuales y determinados hechos puedan no describir esa *covariación* de modo sistemático. En este último sentido, sí podemos referirnos a hechos obligatorios que actúan independientemente del contexto, tanto como a hechos no obligatorios que actúan dependiente o independientemente del contexto. En el caso de que actúen independientemente del contexto, en el sentido de que no covarién organizadamente en él, pueden quizás considerarse como hechos no sistematizables o aislados, en la medida en que no puede identificarse una coocurrencia y parecen registrar una variación desorganizada.

Distingo en este trabajo entre *datos* y *corpus*. Los datos constituyen el universo empírico a que puede acceder la teoría lingüística, en este caso una teoría replanteada para involucrar los hechos de variación. En cambio, llamo corpus al conjunto de datos específicos y localizados que forman parte del universo empírico y que se inscriben en una investigación determinada.

Sobre los datos correspondientes al universo empírico de la variación queda poco que añadir a lo que he comentado más arriba: todo hecho lingüístico considerado recurrentemente dependiente de su manifestación en las distintas dimensiones mencionadas, bien sean propiamente lingüísticas, bien sean extralingüísticas. Me dedicaré más bien a ofrecer las características del corpus utilizado en esta investigación.

Pero cabe destacar primero que la base del trabajo empírico debe residir en la articulación entre lo hallado en el corpus y el universo empírico total de los datos. En esta medida debe utilizarse el corpus con principios teóricos muy coherentes y comprensivos, de modo que lo observado allí constituya sólo una ejemplificación de lo posible dentro del universo empírico y que, en esa medida, puede proyectarse y contrastarse con otros tipos de datos.

Vayamos a las características de nuestro corpus. Se trata de un conjunto de 24 entrevistas de un promedio de media hora de duración correspondientes a un conjunto bien definido de hablantes que representan en distintos planos el habla de esta ciudad. En este trabajo, el factor de procedencia, como lo he comentado ampliamente, constituye el eje para identificar esta investigación, pues, por las razones anteriormente explicadas, he separado los grupos como migrantes/no migrantes, dada la relevancia del proceso migratorio para identificar las características de esta ciudad. Como en este caso se trata de estudiar el español de Lima, parto del grupo no migrante, originario de esta ciudad, con padres limeños o que han vivido toda su vida en Lima y proceden de zonas costeñas. Esta delimitación permitirá configurar una muestra básica de la modalidad limeña, aunque con ello no quiero decir que se trate de una modalidad aislada de toda influencia de otros

grupos que habitan la ciudad. Justamente la coexistencia de los grupos migrantes con los no migrantes produce un universo de procesos nuevos que se cumplen con distintas características a lo largo de la escala social.

Las coordenadas de manifestación se expresan de la siguiente manera:

—espacial: invariabilizada en la ciudad de Lima y restringida al grupo originario de ese espacio, cabe decir, no extendida a grupos de distintas procedencias que habitan la ciudad, y contrastada después con los resultados de investigaciones análogas realizadas en otras ciudades del mundo hispánico.

—histórica: referida a un solo período temporal, si bien desplegado, en tres grupos generacionales: primera generación (25 a 35 años), segunda generación (36 a 55 años) y tercera generación (de 55 años en adelante).

—social: enfrentada variablemente en dos grupos culto y popular, correspondientes a dos extremos sociales, separados mediante las variables educativa y ocupacional, teniendo en cuenta sus condiciones generales de vida y la función que desempeñan dentro de la sociedad.

—situacional: referida a un solo tipo de situación comunicativa que se desarrolla en el diálogo entre informante e investigador.

Las entrevistas constituyen diálogos con cierta espontaneidad temática en el sentido de que, aun cuando los temas los sugería o los controlaba el investigador, éstos se circunscribían a asuntos familiares sobre las experiencias vitales del informante, en torno a su vida familiar, escolar, sus intereses profesionales. Los hablantes que se conducían con mayor naturalidad se sitúan en el grupo culto, pues los hablantes de condición popular, más inseguros de su comportamiento lingüístico, sobre todo ante la presencia de la grabadora y del entrevistador, que se suponía cultivado, se mostraban más incómodos y menos relajados, hasta que se lograba que el interés por el tema descuidara su atención sobre el discurso. En todo caso, los fenómenos in-

vestigados son muy difíciles de controlar, pues el hablante ni siquiera los percibe aisladamente.

Aunque se trata de una misma situación comunicativa, cabe observar que los grupos se comportaban de modo distinto ante ella. Y ello tiene que ver con el modo como los hablantes se adaptan a la situación de habla según la relación de los elementos que la conforman como son: la relación con el receptor (estable o provisional), con el tema de conversación y con el lugar, el motivo de la conversación, el canal físico que interviene. No sólo se trata pues de configurar el tipo de situación, y llamarla formal o informal, sino de atender al modo como los hablantes, según el grupo social al que pertenezcan y también según sus características individuales, interpretan y responden a esa situación con un comportamiento determinado. La unidad situacional no garantiza, pues, la unidad estilística.

Respecto de la relación entre emisor y receptor he separado entre una relación *estable* como la existente independientemente de la entrevista, y una relación *provisional* creada en la propia situación de la entrevista (Caravedo 1988). En el grupo culto generalmente existía una relación anterior (estable) de amistad y confianza entre informante e investigador, que aseguraba, distractores físicos aparte, un desenvolvimiento positivo, natural y controlable de la conversación en la relación provisional de la entrevista. Cuando digo controlable me refiero al hecho de que conociendo el estilo del informante, el investigador podía identificar mejor las variaciones estilísticas motivadas por el cambio de situación. Cuando no existía necesariamente una relación anterior de amistad, por razones generacionales, por ejemplo, los informantes se conducían con mayor distancia, pero también con la seguridad que les ofrecía su nivel generacional superior y también su estatus profesional. Estas consideraciones actúan de manera distinta cuando se trata del grupo popular. Aquí generalmente la relación estable entre investigador e informante es fundamentalmente jerárquica, de superior a inferior, y así lo interpreta el informante. Siente que la persona que controla la entrevista pertenece al ambiente universitario, ajeno a ella, y que tiene que cuidar su habla y su comportamiento en general. Además de esto, la situación premeditada, el lugar de la entrevista y la grabadora, que hace de canal mediatizador, constituyen elementos que afectan esta relación y obligan a controlar

de forma más artificial el discurso. Esto ocasiona o un discurso de frases cortantes que no puede ramificarse como en la situación natural, o lleno de frases fáticas consideradas formales para enlazar los elementos de un discurso sin apoyo, armado mediante frases yuxtapuestas, coordinadas y casi nunca subordinadas, que tratan de responder a las preguntas. Incluso para responder la pregunta, el informante utiliza mecánicamente, como abertura del discurso e interrupción de su silencio, las últimas palabras del entrevistador. Por ejemplo:

E. "¿ qué tal te llevas con tus tíos?"

I. "mis tíos, bien"...

E. "¿De ahí qué haces?"

I. "de ahí veo un poco"...

Quizás lo más distintivo de uno y otro grupo no resida en los fenómenos fonológicos aislados, sino en la totalidad del discurso y en el modo como se distribuye la energía articulatoria a lo largo de las secuencias y se concatenan y relacionan los distintos enunciados entre sí. Trataré, de establecer las características diferenciadoras más notables en este terreno ante el mismo grado de formalidad de la situación.

### *Características de los informantes*

Según los factores considerados anteriormente, los informantes cumplen los siguientes requisitos, coherentes con los establecidos para la investigación de la norma culta:

- nacidos en Lima
- haber vivido no menos de las tres cuartas partes de su vida en la ciudad.
- hijos de padres limeños o de padres que han vivido todo el tiempo en Lima y no corresponden a la zona andina, sino costeña
- en el caso del grupo culto, han obtenido un nivel educativo superior, con estudios de post-grado, y constituyen profesionales que desempeñan cargos académicos, docentes, importantes en el ambiente de la ciudad (profesores universitarios, investigadores, artistas, periodistas, antropólogos, ingenieros). En el caso del grupo popular, los

hablantes tienen escasa o nula escolaridad en colegios del estado y se desempeñan en ocupaciones eventuales como ambulantes, o en trabajo no calificado como conductores o limpiadores de carros, empleadas domésticas etc. No se ha requerido evaluar el ingreso, ostensiblemente menor en el grupo popular, ni la vivienda, pues bastan los factores mencionados para diferenciar ampliamente a los grupos en cuestión.

– se distribuyen en tres generaciones: primera (de 25 a 35 años), segunda (de 36 a 55 años) y tercera (de 56 en adelante) que corresponden a ambos sexos.

Ambos grupos mantienen relaciones muchas veces cercanas entre sí, pero siempre de naturaleza jerárquica o vertical. Así los de la clase popular pueden vivir en las casas de los grupos como empleados de servicio, mayordomos, obreros etc. y en esta medida los universos conviven, coexisten en el mismo espacio, sin fusionarse, pero creando un canal, aunque restrictivo, de contacto e interacción.

### *Procesamiento del corpus*

Elegidos los fenómenos que constituirán el centro de la indagación, y recogido el corpus según los lineamientos comentados, donde se encontrarán esos fenómenos, se separa el trabajo en las siguientes tareas fundamentales:

- transcripción literal y fonética
- aislamiento de las variables y distribución de variantes
- cuantificación de las variantes en relación con las variables y con los factores estudiados, en este caso, de grupo social.
- correlación social
- confrontación con otros universos dialectales.

Los procesos fonológicos de debilitamiento consonántico se concentrarán en las siguientes variables fonológicas: /s/, /p/, /t/, /k/, /b/, /d/, /g/, /m/, /n/, /r/, /r̄/, examinadas contextualmente en sus diversas variantes, correlacionadas con el factor social, principalmente, y comparadas externamente, cuando es posible, con otros universos dialectales.

La cuantificación se basa en el principio elemental de que la ocurrencia de una variante es igual a la suma de hechos ocurridos sobre el universo de hechos esperables. La base de la correcta dirección de la cuantificación se basa, pues, en una adecuada definición de lo llamado *esperable*. Esta decisión parece muy fácil en casos como /s/, si encontramos ausencia de segmento o aspiración. Pero no son tan fáciles de resolver en casos como *arigmética*, *insehto* etc. La identificación de lo *esperable* debe llevar a restituir la forma ideal de la palabra, en una oralidad muchas veces coincidente con la forma escrita. Así, *arigmética* ¿debe remitirse a /t/ o a /d/? ¿Cuál es el criterio uniformador que se tiene en cuenta? Existen, a mi modo de ver, dos posibilidades, el adoptar como criterio meramente organizador el estrictamente fonológico o el fonético. En el sentido fonológico, la variable coincidirá con lo considerado como fonema. En este caso, *arigmética* puede restituirse tanto a /t/ como a /d/, pero en tal caso también podría restituirse a /g/. En razón del criterio fonético, tomando como patrón gráfico y fonético *t* cualquier variante debería remitirse a esa unidad. Ambas posiciones parecen un poco arbitrarias respeten o no respeten las delimitaciones de los fonemas. En este sentido parece más cauto, en vez de utilizar el criterio de unidad, que nos obliga a una reducción imprecisa y falsificadora de la realidad, manejar el concepto de *zona de variabilidad*, donde en verdad puede ocurrir cualquiera de esas variantes en el mismo conjunto, no en razón de un límite de destintividad, sino en razón de la ocurrencia real de cualquiera de los segmentos de un conjunto dado. En este sentido, la variable se convierte en un conjunto amplio de posibilidades más grandes según las dimensiones de manifestación.

El criterio de identificación de lo *esperable* debe ser, pues redefinido de acuerdo con las circunstancias del corpus. Quiero decir que el patrón de referencia puede variar según el tipo de variantes aceptadas o generalizadas en una comunidad. Si una comunidad nunca realiza las bilabiales en contextos implosivos sino las velares, resulta irreal seguir partiendo del patrón de labiales. Será mucho más realista admitir que para una comunidad determinada el patrón ha variado y se ha desplazado de la labialidad a la velaridad. Ahora bien, hay que tener cuidado a la hora de establecer los patrones de lo *esperable*. Se trata de una unidad de medida o de inteligibilidad científica, lo suficientemente flexible como para reinterpretar los procesos lingüísticos re-

ales. Quizás la historia de los patrones gráficos y los fonológicos nos lleve alguna vez a precisar en qué medida se trata de la evolución de los mismos procesos o de dos estadios distintos de lo considerado uniforme o aceptable y en qué medida, ahondando en los procesos fonéticos de las distintas comunidades, entenderemos cómo esos patrones se desplazan y cambian a partir de la dirección y concentración de ciertos puntos de la variabilidad.

Otro punto interesante que comentar reside en la relación entre la cuantificación y los procesos productivos del hablante. Creo que es necesario establecer que la cuantificación constituye un ordenamiento hecho sobre un extracto determinado de la actuación lingüística. Pero ¿hasta qué punto los valores cuantitativos de los datos orientan la producción en un sentido u otro? Probablemente las formas más generalizadas reflejen un tipo de producción o un dinamismo del proceso que lleva a una mecanización de reproducción constante incontrolada o inconsciente para los hablantes que no suelen reflexionar sobre su discurso. Sin embargo, esto no autoriza a dotar de poder predictivo a la cuantificación. La probabilidad, al asignar un peso determinado a las variables, constituye el cálculo sistemático y riguroso de las posibilidades aleatorias en términos matemáticos, pero no necesariamente en términos lingüísticos. Creo que tanto la percepción cuanto la producción del habla no están sujetas a ese ordenamiento, que la variabilidad constituye, más bien, un hecho de mudanza progresiva, imperceptible de patrones o discontinuidades funcionales y recurrentes que se estabilizan a lo largo de períodos temporales, o en un mismo período temporal en una porción de continuidad espacial, social. Lo que trato de investigar en este trabajo es cómo se expresa esa estabilidad en los grupos sociales analizados.

### *Conceptos operativos*

Antes de emprender el análisis de cada uno de los fenómenos, expresaré aquí el contenido adscrito a los conceptos fundamentales que utilizaré para integrar los hechos empíricos de acuerdo con un enfoque común anteriormente justificado. Hablaré de *zona funcional, espacio de variabilidad y variación*. Tales conceptos tendrán sólo un valor

operativo y metodológico para incorporar organizadamente los fenómenos de variación en el español que analizo, en coherencia con principios generales que permitirán analizar cualquier tipo de manifestación variable de otros espacios.

Llamo *zona funcional* a un espacio permisible de realización fónica en un *continuum* cuyos límites de reconocimiento convencional y metodológico, de parte del lingüista, pueden coincidir con la capacidad discriminativa de significado en las unidades léxicas, ejemplificada por lo menos en un caso.

Tal espacio permisible define también un radio de variabilidad que coincide, con frecuencia, aunque no de modo absoluto, con los límites de la zona funcional. Por ejemplo, la fluctuación de la oclusividad-fricatividad en [b] y [β] coincide con una zona funcional, de modo que la unidad que representa esa zona funcional incluye su variabilidad. En este sentido, lo variable y lo funcional confluyen en el mismo *espacio de variabilidad*. La zona funcional actúa como un principio delimitador del *continuum* fónico a partir del cual se hace posible entender de modo organizado la variabilidad. Pero ocurre que el espacio de variabilidad no confluye siempre con el de la zona funcional delimitada, sino que se desajusta o invade otra zona funcional, como sucede en *probेशनal* (profesional) *ogservar* (observar), *agto* (apto) etc. donde la zona funcional /f/ ha invadido el espacio de /b/ y /g/ el de /b/ o /p/, de modo que la velaridad, que forma parte de una zona funcional delimitada y, por consiguiente, de un espacio de variabilidad independiente se intersecta con la zona bilabial, a su vez, independiente y separada con sus propios márgenes.

Los espacios de variabilidad no se mantienen, pues, fijos y pueden, en principio, desplazarse, como de hecho ha ocurrido y ocurre en el español, aun a riesgo de eliminar un límite funcional y de atentar contra las distinciones de significado en el plano léxico o de la palabra aislada independientemente de los procesos que active el hablante para restituir, por otros medios, la información semántica que le sea necesaria. La ampliación de los espacios de variabilidad puede llevar al cambio lingüístico cuando no se estabiliza en un hecho de variación.

Por *variación* entiendo la expresión diferenciada y organizada de

la variabilidad en entidades reconocibles o perceptibles en el trabajo científico. Si la variabilidad no se puede concretar en unidades recurrentes y debidamente condicionadas, se tratará de una variación desorganizada o se dirá simplemente que la variabilidad no se ha cristalizado en un hecho de variación.

La permisibilidad o tolerancia del espacio de variabilidad tiene que ver con distintos factores voluntarios o no voluntarios, lingüísticos o extralingüísticos que se expresan de modo particular o específico según los grupos, las comunidades dialectales o los universos comunicativos, y no constituyen propiedad de los sistemas abstractos sino del modo como éstos se ponen en funcionamiento insertándose en los distintos espacios humanos individuales y sociales.

En español casi todas las zonas funcionales pueden desplazar sus márgenes de variabilidad cabe decir, desdoblar los límites de la funcionalidad representativa. Delimitada la funcionalidad, los márgenes no permanecen fijos y se muestran más o menos móviles en contextos determinados. Para estudiar la variabilidad como propiedad de lenguaje interesará determinar qué zonas funcionales y en qué contextos se muestran más o menos estables que otras. Una vez delimitadas, las zonas tienen un valor paradigmático, pero la variación constituye un fenómeno sintagmático o contextual. En virtud de lo dicho, buscaremos establecer cómo se expresan las zonas funcionales en determinadas contextos.

Pero, como se sabe, no todos los contextos tienen la misma densidad significativa, esto es, no constituyen centros de gravedad significativa, o no concentran el peso de la diferenciación léxica en las unidades. En el español, los contextos de mayor gravedad significativa porque acumulan el peso diferenciador léxico son, partiendo de la sílaba, los iniciales prenucleares, y los de menor gravedad, los postnucleares o finales. En contextos iniciales pueden ocurrir unidades más o menos fijas o con menor posibilidad de variación como *p*, o unidades más o menos móviles, con mayor espacio de variabilidad como *b*, pero lo fundamental es que, en ambos casos, se trata de una variación mixta (no constante) en el sentido de que coincide sólo parcialmente con la funcionalidad primitiva de /p/ y /b/, si la comparamos con la variabilidad de los contextos finales. Resulta crucial el estudio

de esta variación y el modo como se organiza internamente en las dimensiones concretas de historicidad, espacialidad, socialidad.

En contextos de distensión silábica existe en español menor densidad significativa, y simultáneamente se produce una variación coexistente, que desajusta la confluencia absoluta entre margen de funcionalidad primigenia y variabilidad, creándose una nueva zona de funcionalidad más laxa, que involucra todas las posibilidades variables. Así para las zonas funcionales de posiciones iniciales tenemos:

p/b β / t/d δ / k/x/g γ / m/n/ñ / l/λ/r̄/r /

mientras que para las zonas de distensión observamos, en un primer momento, márgenes de variabilidad más amplios y, por lo tanto, ampliación de la funcionalidad.

/p b β / t d δ / k x g γ / m n ñ η / l λ r̄ r /

o en otros casos: / p b β t d δ k x g γ /

Ahora bien, en los casos en que la variabilidad coincide con la reducción o anulación de la gravedad significativa, no existen signos lingüísticos que se enfrenten oposicionalmente. Sin embargo, no se trata de un hecho absoluto. Así la oposición l/r (*arta/alta, parto/palto*) actualiza la distintividad en diferencia de significado léxico. No obstante, es digno de destacarse que aparentemente existe una diferencia de estatuto entre este fenómeno y los anteriormente comentados. Los primeros pertenecen a la lengua española como sistema general y único. En cambio, este caso (l/r) constituye un fenómeno que se expresa diferencialmente en las dimensiones espaciales y sociales en que se manifiesta la lengua ¿Conviene considerar en el mismo rango descriptivo este fenómeno? Tradicionalmente la respuesta hubiera sido negativa. Los fenómenos dialectales no se incluyen en el rango de la descripción del sistema. Pero en la postura que sostengo, el fenómeno tiene la mis-

ma naturaleza que cualquier fenómeno de sistema, sólo que al abordarlo nos vemos precisados a conectarlo con las dimensiones extralingüísticas en que se manifiesta. La concretización no altera el fenómeno sino que lo restituye a su universo de procedencia, en las coordenadas que se consideran relevantes para entenderlo en su totalidad. Por lo demás, la misma operación de concretización puede hacerse con los fenómenos que, aparentemente, son más generales en el sistema español.



III

ANÁLISIS



### *El conjunto de orales*

Empezaré justificando la reunión en un solo conjunto de lo que en el sentido fonológico tradicional constituirían varias entidades funcionalmente independientes puesto que cada una podría conformar signos distintos como en: *pasa / tasa / kasa / gasa / fino / vino / garra / jarra /*, para confrontar sólo algunos pares que ilustren la capacidad discriminativa de estas unidades.

Pero también tradicionalmente tales oposiciones fonológicas forman haces de relaciones proporcionales y simétricas que permiten establecer comportamientos análogos entre ellas. En principio, todas ellas concentran su capacidad distintiva en los contextos iniciales de sílaba sean estos externos o internos respecto de la palabra (*poca / boca, prisa / brisa*). Pero, a la vez, las mismas unidades dejan de distinguir significado cuando se sitúan en posición implosiva (interna o externa) o de final de sílaba (*optener / obtener*). En estos casos se decía técnicamente que las unidades neutralizaban su poder distintivo o suspendían su capacidad distintiva sólo contextualmente, de modo que dejaban de comportarse como unidades distintas y se fusionaban en una sola unidad. En nuestros términos ocurre, en verdad, una ampliación de la zona funcional de modo que el espacio de variabilidad involucra no solo a dos sino a muchas unidades. En contexto de final de sílaba puede ocurrir cualquiera de los miembros del conjunto, que aparece más diferenciado en los contextos iniciales. Esta fusión resul-

ta argumento suficiente para relacionar íntimamente a todas las unidades involucradas y abordarlas de modo conjunto.

Analíticamente, a partir del criterio de descripción en rasgos binarios, quedan agrupadas las entidades del eje [+consonántico --vocálico -nasal] en todos los puntos articulatorios, traducidos en la tipología de Jakobson y Halle como [ $\pm$  denso] y [ $\pm$  grave], de donde he excluido, sólo provisionalmente, por razones específicas, a la sibilante, tratada separadamente en capítulo posterior.

A partir de la metodología y los objetivos planteados en este trabajo, investigaré las manifestaciones variables y recurrentes de esos fenómenos en un solo proceso, particularmente expresado en las posiciones de fin de sílaba, las más favorecedoras de la variación. Sin embargo, relacionaré este hecho con el comportamiento del mismo conjunto en situaciones menos favorecedoras de la variación como las de inicio de sílaba, y propondré renunciar a los conceptos tradicionales de neutralización y archifonema ligados a la identificación de unidades fijas o invariantes e integrar todos esos fenómenos en la misma categoría de los hechos variables con márgenes permisibles de realización.

Ahora bien ¿cómo se manifiesta la variabilidad en relación con los fenómenos involucrados en la notación referencial del conjunto de orales? Como en los casos anteriores, cabe hablar de dos tipos de variabilidad: *organizada* y *desorganizada*. La variabilidad desorganizada supone la fluctuación, la alternancia o la opcionalidad imposible de conectarse de modo regular con ninguna de las dimensiones de manifestación mencionadas: el contexto lingüístico o extralingüístico en sus aspectos históricos, sociales, dialectales o situacionales. Los enlaces que pueden hacerse son irregulares, ocasionales o aislados y no se hace posible, a partir de allí, establecer un ordenamiento recurrente de los fenómenos. En cambio, la variabilidad organizada supone algún tipo de relación más o menos general, recurrente o estructurada de los fenómenos y los factores mencionados. Del conjunto referido, podríamos reconocer, por ejemplo, que /p / t / k / no registran variación organizada en contextos de inicio silábico y que, por lo tanto, no resulta pertinente detenerse en estos casos. Mientras que / b / d / g / registran variación organizada en los mismos contextos y resulta ade-

cuado, en esta medida, sistematizarla. Ahora bien, cabe pensar que lo considerado en cierto momento como parte de la variación desorganizada corresponda a las limitaciones de la observación del fenómeno debidas, por ejemplo, a un corpus insuficiente o a determinado tipo de hechos que en el momento de la observación no se encuentran todavía estructurados, pero que podrían evolucionar en tal sentido y llegar a convertirse en hechos organizados. Por ello, aun cuando las limitaciones del corpus que analizo me lleven a considerar que /p/t/ / k / pertenecen a la variabilidad desorganizada, consignaré sus posibilidades variables de modo que alguna vez puedan conectarse con otros tipos de datos en un corpus más amplio. Organicemos primero las variantes y luego sus contextos de aparición.

### *Variantes y neutralización*

Como ya lo anoté, las perspectivas fonológicas tradicionales ligadas al concepto de fonema o de unidades invariantes fijas, abstractas para describir los sistemas fonológicos de las lenguas reconocían que ciertas oposiciones funcionales suspendían en algunos contextos su capacidad distintiva y dejaban de discriminar significados. En ese sentido, las oposiciones se clasificaban, en razón de su alcance distintivo, por ser constantes o neutralizables. Las unidades de nuestro conjunto quedaban como unidades neutralizables en virtud de que en ciertos contextos como el inicio de sílaba distinguían significado como en *pote/ bote* y en otros contextos como el fin de sílaba dejaban de distinguirlo: *opservoar /obseroar*. En el segundo caso, desde el punto de vista fonológico, las dos unidades se fusionan en una sola porque, en verdad, puede ocurrir cualquiera sin ocasionar problema de significación<sup>10</sup>. En este sentido, se proponía una unidad neutra que reuniera só-

---

10. Aunque la neutralización implique cese de la capacidad distintiva y, en esa medida, cese también de distinción, se aplica sobre pares mínimos, cabe decir, sobre signos distintos como en el par del alemán *Rad* (rueda) /*Rat* (consejo). Resulta curioso, sin embargo, que el cese de la capacidad distintiva no suponga cese en la diferenciación significativa, como sí ocurre en los ejemplos españoles como *obtener/optener* donde b/p no se actualizan en signos distintos. Pero esto no constituye un contraejemplo de la definición, que implica suspensión de la capacidad

lo los rasgos comunes a las unidades neutralizadas denominada archi-fonema. Pero, en verdad, ésta unidad se convertía otra vez en unidad invariante que reducía y simplificaba el problema de la variabilidad, realmente involucrado en este proceso de neutralización. Porque si las unidades dejan de ser funcionales y puede ocurrir cualquiera de ellas, lo que sucede es que han dejado de ser invariantes para convertirse en variantes y constituir parte del proceso de variabilidad, que llega a involucrar a la propia capacidad distintiva de los fonemas o de las unidades llamadas invariantes. En verdad, si las unidades funcionales dejan de funcionar, aunque sólo sea en ciertos contextos, dejan también de ser invariantes y se convierten en fundamentalmente variables. No resulta forzado, pues, admitir que las unidades funcionales sean susceptibles de variar y que parezca inadecuado definir un concepto básico con su propia contradicción, en vez de reformularlo de modo más extensivo para integrar con más amplitud los hechos.

Dicho esto, trataré todos los casos como fenómenos de variabilidad que ocurren dentro de ciertos márgenes que deben delimitarse.

---

discriminativa de los miembros de la oposición, independientemente de la circunstancia, azarosa, de que se hayan actualizado en pares mínimos o que se hayan diferenciado léxicamente. Si la distintividad de las oposiciones no tiene que expresarse todas las veces en palabras distintas (basta que se exprese en un solo caso), entonces cuando cesa de distinguir no tiene que hacerlo siempre sobre la existencia o la inexistencia de pares mínimos. Simplemente los hablantes no producen la distinción. Se trata, pues, de un hecho fonético actualizado de modo general por los hablantes, más que de un hecho estrictamente fonológico. Pero el asunto no está del todo claro y plantea muchas cuestiones. Jakobson y Waugh afirman que "Si en algunos contextos sólo pueden aparecer uno de los opuestos, el rasgo pierde su distintividad se hace inactivo y se descalifica. La oposición está viva cuando ambos opuestos pueden ocurrir en el mismo contexto, o sea cuando se da la identidad de rasgos concurrentes y adyacentes" (p. 31). Pero habría que añadir que esto ocurre sólo cuando provoquen cambio de significado en el mismo contexto, de lo contrario no se hablaría de posición distintiva. Y entonces, ¿cómo quedarían los casos como [optenér] [obtenér] donde los opuestos ocurren en el mismo contexto, no se excluyen, pero tampoco ocasionan cambio de significado? A mi modo de ver existe aquí una confusión de planos entre lo que se considera de modo aséptico como funcional o no funcional sin intervención de los hablantes, y lo que se define, independientemente de estos conceptos de funcionalidad plasmados en el significado representativo, a partir de las materializaciones efectivas de los hablantes. He desarrollado muy ampliamente este punto en Caravedo 1987 y 1989b).

En las posiciones implosivas o de neutralización, los márgenes de variabilidad serán mucho más amplios, involucrarán no sólo al par neutralizado sino a las unidades de todo el conjunto de consonantes orales mencionadas aquí<sup>11</sup>. De este modo quedarán integradas en el mismo proceso las posibilidades de variación siguientes: *opservar, observear, ogservar, oxservar, okservar / admisión, atmisión, agmisión*, y demás. Tales manifestaciones, posibles en muchos dialectos, expresan la coincidencia distribucional de todo ese conjunto y, en ese sentido, un mismo proceso de variabilidad.

Con estas consideraciones debemos identificar las variantes involucradas separando los dos contextos relevantes que diferencian dos márgenes de variabilidad, a saber el contexto inicial de sílaba, por un lado y el contexto de fin de sílaba, por otro.

En cada uno de los contextos separadores ocurrirán distintos tipos de variantes. Así en los contextos iniciales, donde la capacidad distintiva se expresa con mas fuerza, los márgenes de variabilidad resultarán más limitados, de modo que sólo aparecerán las fluctuaciones de la *continuidad* en relación con el conjunto de sonoras / b d g /. Pero al lado de esto, será interesante destacar las posibilidades, aunque frecuentemente menores, de alternancias entre /p b / por un lado y /k g /, por otro, que suponen la variabilidad del rasgo *sonoro*, idealmente distintivo en español. Ahora bien, ambas fluctuaciones no constituyen hechos aislados; es posible relacionarlos como parte de un mismo proceso simétrico que sigue una dirección de la variabilidad normalmente tolerada en español. Al indistinguirse /f p b / en razón de la fluctuación de sonoridad en el mismo par (*proβesional, éβoka*) y orientarse la producción hacia el miembro sonoro, se subsume también el margen de variabilidad de todo el conjunto de sonoras, de mo-

---

11. Esto ocurre, aunque autores como Alarcos (1965, 181) consideren que las oposiciones equipolentes de los distintos polos articulatorios como las labiales, por un lado y las velares, por otro, no se neutralicen entre ellas. ¿Cómo se considerarían entonces formas muy frecuentes como [ogsérβár], [ogsékjo] y, por otro lado, [tépniko], [apsión] y, por supuesto, también [ápto/ákto] como intercambiables por acto y apto respectivamente? Es imprescindible replantear tales restricciones conceptuales para integrar todos estos hechos de la realidad lingüística.

do que si ocurre [b] puede ocurrir también la pareja fricativa, incluida en el espectro de variabilidad. Los procesos se orientan hacia un punto de confluencia más natural para el español, donde la variabilidad es tolerada y no aparece implicado el problema de funcionalidad o de discriminación de significado. Esquemáticamente si se indistingue: / p b / [+sonoro], se pasa directamente a otra zona funcional donde es posible, y de hecho ocurre, la fluctuación entre [-+ continua], de modo que el espacio de variabilidad se unifica y se amplía para / f p b β / y para / k g γ /. Las unidades que sólo referencialmente incluyo dentro de las barras forman parte de la zona funcional y de sus posibilidades de variabilidad y, por consiguiente, se definirían como variantes.

Tratemos de describir por medio de rasgos acústicos estas fusiones:

Unidades gráficas de referencia:

	/ f /	/ p /	/ b /	/ t /	/ d /	/ k /	/ x /	/ g /
denso	-	-	-	-	-	+	+	+
grave	+	+	+	-	-	+	+	+
continuo	+	-	x	-	x	-	+	x
sonoro	-	-	+	-	+	-	-	+

Fusión de zonas funcionales:

	/ f p b /	/ t d /	/ k x g /
denso	-	-	+
grave	+	-	+
continuo	x	x	x
sonora	x	x	x

donde x implica la posibilidad de comportarse como cualquiera de los rasgos (positivo o negativo) o, en otras palabras, la indistintividad fonológica o la integración del mismo conjunto. Sólo quedarían diferenciados los conjuntos en orden a la densidad y a la gravedad o, en otros términos, al punto articulatorio.

La zona de variabilidad se amplía mucho más en los contextos de fin de sílaba, llamados también implosivos. Allí no sólo se indiferencia la oposición de continuidad y de sonoridad, como puede ocurrir en los contextos iniciales, sino que además se indiferencia la oposición de densidad y gravedad o de punto articulatorio que, en contextos iniciales, constituye el límite o el margen de las zonas funcionales. Al difuminarse este límite se crea una sola zona funcional para todo el conjunto de modo que, en principio, puede ocurrir cualquiera en ese contexto, aun cuando, a veces, se llegue a atentar contra la capacidad discriminativa de significado, como ocurre en el par p/k en *akto/apto*, (*acto* por *apto*) o en *intersektar/interseptar* (*intersektar* por *interceptar*) en las zonas de seseo.

El esquema de estas posibilidades podría representarse del modo siguiente:

/ f p b t d k x g /

consonántico	+
vocálico	-
nasal	-
denso	x
grave	x
continuo	x
sonoro	x

donde sólo quedan como diferenciadores los rasgos (+ consonántico) y (- nasal) que agrupan a todo el conjunto y lo oponen al conjunto (+ consonántico) y (+ nasal). El esquema quiere significar que, detrás de las unidades referenciales o notacionales, existe una gama muy amplia de permisibilidad variable, expresada en esos contextos, donde puede ocurrir cualquiera de los miembros del conjunto de *densos*, *graves*, *continuos* y *sonoros*, estén marcados positiva o negativamente y que, por lo tanto, la funcionalidad se ha ensanchado y los límites de variabilidad resultan menos rígidos e incluyen una gama más amplia de realizaciones. Todos los elementos integrados en el conjunto resultan *variantes* en el mismo espacio funcional.

En estos procesos estudiaré las manifestaciones en el espacio dialectal limeño para descubrir hacia dónde se desplaza la variación

en los espacios de variabilidad y qué organización describen esas manifestaciones desde el punto de vista lingüístico y extralingüístico.

Emplearé las notaciones fonéticas y fonológicas solamente como unidades referenciales de índole metalingüística para organizar el discurso fonológico y no como unidades de la lengua objeto que formen parte de la realidad investigada.

Las consideraciones anteriores, provenientes de la expresión propia de la variabilidad y mutabilidad de las lenguas, que sólo puede entenderse cuando se acepta que la propia funcionalidad cambia y se desplaza, me llevan, pues, a relativizar el concepto de unidad funcional y a integrar en este concepto las manifestaciones reconocibles o pertinentes, hablando mejor de espacios funcionales que de unidades, para incorporar de modo más natural las alternancias entre variantes e incluso entre unidades diferenciadoras de significado representativo. En una primera fase, la contextualidad actúa de límite separador entre zonas funcionales *estables* en los procesos de neutralización o *inestables* en los procesos comprobados de cambio lingüístico. La contextualidad del fenómeno termina, pues, inserta en el propio concepto de funcionalidad.

Veamos en nuestro corpus hacia dónde se orienta contextualmente la movilidad del conjunto de zonas funcionales /b/ /d/ /g/. En primer lugar, en cada una de las zonas funcionales, la variante que se presenta con una frecuencia mayor es la fricativa, según se puede observar en el siguiente cuadro que integra los estratos popular y culto.

Cuadro 1

Total de Variantes (Grupos culto y popular)			
b	β	ø	N
861	5373	384	6618
13	81.1	5.8	%
d	δ	ø	N
2339	6740	1355	10445
22.3	64.5	12.9	%
g	γ	ø	N
293	2009	203	2520
11.6	79.7	8.0	%

Allí se puede observar que la zona funcional que presenta frecuencia mayor es la correspondiente a /d/. Al mismo tiempo en esta zona se registra mayor porcentaje de ocurrencias oclusivas y paradójicamente mayor porcentaje de frecuencias de elisión, comparativamente a las otras dos zonas funcionales. Hay que tener en cuenta que /d/ tiene mayores posibilidades distributivas que /b/ y /g/, porque puede aparecer en final de palabra, posibilidad inexistente para la bilabial y la velar, y, en este sentido, se podría entender el mayor porcentaje de elisión que se concentra en los contextos finales. Con todo, también en este caso, la fricativa sigue siendo la variante largamente mayoritaria (64.5%). Respecto de todo el conjunto, /b/ registra más alta frecuencia de fricatividad y más baja de elisión. Si la frecuencia fuera determinante para la identificación del tipo de hecho, la representante natural del conjunto sería la fricativa. Pero como estamos tratando con espacios funcionales más que con unidades, definibles independientemente de su procesamiento cuantitativo, el asunto de la representatividad no constituye, por ahora, un hecho relevante. En todo caso resulta más "natural" la producción de variantes no oclusivas, si

bien la información contextual podría cambiar sustancialmente esta interpretación.

El caso, aparentemente paradójico de /d/, se resuelve cuando separamos en nuestro corpus el estrato culto del popular. En la separación la aparente paradoja se disuelve como veremos más adelante.

### *Ordenamiento contextual*

Como ya señalé antes, sobran razones para adoptar como principio relevante del ordenamiento de las variantes en cada conjunto funcional la separación entre contextos iniciales y contextos finales tomando como eje de referencia la sílaba y no la palabra. Una de las razones más poderosas tiene que ver con el reconocimiento de que la distribución contextual determina un tipo de comportamiento de los procesos variables expresable en el desplazamiento de los márgenes de funcionalidad se esté o no ante oposiciones significativas.

Pero, con todo, el detallismo del análisis empírico puede llevarnos a admitir la presencia de las variantes cuando se extraen de las secuencias del discurso con el propósito de ordenarse y cuantificarse. Así las iniciales de sílaba pueden presentarse en las siguientes posiciones:

inicial absoluta tras pausa [// bámos]  
inicial interna de palabra intervocálica [aβaníko]  
inicial intervocálica externa o de enlace sintáctico.  
[no#bámos]

Por otro lado, los contextos de fin de sílaba pueden encontrarse en:

final absoluta prepausal [uniβersi dáδ//]  
final interna preconsonántica [obserβár]  
final preconsonántica externa por enlace sintáctico  
[amistá δ#deáños]

Del conjunto referido, sólo la zona funcional de las dentales o

(-graves) d/t se presentan en final de palabra, de modo que sólo en este caso cabrá imaginarse la distribución prepausal y de final preconsonántico externo por enlace sintáctico, que supone la presencia de una *d* final de palabra enlazada secuencialmente por una palabra contigua cuyo elemento inicial sea consonántico. Como sólo en estos casos se presenta en fin de palabra, sucede que pueden producirse contextos intervocálicos secuencialmente, de modo que las llamadas intervocálicas externas podrían constituirse con una *d* naturalmente implosiva situada en el fin de una palabra que haya perdido su condición natural en el enlace discursivo al encontrar una vocal inicial de una palabra contigua como en *comunidad amigable*. Pero las intervocálicas externas por enlace en el discurso pueden producirse también cuando el elemento investigado forma parte del inicio de una palabra y se une con el final de otra terminada en vocal como en: [ya#βámos] (*ya vamos*), donde la /b/ inicial queda como intervocálica.

Ahora bien, entre estas dos intervocálicas, formadas por el enlace discursivo, resulta natural que la segunda se comporte como interior y no como inicial absoluta, pero mucho más difícil que la primera, implosiva final, se una con la vocal siguiente. La solución preferida en este último caso, parece inclinarse hacia eliminar la implosiva final dejando dos vocales contiguas o, en habla más relajada, suprimiendo una de ellas y estableciendo el enlace natural mediante la constitución de la sílaba óptima (CV). Así tenemos: *comunidad/amigable* o *comunidadamigable*, pero difícilmente *comunidaddamigable*. De conservar la implosiva, el hablante preferirá mantener la separación léxica aunque sea forzadamente como en *comunidadat/amigable*. La propia conservación de la implosiva final supone cierta artificialidad o intencionalidad, anormal en el habla rápida no controlada y, en este sentido, se entiende la consecuente separación entre una consonante final y una vocal inicial, normalmente enlazables en el discurso. En casos de máxima afectación se llega incluso a provocar una pausa no natural dentro del mismo sintagma nominal entre sustantivo y adjetivo.

El comportamiento fonético resulta de algún modo distinto al relacionado con la sibilante, según trataré en el siguiente capítulo. Allí se observará la resistencia a eliminar, incluso las implosivas insertas en el discurso, porque se comportan como iniciales y se unen con las vocales contiguas como en *misamigos*, cuya separación silábica

ca sería *mi-sa-mi-gos* y no *mis-a-mi-gos*, como correspondería a las fronteras de significado. Pero parece lógico que el significado no influya en estos procesos sino más bien ciertos mecanismos fonético-articulatorios, no intencionales que se cumplen en el discurso y sobre los que vale la pena profundizar con miras a una reformulación de los principios que gobiernan los procesos fonológicos, que no parecen justamente depender ni de las unidades separadas, ni de su capacidad funcional limitada a una noción léxica restringida del significado.

### *Contextos iniciales*

De acuerdo con lo dicho, en los contextos iniciales, se pueden registrar zonas de variabilidad más o menos *fijas*, cabe decir aisladas o desorganizadas y *móviles* u organizadas. Las zonas *fijas* pueden asignarse a /p t k/ y en la medida que se presentan provisionalmente desorganizadas no pueden cuantificarse, mientras que las *móviles* resultan más o menos recurrentes y normales y, en esa medida, se prestan a la cuantificación. Examinemos primero los resultados cuantitativos referidos a las zonas móviles /b / d / g /, expresadas acústicamente en la alternancia del rasgo de *continuidad* y entendiéndolas como entidades integrantes del mismo espacio de variabilidad.

Cuadro 2

Distribución general de ocurrencias de /b/ /d/ /g/  
(Grupos culto y popular)

/ b /

V-V [aβaniko]	tautosilábicas [brá/bla]	C-V	N
4428 66.9	700 10.5	1263 19.0	6618 %
6693 90.8	/d/ [dra] 119 1.6	* - -	7366 %
1058 47.6	/g/ [gr] [gl] 407 18.3	448 20.1	2220 %

En todos los casos, las intervocálicas internas y externas o producidas por enlace sintáctico superan el 40 por ciento de ocurrencias y, de todas ellas, resulta avasalladoramente superior la presencia de /d/, en un 90.8 por ciento. En general, las fricativas se actualizan en un porcentaje que supera el 80 por ciento. Los segmentos aludidos ocurren mayoritariamente en posición intervocálica (interna o discursiva) y, concomitantemente, se expresan como fricativos.

\* En el caso /d/, no se contabilizó este contexto (caldo, anda) por implicar un comportamiento invariable del segmento.

### Cuadro 3

#### Intervocálicas generales (internas y externas) (Grupos culto y popular)

4428 B			6693 D			1058 G		
b	40	0.9	d	198	2.9	g	2	0.1
β	4214	95.1	δ	5410	80.8	γ	1003	94.8
ø	174	3.9	ø	1085	16.2	ø	53	5

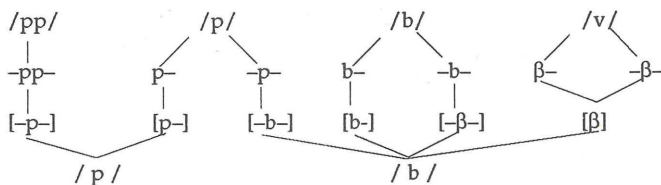
Esta situación lleva a intuir una relación significativa entre la frecuencia de la forma (en este caso fricativa) y el contexto en que aparece, de modo que la contextualidad parece determinante en la configuración de la manifestación y, en este sentido, tiene un alto valor predictivo. No se trata solamente de que la mayoría de las intervocálicas se realicen como fricativas, sino además de que la mayoría de las zonas funcionales se organicen intervocálicamente, lo cual hace posible predecir que exista una altísima aparición de fricativas. Probablemente esta unión entre frecuencia, contexto y tipo de realización ha llevado a Danesi (1982) a proponer como unidad referencial de este conjunto de zonas funcionales, a las formas identificadas como fricativas. De este modo, se proponen reglas de oclusivización más que de fricativización para dar cuenta del proceso de variabilidad. En la perspectiva de la que parte Danesi, se trata de proponer formas subyacentes o abstractas que sirvan de entrada a una regla de transformación. Pero extrañamente estas formas subyacentes se extraen de entidades concretas organizadas mediante la cuantificación.

Otra postura, más coherente con el grado de abstracción de las formas subyacentes, considera adecuado trabajar con archisegmentos o unidades parcialmente especificadas que, en el caso comentado, lleva a presentar /b/ con las especificaciones de [+sonoro] y [-coronal], dejando vacío el valor de continuidad. Más adelante, mediante una regla se inserta, bien el rasgo [+continuo], bien el rasgo [-continuo], de acuerdo con la especificación contextual.

Según Danesi, esta opción deja sin expresarse un aspecto propio de la simetría estructural del español; a saber, la relación entre oclusivas y fricativas en un amplio eje fonológico. La postura que presento considera necesario consignar el rasgo de continuidad para el conjunto *bdg*, como lo cree Danesi. Pero, a diferencia de ese autor, no cree adecuado basarse en un hecho como la frecuencia para establecer la identidad o el contenido de las unidades. Por tanto, debería especificarse el carácter alternante de la continuidad, de modo que quede teóricamente autorizada la capacidad de que esas zonas se actualicen de modo fricativo o de modo oclusivo. Este hecho, además, se muestra consecuente con el ritmo evolutivo del español.<sup>12</sup>

Ahora bien, al analizar las manifestaciones, he considerado en la contabilidad no sólo las variantes fricativas y las no fricativas, sino también las variantes elididas o, mejor dicho, las que no fueron pronunciadas. ¿Qué estatuto tiene la supresión del segmento en nuestra interpretación de los hechos? ¿Forma parte del espectro de variabilidad y, por consiguiente, de la zona funcional, la supresión del sonido? ¿Qué tipo de existencia tiene justamente la inexistencia de sonido? Primero que nada, cabe señalar que la ausencia física se reconoce en virtud de un eje referencial que lógicamente resulta ser el sonido que

12. Los diferentes estadios evolutivos del consonantismo español esquematizados por Alarcos (1965, 245) dejan ver que los procesos que cambian los límites de las zonas funcionales son fundamentalmente procesos de variación o de desplazamiento de límites de variabilidad. El proceso comenzaba mediante un entrecruzamiento o intersección de variantes a partir de las cuales se desplazaban o se cambiaban las propias zonas funcionales como en el siguiente esquema que he construido sobre la base de la información de Alarcos:



Las fusiones en la materialidad de las variantes provocaron desajustes con las zonas funcionales que se reestructuraron y se simplificaron a partir de la identidad entre variantes.

se espera en esa posición y que deja de producirse. En esa medida, la ausencia se interpreta como un modo de presencia del hecho, y no como el mero silencio. Además, lo determinante es que esa ausencia alterna aparentemente con las distintas manifestaciones del mismo hecho con un peso determinado, de modo que cobra significación sobre la base de la comparabilidad y de la interrelación con las otras manifestaciones de la variable en cuestión. En un período de variación, el cambio supondría el cumplimiento de determinada dirección del proceso, sea su estabilidad como una de las formas variantes o su desaparición como supresión de la forma. Si, como es el caso, el hecho registra un marcado debilitamiento, el índice de supresión cobra significado y habrá que examinar cuidadosamente sus condicionamientos para establecer el grado de debilitamiento del segmento. Ahora bien, lógicamente la ausencia fónica no será describable en términos sonoros o mediante rasgos acústicos y, por lo tanto, sólo podrá especificarse notacionalmente dentro de la zona funcional, aunque, por las razones antedichas, le reconoceré existencia heurística para establecer los aspectos evolutivos del proceso, determinados sincrónicamente.

En las zonas funcionales /b/ /d/ /g/ de contextos intervocálicos, según apreciamos en los cuadros, la elisión resulta ostensiblemente más baja que la fricativación, si bien cuando separamos los grupos socioculturales encontramos que la elisión aumenta ostensiblemente en los estratos populares, y se encuentra más marcada en la zona funcional de /d/ y, en segundo lugar, en la de /g/.

Analizadas las posibilidades variables, más restrictivas, de los contextos iniciales en el grupo de las sonoras, detengámonos a examinar los curiosos desplazamientos de los segmentos considerados fijos, cabe decir los no sonoros como /p t k /, que aparentemente no registran variación organizada. En el corpus analizado, sin embargo, encuentro desplazamientos, muy recurrentes, en algunos hablantes, de estas zonas funcionales hacia las zonas de las sonoras /b d g/. Presentemos algunos casos:

(profesor)	[proβesór]
(profesional)	[proβesjonál]
(profesión)	[proβesjón]

(época)	[éβoka]
(yo pienso)	[yo βjénso]
(su cumpleaños)	[suγηpleáños]
(secundaria)	[seyηdárja]
(católico)	[gatóliko]
(como comprenderán)	[komoyomprenderán]
(carpintería)	[garpintería]
(básicamente)	[básiγamènte]
(inclusive)	[iηglusíβe]
(particular)	[partiγulár]
(vuelvo)	[γwélβo]
(bueno)	[wéno]

Si tomamos como referencia los segmentos normales, consignados aquí en sus formas ortográficas, los desplazamientos tienen en común el hecho de dirigirse hacia la sonoridad, pero –salvo en los casos (vuelvo y bueno)– sin modificar el punto articulatorio o invadir el espacio de variabilidad de los segmentos localizados en los diferentes órdenes de gravedad y densidad.

Así tenemos:      f → b  
                           p → b  
                           k → g

Así tanto /f/ como /b/, que se localizan en el mismo punto articulatorio, digamos labial o que acústicamente se definen como [-densas] y [+ graves], conservan su contenido, no modifican su base común y sólo se transforman en razón de la sonoridad. Ahora bien, al hacerlo borran el límite de sus respectivas zonas funcionales y consecuentemente sus espacios de variabilidad, antes separados, confluyen, se fusionan, pudiendo ocurrir virtualmente cualquier variante del conjunto /f p b/.

Si tratamos de fijar notacionalmente y valiéndonos de la funcionalidad de los rasgos acústicos los desplazamientos virtuales de los valores funcionales tendríamos lo siguiente:

<i>Notación</i>	/ f	p	b /
denso	-	-	-
grave	+	+	+
continuo	x	x	x
sonoro	x	x	x

Los valores expresados con x indican que la continuidad y la sonoridad, antes funcionales y distintivas, se han transformado en indiferentes desde el punto de vista fonológico tradicional y, en esa medida, se insertan en el mismo espacio de variabilidad. Tal indiferencia se expresa en el orden fáctico, referido a un corpus específico como éste, en la producción de sonoras y continuas alternando con las no sonoras y no continuas, cabe decir en su variabilidad.

Algo semejante ocurre con el grupo de las velares, como vemos en los ejemplos. Allí en los contextos donde debería aparecer la sorda no continua /k/ ocurre la sonora, continua, con las mismas características del proceso de las labiales.

Así tenemos que:

	/ k	g /
denso	+	+
grave	+	+
continuo	x	x
sonoro	x	x

Donde igualmente la sonoridad y la continuidad pueden variar en cualquier dirección, aunque en los casos citados la variación se exprese en la producción de lo [+ continuo] y lo [+ sonoro]. En nuestros ejemplos no aparece el miembro análogo a /f/, que debería ser /x/ y, por lo tanto, no podremos, por ahora, circunscribirlo a estos procesos.

Se aprecia, pues, cierta simetría y regularidad en la forma como se desenvuelven los procesos no sólo en los contextos iniciales sino también, aunque con mayor intensidad, como lo mostraré más adelante, en los contextos finales.

En el conjunto de ejemplos presentados figuran dos casos que al

parecer no se sujetan a nuestros esquemas descriptivos, pues indiferencian también las distinciones funcionales de densidad y gravedad, o de punto articulatorio. Se trata de [wélʎo] [wélβo] (vuelvo) y [wéno] (bueno). Examinemos el proceso. Por un lado, ha ocurrido fricativización de la bilabial y por otro, su posteriorización o velarización. Estos comportamientos resultan muy comunes en los contextos finales, como comentaré más adelante, y se inscriben plenamente en las tendencias evolutivas del español. Si además consideramos que los contextos en que se produce la velaridad en estos casos son también velares (la /u/ que actúa como semiconsonante, es velar) y que al fricativizarse excesivamente la /b/ hasta desaparecer queda naturalmente la pronunciación de la semiconsonante, entenderemos que se trata de un proceso natural consecuente con los esquemas descriptivos y con las tendencias debilitadoras que se inscriben en ciertas modalidades hispánicas y que expresamos así:

$$b \rightarrow \beta \rightarrow (\gamma) \rightarrow \emptyset$$

Por otro lado, en relación con las labiales el paso de la forma /f/ hacia /b/ constituye una fase natural, si consideramos las claras tendencias hacia la producción de /f/ bilabial [ɸ] no labiodental. Siendo fricativa la forma, el siguiente paso será la sonorización cuyo producto es la fricativa bilabial sonora transcrita como [β]. La forma [proβesor] se encuentra incluso entre hablantes de clase media alta en habla muy coloquial y relajada, pertenecientes mayormente a las primeras generaciones.

Pero, en general, estos comportamientos fonéticos cuando se encuentran circunscritos a las hablas descuidadas o informales de diferentes grupos parecen relacionados con la influencia de los sistemas de fijación escrita, no porque los hablantes sean analfabetos, que no lo son, sino porque el contacto con los medios gráficos resulta menos intenso, mucho más débil y lejano y, por lo tanto, las posibilidades de alterar los patrones de permisibilidad de la variación resultan mayores. A mi modo de ver, la restricción de la variabilidad o la limitación de sus fronteras y, con ello, la preservación de tipos de unidades invariables más o menos fijas se vincula justamente con el peso o valor asignado al sistema ortográfico, y con el tipo de contacto que se mantiene con este sistema, transmitido, principal pero diferenciada, y es-

tratificadamente durante la etapa de escolaridad formal<sup>13</sup>. Creo que la fijación fonética de tipos invariables, en ese sentido, la limitación de los espectros de variabilidad y, por lo tanto, la conservación de los patrones fonológicos, se vincula íntimamente con la fijación visual de la materia gráfica a que ha sido expuesto el hablante durante su escolaridad, y que puede ser más o menos intensa según el tipo de información recibida, en consecuencia, según sus contactos con los códigos escritos y según el estrato sociocultural en que se sitúe<sup>14</sup>.

Conviene destacar que las intersecciones de las zonas de variabilidad no provocan en ningún caso problemas en el orden del significado representativo, a pesar de que las zonas se realizan en contextos iniciales considerados potencialmente distintivos en español. Podemos decir que por lo menos los signos producidos no tienen pares con los que se puedan intercambiar y ocasionar problemas de signi-

- 
13. Hay que tener en cuenta las características peculiares de la escolaridad en el Perú, que se encuentra muy estratificada y diferenciada socialmente incluso respecto del modo como se imparte la enseñanza y hasta respecto del contenido de lo enseñado. Por ello hay que diferenciar primero entre los distintos tipos de colegios, si son particulares o estatales. Ambos grupos no son tampoco uniformes sino que existe una amplia variedad entre distintos tipos de colegios estatales y distintos tipos de colegios particulares cuya calidad varía espacial o geográficamente, si se encuentran en la capital o en provincias u otros lugares alejados de la capital. Debe considerarse además la localidad (el barrio) en que están situados, el tipo de alumnado que reciben, incluyendo procedencia, ocupación y edad (si es escuela para adultos o para niños) y las horas en que se imparte la enseñanza (si son colegios diurnos, vespertinos o nocturnos). Todos estos factores intervienen de modo significativo en la escolaridad alcanzada y deben tomarse en cuenta al momento de tipificar los grupos a partir del factor *educativo*, que no es necesariamente por sí mismo indicador de la pertenencia a un solo grupo sociocultural.
  14. En otras palabras, creo que terminada la etapa adquisitiva natural del individuo, sin contacto con la escritura, el niño se expone al sistema escolarizado que reinterpreta sus conocimientos orales en la forma escrita a través de la traslación de lo sonoro a lo visual. Durante esta etapa se produce una fusión de la imagen acústica con la gráfica de modo que el conocimiento de la lengua queda fijado en esta doble dimensión de la que difícilmente podrá el hablante desprenderse del todo en la vida adulta. Ahora bien, es lógico suponer que esta fusión se mantiene con más fuerza en los grupos cultivados en cuyo desarrollo mantienen relación constante con el sistema gráfico y se debilita en diferentes grados, propiciando la variación, en los grupos menos cultos o que no se mantienen en contacto con el sistema escrito a través de la práctica de la lectura o de la escritura.

ficado si bien, como ya lo dije antes, esto no constituye razón suficiente para frenar en todos los casos el ritmo de los procesos lingüísticos.

Ahora bien ¿qué relevancia tiene el hecho que presentamos justamente en el conjunto de la variación no organizada?. Primero que nada hay que reconocer que el hecho no se presenta sólo en este espacio dialectal sino que se ha documentado también en el espacio hispánico peninsular. Salvador (1965, 1752) presenta estos casos: *gomida* (comida), *gorteza* (corteza), *melogotón* (melocotón) etc., y los comenta como fenómenos de neutralización. Segundo, el hecho no se encuentra en individuos aislados de nuestro corpus sino en el conjunto de hablantes del grupo llamado popular, en distintas generaciones. No se trata, pues de un uso caótico, aislado, idiolectal. Lo incorporamos en la forma de dato *cualitativo*, provisionalmente no cuantificado, pero sistematizable en la misma dirección de los llamados procesos de debilitamiento o de ampliación de espacios de variabilidad.

En suma, los procesos en las zonas *fijas* y en las *móviles* en contextos iniciales se conectan e interrelacionan de la siguiente manera:

1. Las zonas móviles involucran la variabilidad sólo de las *sonoras* y *continuas*. Las preferencias actualizadas en el espacio limeño que analizo tienden hacia las [+ *continuas*], que son cuantitativamente mayoritarias, aunque se presentan tendencias crecientes hacia la supresión como en *traajo* (trabajo), *ice* (dice), *amos* (vamos). *diamos* (digamos) etc.

2. Las zonas fijas, siendo más resistentes, cuando varían, en un sector social determinado como el popular, lo hacen en la misma dirección de la variabilidad de las zonas móviles que son *sonoras* y varían en su *continuidad* o fricatividad. Como éstas son sordas, se actualizan en *sonoras* subsumiendo consiguientemente las condiciones de la variabilidad de las zonas móviles /bdg/, cabe decir, manifestándose en *continuas* cuando el contexto lo favorece (si son iniciales intervocálicas, sobre todo). Por ejemplo, en *época* no sólo se produce la sonoridad [é**b**oka] sino también la continuidad: [é**β**oka], y así en otros casos análogos.

En conclusión, ambos tipos de zonas describen fonológicamente el mismo espectro de variabilidad, en un sentido virtual, pero orientándose, en un sentido fáctico, con mayor o menor intensidad, hacia algunos puntos del espectro, por ejemplo, la *continuidad*. Los desplazamientos variables, siendo aparentemente distintos, confluyen.

### *Contextos finales*

Como ya se sabe, las posiciones finales eliminan las diferencias funcionales de las unidades de este conjunto dentro del paradigma fonológico del español. Tradicionalmente, respetando los criterios de la neutralización y de su fijación en una unidad como el archifonema, las neutralizaciones sólo se establecían entre las oposiciones bilaterales; cabe decir en *p/b*, *t/d*, *k/g* y nunca entre oposiciones extremas como por ejemplo *p/k* o *t/g* etc. Los datos extraídos de la realidad lingüística dialectal muestran profusamente que tales intersecciones son posibles y que, por lo tanto, resulta necesario reformular o ampliar el concepto de neutralidad para poder integrarlos. En la perspectiva que abordo me resultará mucho más coherente partir de los conceptos de *espacios de variabilidad* de modo que estos fenómenos puedan integrarse en un mismo enfoque incluso con los llamados invariantes como los de los contextos iniciales en las zonas móviles y fijas, que he tratado anteriormente.

Virtualmente es posible que ocurra toda suerte de intersecciones como en *observar*, *ofservar*, *oxservar*, *atmitir*, *agmitir*, *agdomen*, *arigmética* etc. Si esto es así conviene reconocer que todo el conjunto aludido, separado por zonas más pequeñas y restringidas, aunque también variables en las posiciones iniciales, se ensancha, pierde sus límites separadores y ocurre como un espectro amplio de variabilidad, como una sola zona funcional. Podemos intentar, como lo hemos hecho para los contextos iniciales, describir esquemáticamente este proceso valiéndonos para ello de los propios valores fonológicos funcionales, que sirven ahora como referencia para comprender el fenómeno:

Notación:	p	b	f	t	d	k	x	g
consonante	+	+	+	+	+	+	+	+
vocal	-	-	-	-	-	-	-	-
nasales	-	-	-	-	-	-	-	-
denso	x	x	x	x	x	x	x	x
grave	x	x	x	x	x	x	x	x
continuo	x	x	x	x	x	x	x	x
sonoro	x	x	x	x	x	x	x	x

No quiero decir, como es natural, que las entidades no se definan fonéticamente en la materialidad de la producción a partir de los rasgos marcados con x, sino que sus valores llamados funcionales que actuaban en la configuración y en la distinción de las unidades como tipos fijos, han dejado de funcionar de esa manera y que, por lo tanto, no identifican ni definen unidades separadas sino que agrupan esas unidades en conjuntos más grandes disolviendo su unicidad como valor de lengua. Virtualmente, puede ocurrir cualquiera en esa posición. Ahora bien, fácticamente las ocurrencias alternan y se organizan según los distintos espacios y los distintos grupos sociales. Lo único que define al conjunto es su condición de [+ consonántico] y [- nasal] para diferenciarlo, provisionalmente del grupo de consonantes nasales que falta todavía estudiar.

De acuerdo con estas consideraciones, he cuantificado la aparición de implosivas agrupándolas a partir de las zonas referenciales p/b, t/d, k/g, sin diferenciar por ahora grupos sociales, con el propósito de establecer las frecuencias de ciertos tipos de realizaciones evitando reparar en sus posibles entrecruzamientos a partir de tales ejes referenciales.

Cuadro 4

p/b				t/d				k/g				
b	β	ø	N	d	ð	ø	N	K	g	γ	ø	N
1	43	14	67	17	53	339	409	15	57	369	146	607
	64.1	20.89	%	4.1	12.9	82.8	%	2.4	9.3	60.7	24	%

En primer lugar, se observa la presencia deficiente de implosivas en general, de las cuales las velares son cuantitativamente más frecuentes, seguidas después de las dentales y, por último, muy distantes, y numéricamente poco significativas, de las bilabiales. Ahora bien, ¿por qué he agrupado las ocurrencias a partir de esos ejes referenciales y, de otro lado, por qué he integrado las materializaciones con velar (*ogsevar*) junto con las velares canónicas como (agsjón) del eje bilabial?

Para responder esto, debo partir del hecho de que las implosivas en grupos cultos registran bajísima frecuencia en español, sobre todo en el habla coloquial de los grupos populares. En algunos casos, en media hora de grabación han aparecido sólo 5 palabras con estas características y en los casos más frecuentes 30, con muchas palabras repetidas como *prácticamente*, *técnica*, etc. Creo que la baja frecuencia de los fenómenos forma parte de sus características e incide sobre la posibilidad de fijación auditiva o de retroalimentación de los procesos que he comentado al principio. Un fenómeno muy infrecuente se difumina en la percepción.

Por otro lado, la baja frecuencia no impide la organización cuantitativa o, mejor dicho, la baja frecuencia se puede inferir de un procesamiento cuantitativo previo. Y una manera de organizarlo es partir de las discontinuidades referenciales antes de contabilizar todas las realizaciones juntas de acuerdo con el principio de variabilidad adoptado, de modo que podamos entrever cómo se han realizado cuantitativamente las implosivas. En este caso se han orientado mayoritariamente hacia la producción de velares, que justamente, en líneas generales, son las que más se conservan aunque en la forma de fricativas. Respetando la coherencia con mi punto de partida, no he cuantificado aparte el hecho de que estas velares se puedan producir por entrecruzamiento con las otras zonas.

El cuadro me permite apreciar, finalmente, las realizaciones separadas por zonas referenciales más estrechas, donde la zona dental presenta el porcentaje más alto de elisión, mientras que las bilabiales y las velares el más alto de fricatividad.

Detalles cuantitativos aparte, creo que lo fundamental reside en

el peso cualitativo de los datos para el establecimiento de un aspecto común en los procesos hispánicos, pues estos fenómenos no son ni siquiera privativos del espacio dialectal limeño y se presentan con distinta intensidad en casi todos los dialectos de habla española.

En el sentido cualitativo enumeraré algunos de los casos de entrecruzamiento, que involucra a todo el conjunto esquematizado anteriormente en su virtualidad funcional, y que resulta cuantitativamente pobre en razón de la pobreza de aparición del propio contexto implosivo que tiende a la simplificación:

Tenemos, por ejemplo:

septiembre	[sektjémbre]
obsequiar	[ogsekjár]
aceptó	[asegtó]
acción	[agsjón]
etcétera	[egsétera]
aritmética	[arigmética]
abdomen	[agdómen]

Todos los casos, cuya referencia ideal se define como bilabial o dental, ocurren aquí como velares, lo que muestra, por un lado, el entrecruzamiento si partimos de los valores fijos invariables, ideales y por otro, la preferencia hacia la realización de tipo posterior o velar, sea cual fuere el valor referencial.

Ahora bien, si conectamos este comportamiento con el de los contextos iniciales, desarrollado anteriormente, y contrastamos los esquemas virtuales, apreciaremos la confluencia, aunque parcial, del proceso y su mayor intensidad en los contextos finales. El signo x representa la posibilidad de variación o la movilidad virtual de los rasgos, que se intensifica en los contextos finales.

Contexto inicial:		Contexto final
Zonas móviles	Zonas fijas	
p b f t d k x g	p b f t d k x g	p b f t d k x g
denso - - - - + + +	- - - - + + +	x x x x x x x x
grave + + + - - + + +	+ + + - - + + +	x x x x x x x x
cont. - x - - x - + x	x x x - x x + x	x x x x x x x x
son. - + - - + - - +	x x x - + x - x	x x x x x x x x

Los esquemas anteriores permiten observar un conjunto de relaciones simétricas, primero muy diferenciadas en las zonas móviles de los contextos iniciales, que conservan valores definidos y separadores, sólo ausentes en relación con la continuidad de las sonoras. En las zonas fijas, cuando las circunstancias resultan propicias, estos valores indiferenciadores aumentan, intensificándose en la continuidad y apareciendo en la sonoridad. En los contextos finales, donde los procesos indiferenciadores son mucho más claros, aceptados y extendidos, *virtualmente* desaparecen los valores diferenciados en las posiciones iniciales y se intensifica la variabilidad. El proceso parece, pues, estar definido distribucionalmente y presentar un dinamismo propio y escalonado o graduado en razón de su distribución. Y me atrevo a pensar que este dinamismo virtual puede valer para todo el sistema español, si bien naturalmente se inserta de modo diferencial y específico en las distintas comunidades hispánicas y en los diferentes grupos sociales, como lo mostraré en el subcapítulo siguiente.

### *Correlación sociolingüística*

Ahora bien ¿cómo se insertan estos fenómenos en este espacio dialectal en los dos extremos sociales considerados? Veamos primero las zonas móviles representadas por /b/ /d/ y /g/ examinándolas cuantitativamente.

Cuadro 5

Total de variantes /d/ (grupo popular)			
d	ð	ø	N
687	2316	826	3829
17.9	60.4	21.3	%

Cuadro 6

Total de variantes /d/ (grupo culto)			
d	ð	ø	N
1652	4424	529	6605
24.9	66.8	7.9	%

Aquí observamos que la elisión resulta mucho mayor cuando se relaciona con el estrato popular, mientras que resulta minoritaria, asociada al estrato culto, donde —como parece más natural— aumenta la frecuencia de las oclusivas. La relación entre elisión y oclusividad se conecta directamente con la estratificación sociocultural, de modo que el hecho contextual, aparentemente inexplicable, al correlacionarse con la dimensión social, adquiere coherencia y significación. Si comparamos los resultados con los de las otras zonas funcionales, descubrimos también que las tendencias de elisión se encuentran más pronunciadas en el estrato popular que en el culto, aunque en todos los casos sigue siendo mayoritaria la aparición de las variantes fricativas para todos los grupos, como se desprende de los siguientes resultados:

Cuadro 7

Total de variantes de /b/ (grupo popular)			
b	$\beta$	$\emptyset$	N
524	2577	259	3360
15.5	76.6	7.7	%

Cuadro 8

Total de variantes de /b/ (grupo culto)			
b	$\beta$	$\emptyset$	N
337	2796	125	3258
10.3	85.8	3.8	%

En el caso del conjunto /b/, ocurre que el grupo culto debilita en mayor porcentaje la variable, produciendo una frecuencia más alta de fricativas (casi 86 por ciento). Asimismo los hablantes del grupo popular producen un porcentaje considerable de oclusivas, mientras que los hablantes cultos, registran menos variantes de este tipo. Pero, en general, salvo este hecho, persiste la producción mayoritaria de fricativas en las dos clases sociales, de acuerdo con las normas hispánicas generales, dado que la mayoría de estas variables, como lo he mostrado, ocurren en posiciones intervocálicas donde normalmente se debilitan.

Veamos qué ocurre con el conjunto velar.

Cuadro 9

Total de variantes de /g/ (grupo popular)				
k	g	γ	ø	T
10	145	771	151	1077
0.9	13.4	71.5	14.0	%

Cuadro 10

Total de variantes de /g/ (grupo culto)				
k	g	γ	ø	T
5	148	1238	52	1443
0.3	10.2	85.7	3.6	%

Como se aprecia en los cuadros 9 y 10, el grupo culto registra mayor porcentaje de fricativas, de modo semejante al conjunto /b/ y no al conjunto /d/. Pero, al lado de esto, la clase popular registra mayor porcentaje de elisión o supresión del segmento, tal como ocurre con /d/ y /b/. Como en esta contabilidad están agrupadas todas las apariciones de los conjuntos, no me pronuncio sobre el significativo porcentaje de oclusivas, que pueden proceder de posiciones iniciales fuertes o de posiciones donde la oclusividad es obligatoria y no constituye asunto de variabilidad como el caso de las oclusivas tras nasales (*ando, también, angosto* etc.), siempre que éstas se pronuncien.

Veamos específicamente las posiciones intervocálicas que son ampliamente favorecedoras de la fricatividad de esos conjuntos:

Cuadro 11

Posición Intervocálica de /b/ (grupo culto)				
V-V generales				
	N		%	
b	16		0.74	
β	2091		97.7	
ø	33		1.5	
N	2,140			
	V-V Int.		V-V Ext.	
	N	%	N	%
b	3	0.33	12	1.8
β	887	98.2	619	97.7
ø	13	1.43	2	0.3
N	903		633	

Cuadro 12

(Grupo popular)

	V-V Int.		V-V Ext.	
	N	%	N	%
b	20	1.2	4	0.5
β	1384	89.9	739	98.6
ø	135	8.7	6	0.8
N	1539		N 749	



Cuadro 14

## Grupo Popular

V-V interna				V-V externa				
		d	δ	ø		d	δ	ø
N	1751	30	1141	580	1061	2	969	90
%		1.7	65.3	33.1		0.1	91.3	8,4

Los procesos de debilitamiento se presentan mucho más claros y las diferencias grupales más acentuadas. Así, aunque, en líneas generales, la elisión resulta mayor en este conjunto que en el conjunto de bilabiales y velares, resulta notable y marcada la presencia mayoritaria de la elisión del segmento en el grupo popular, sobre todo en posición intervocálica interna, siguiendo con la tendencia que se había expresado de modo más tenue con el conjunto bilabial. Asimismo, las intervocálicas externas se presentan debilitadas con mayor frecuencia en el mismo grupo popular.

Parece claro que los procesos de debilitamiento no alteran cualitativamente los patrones permisibles de variabilidad y las diferencias sólo se establecen sociolingüísticamente en orden a la intensidad de las ocurrencias.

El comportamiento específico de la zona funcional /d/ y su comparabilidad con estudios análogos me obliga a establecer algunos análisis adicionales. Como se sabe, cuando la variable /d/ ocurre en intervocálica interna se presenta en distintas combinaciones vocálicas, muchas de ellas integrantes del núcleo de morfemas como los participiales o adjetivales, donde la primera vocal es acentuada. Presentaré los porcentajes separados según el tipo de combinación vocálica en los distintos grupos sociales analizados para observar en qué medida puede correlacionarse esta combinación lingüística con la diferencia social.

Cuadro 15

Tipos de contexto V-V- interno /d/  
(Grupo popular)

	d	ð	ø	N
a-a	-	49 55.6	39 44.3	88 %
a-e	-	14 58.3	10 41.6	24 %
a-o	4 1.2	108 34.7	199 63.9	311 %
e-e	-	9 26.4	25 73.5	34 %
i-o	-	136 63.8	77 36.1	213 %
i-a	2 3.5	48 85.7	6 10.7	56 %
o-o a	13 6.6	69 35.2	114 58.1	196 %

Cuadro 16

Tipos de contexto intervocálico interno  
(Grupo culto)

	d	ð	ʔ	ð + ø	ø	N
a - a	1	130	23		31	185
%		70	12	29	16	%
a - e	-	49	13		33	95
		51	13	49	34	%
a - o	-	153	59		160	372
		41	15	58	43	%
e - e	-	16	1		4	21
		76	4	23	19	%
i - a	-	65	9		7	83
		78	10.8	19.2	8	%
i - o	-	156	28		37	220
		70	12	29	16	%
o - a	-	44	8		12	64
		68	12	31	18	%
o - o	-	121	23		52	208
		58	11	36	25	%

Como se observa en los cuadros 15 y 16, en cada uno de los grupos, la elisión resulta más frecuente en la combinación *á - o*, típica de los participios y adjetivos como *cansao*, *callao*, respecto de otras combinaciones como *a - e* (*además*), *ó - o* *ó - a* (*too*, *toa*), que también son muy frecuentes, y *í - o* *í - a* (*aturdido-aturdí*), (*dormido-dormío*) etc.

Si, en general, los procesos de debilitamiento y elisión resultan acentuados sobre todo en las combinaciones *á - o* para ambos grupos, existe otra vez una marcada diferencia de intensidad de ciertas manifestaciones contextuales respecto de otras cuando se separan los grupos sociales. Así el grupo popular registra la más alta elisión y más baja fricativización de /d/ en este mismo contexto, mientras el grupo culto, aun produciendo un índice alto de elisión, preserva, por otro lado, con un porcentaje considerable de 41%, la variante fricativa o relajada. Además ambos grupos muestran también porcentajes fuertes en la combinación *é - e* (*puede = puee*), pero el grupo popular registra el porcentaje significativamente mayor de supresión del segmento (73.5%). Por otro lado, los contextos más resistentes a la supresión se encuentran en las combinaciones con *i* acentuada (*aturdí*). Pero aun así el grupo popular tolera más la supresión en este contexto que el grupo culto, que prefiere, aunque debilitada, conservarla.

Existen algunos detalles que se reflejan sólo parcialmente en la organización cuantitativa, pero que son cualitativamente relevantes para comprender el fenómeno en el sentido sociolingüístico. Como se puede comprobar, he separado en el grupo culto una variante fricativa de una variante relajada que no llega a suprimirse, mientras que en el grupo popular no me ha sido posible identificar con la misma nitidez esta variante, de modo que en este grupo o se hace fricativa o se elide. Esto me permite conjeturar que en el grupo culto existen tres estadios más o menos definidos dentro del mismo espacio de variabilidad, donde tenemos:

1. la variante fricativa
2. la variante relajada
3. la variante elidida.

En todos los casos, salvo con respecto a la combinación *á - o* en

*cansado*, la fricativa resulta la variante mayoritaria, incluso cuando interpretamos el estadio intermedio de la variante relajada como parte del proceso de elisión. En cambio, en el grupo popular, los procesos, simplificados en dos fases: relajación y supresión total, resultan o muy cercanos o largamente mayoritarios en lo que respecta a la supresión del segmento, salvo para la combinación *í - a* que, a todas luces, se presenta como la más resistente a la eliminación.

Un hecho adicional de tipo sociolingüístico, no organizado cuantitativamente, pero identificado desde mi propia percepción, resulta el tipo de segmento final cuando ocurre la supresión, sobre todo en lo que tiene que ver con la vocal /o/. En el grupo culto, cuando se suprime la /d/ de *cansado* ocurre alargamiento de la /a/ y relajamiento o leve abertura de /o/ como en *cansá* °. Por otro lado, en el grupo popular, con frecuencia, la /a/ es más corta y la vocal terminal se cierra casi como /u/ en *cansáu*. Esta modificación vocálica fina traza una frontera sociolingüística más fuerte que la mera supresión del segmento /d/, tolerada, en principio, aunque con diferente intensidad, por los dos grupos.

Volveré sobre estos resultados cuando los compare dialectalmente con los del español de San Juan procesados por López Morales (1983).

Observemos finalmente las realizaciones del conjunto velar sonoro.

Cuadro 17

(Grupo popular)						
V-V- Internas			/g/	V-V Externas		
g	γ	ø	T	γ	ø	T
-	372	21	393	114	14	128
-	94.6	5.3	%	89.0	10.9	%

Cuadro 18

(Grupo culto)										
V-V Internas					/g/	V-V Externa				
g	γ	ʔ	ø	T	g	γ	ʔ	ø	T	
2	432	14	17	465	-	68	3	1	72	
0.4	92	3.0	3.6	%		94	4.1	1.3	%	

Como en los otros casos analizados, aparte las especificidades de la dental, el grupo culto intensifica la fricatividad en todos los tipos de intervocálicas. Lo mismo ocurre en general con el grupo popular si se lo observa aisladamente. Pero la confrontación entre los dos grupos deja ver el crecimiento del porcentaje de la elisión del segmento, sobre todo en intervocálicas externas. En todo caso, sociolingüísticamente, los mismos procesos se expresan de acuerdo con los patrones generales de la variabilidad hispánica y las diferencias, muy sutiles, se sitúan en el aumento de variantes elididas o en la tolerancia hacia la supresión de los segmentos involucrados. Hay que considerar, sin embargo, el tipo de situación formal de la cual se han extraído los datos, que probablemente haya contribuido a inhibir el relajamiento excesivo que puede darse más libremente en el habla no observada en condiciones sistemáticas. Por ello, es necesario siempre complementar la observación sistemática con la asistemática, los datos cuantitativos con los cualitativos, para obtener una percepción menos limitada y rígida de los fenómenos. En todo caso, creo que como la situación ha sido similar para ambos grupos, resulta probable que en situaciones relajadas se intensifiquen las manifestaciones de debilitamiento o supresión, de modo que en ningún caso lleguen a igualarse y se conserve la distancia promedio que se presenta en orden a la intensidad de los fenómenos en los dos grupos.

Conviene interpretar también si existe alguna influencia debida al tipo de relación entre ambos grupos, que he identificado como comunicación vertical. Creo que es posible especular que si los fenómenos se realizan en los dos grupos, donde varía sólo la intensidad pe-

ro no de modo notorio, la comunicación vertical no se manifiesta en una actitud valorativa marcada que se concentre en estos fenómenos. Me atrevo a pensar que en algunos casos es probable, aunque no seguro, que los hablantes valoren positivamente el reforzamiento más que el debilitamiento considerado común en estos casos. Y que sólo en el caso de que la elisión de /d/ lleve a la modificación vocálica de /o/ hacia /u/ puede considerarse el hecho como representativo de una clase popular y, en ese sentido, no desplazarse con facilidad hacia la clase culta. La valoración proviene aquí de la comunicación vertical, pero en la dirección que va de la clase culta hacia la popular y no viceversa.

Ahora bien, ¿cómo se manifiestan los procesos en los contextos finales?

#### Cuadro 19

#### Implosivas

N	Grupo Culto		Grupo Popular	
1083	650	60%	433	39.9%

El cuadro anterior muestra la menor frecuencia de implosivas en los textos del habla popular. Cabe anotar además de la baja frecuencia general de aparición de implosivas en todo texto de habla oral y del decrecimiento de esta frecuencia en textos de habla de grupos populares, el hecho de que las palabras se repitan muchas veces y que existan posibilidades reducidas de dispersión del fenómeno a lo largo de distintas unidades léxicas y también de las distintas posiciones. En este sentido, se trata del tipo de hechos que he denominado cualitativos donde no resulta tan relevante el procesamiento cuantitativo que apunte a descubrir mayor intensidad o frecuencia de las variantes, cuanto su propia condición de hechos poco frecuentes que, no obstante, cumplen características comunes a un gran espacio de variabilidad, donde los límites funcionales se han borrado y las ocurrencias resultan más o menos libres.

De este cuadro general, aislemos los porcentajes totales de no-continuidad, continuidad (que corresponde a fricatividad y relajamiento) y elisión o supresión total de segmento para separarlo después por grupos sociales.

**Cuadro 20**

**Implosivas generales**

Variantes	%	N
no continuas	8.2	1083
continuas	42	
elididas	46	

**Cuadro 21**

**Implosivas por grupos**

Grupo culto		Grupo popular
variantes	%	%
no continuas	6.7	10.6
continuas	52.4	27.4
elididas	35.5	61.8
N: 650		N: 433

En los cuadros anteriores se puede observar primero la prioridad cuantitativa porcentual de la elisión, cabe decir de la supresión de segmentos preconsonánticos y, en esta medida, la eliminación de las propias posiciones implosivas. Tal situación se revela con mayor nitidez en el grupo popular donde la elisión ocurre en un 62 por ciento, mucho más de la mitad del porcentaje total de segmentos esperables.

En segundo lugar aparecen las continuas que representan el espacio de variabilidad de todo el conjunto de sonoras.

Por otro lado, en el grupo culto, las continuas son las más frecuentes, pero en segundo lugar las variantes elididas y en último lugar las no continuas en general. Esto revela con claridad que, en general, las preferencias hacia el debilitamiento se muestran muy marcadas en todos los sectores analizados en lo que tiene que ver con la producción de fricativas y la supresión de todo segmento, independientemente de su lugar articulatorio: de su bilabialidad o velaridad. A juzgar por el altísimo porcentaje de elisión en el grupo popular, prácticamente se eliminan las implosivas de modo que, de alguna manera, el eje referencial se ve alterado al punto que queda indiferenciada la variante posible, pues su propio contexto ha desaparecido.

Al lado de esto y separados los contextos sólo referencialmente, en ambos grupos, observamos que las velares registran la más alta frecuencia en los grupos, pero que de todos modos el grupo popular las elide con mayor intensidad, mientras que el grupo culto las conserva, sobre todo en la forma relajada de las fricativas. En cambio, en relación al eje dental, ambos grupos eliminan simétricamente el segmento. En las bilabiales, por otro lado, el grupo popular tiende a eliminar de modo rotundo estos segmentos.

Comprobemos lo dicho en los siguientes cuadros:

Cuadro 22

(Grupo popular)												
p/b				t/d				k/g				
b	β	ø	N	d	δ	ø	N	k	g	γ	ø	N
1	7	8		3	25	146	174	10	33	93	115	251
12.5	87.5	%		1.7	14.3	83.9	%	3.9	13.1	37.0	45.8	%

Cuadro 23

(Grupo Culto)														
p/b					t/d					k/g				
p	b	β	ø	N	t	d	δ	ø	N	k	g	γ	ø	N
1	42	7	59	-	14	28	193	235	5	24	271	31	356	
1.6	71	11.8	%	-	5.9	11.9	82	%	1.4	6.7	76	0.8	%	

En razón de lo observado y de lo comentado, en general, no son pues las velares las realizaciones más significativas o cuantitativamente más representativas del grupo popular, aunque de hecho ocurren pero no con mayor intensidad que en el grupo que hemos clasificado como culto. La misma escasez cuantitativa de estos fenómenos no permite expresar significativamente los entrecruzamientos de los patrones referenciales, si bien de acuerdo a la perspectiva que adopto, cualquier ocurrencia quedaría incorporada en el mismo espacio de variabilidad, aunque no necesariamente en el mismo eje referencial, donde actúan regulaciones de distinto tipo que tienden a la fijación y diferenciación de diferentes espacios de permisibilidad, que no deberían entrecruzarse o intersectarse.

En este punto, el asunto valorativo o perceptivo de distintos grupos sociales se expresa de parte de grupos muy cultivados que pueden llegar a percibir y valorar los entrecruzamientos, pues éstos están muy ligados a los criterios de codificación ortográfica y fonológica<sup>15</sup>. Los demás grupos, inclusive en algunos casos, de nivel escolar superior pero con contactos más laxos con la tradición escrita, no llegan a percibir estos fenómenos y se mueven con cierta libertad según sus propios

15. En buena cuenta, incluso los patrones referenciales, técnicamente expresados en el concepto de neutralización, traducen la sujeción cultural a los patrones gráficos en este aspecto.

mecanismos estilísticos o articulatorios a lo largo de todo el espectro de variabilidad. Como los hechos no registran frecuencias altas, quedarán desperdigados o difuminados a lo largo del discurso y no se acumularán o concentrarán cuantitativamente, de modo que influyan sobre la percepción y, consecuentemente, controlen la producción.

Desde esta perspectiva, quedan los ejemplos comentados en el capítulo anterior como hechos *cualitativos* cuya significación no se basa en su monto cuantitativo sino en el tipo de desplazamiento emitido o permitido a lo largo de las distintas coordenadas sociales. De existir la valoración, provendría del grupo muy cultivado y se concentraría negativamente en la producción de *velares* cuando, según las fronteras normativas, corresponden bilabiales o dentales. La velaridad estaría más marcada sociolingüísticamente de modo negativo que la elisión o la eliminación de segmento que, a fin de cuentas, regulariza el sistema silábico respecto del patrón más general de sílaba libre en español.

### *Comparación dialectal*

¿Como se manifiestan estos hechos en otros espacios dialectales? Sólo podemos comparar nuestros datos con los estudios que tengan cierta afinidad metodológica con éste y también los que contribuyan a ofrecer información de tipo cualitativo para enriquecer la indagación cuantitativa. Acudo a la información cuantitativa de las realizaciones implosivas en Martínez (1983) sobre la ciudad de Burgos. Respecto de los contextos iniciales contrastaré estos resultados con los obtenidos por López Morales para San Juan de Puerto Rico.

Respecto de los contextos iniciales, López Morales analiza las realizaciones de /d/ que paso a comentar.

## Cuadro 24

### Distribucion de las Variantes de D

	N	%
D-2	528	25.5
D-1	1,106	53.4
D-0	435	21

(Cf. López Morales 1983, 124)

Como se observa, el autor desdobra la fricatividad en dos estadios: propiamente fricativo y fricativo relajado, que no llega a constituir elisión, tal como lo desarrollamos respecto del habla culta. Hay ausencia total de oclusivas. De modo semejante a lo que sucede en Lima, la fricativa resulta la variante más frecuente, aunque la elisión resulta también más pronunciada que la registrada en Lima (ver *supra* cuadro 1 donde la elisión es del 12 por ciento frente al 21 por ciento de Puerto Rico). La presencia de la variante relajada, mucho más nítida que en Lima, puede suscitar dos interpretaciones: considerarla como fase más debilitada respecto de la fricativa o interpretarla como tendencia hacia la conservación a partir de la pérdida total del segmento. Como la pérdida del segmento es, en este caso, menor incluso que la fricativa, la variante relajada representa, a mi modo de ver, una resistencia hacia la elisión o una forma de mantenimiento del segmento. Los datos adicionales sobre regiones del Caribe (Panamá, Caracas, Cuba, Santo Domingo), a pesar de las reservas del autor respecto de la comparabilidad de los datos, confirman el hecho de que la elisión no resulta tan fuerte o categórica en estos lugares considerados debilitadores de otros segmentos. En Panamá se encuentra, por ejemplo, mayor porcentaje de la variante fricativa (68 por ciento) frente a un 20 por ciento de la elidida, que sorprendentemente resulta muy similar al encontrado en Lima (64 por ciento de conservación frente 12 por ciento de elisión).<sup>16</sup>

16. Los datos provienen de H. Cedergren (1973), pero los he tomado de López Morales (1983, 125).

También, como ocurre en San Juan, el índice de elisión aumenta ostensiblemente en el estrato social inferior, así como la procedencia rural de los hablantes, que en este caso no someto a comparación. Lo generacional no parece, en su corpus, significativo. En todos los casos se parte del hecho de que la variante canónica o estándar está representada por la fricativa, pues la oclusiva aparece sólo en muy pocos casos y en pronunciación enfática.

López Morales separa los procesos de debilitamiento y de elisión según las distintas vocales circundantes y su ubicación como antepuestas o pospuestas al segmento. En el corpus de Lima he separado también los tipos vocálicos, pero cuantificándolos combinadamente, pues la separación arrojaba resultados poco significativos. Con todo, es posible identificar semejanzas muy grandes entre los comportamientos del segmento en ambas ciudades. Reproduzco los cuadros de López Morales (*Ibid*, 128) para facilitar la comparación con los presentados aquí (cf. cuadros 17 y 18).

Cuadro 25

Distribución de las variantes /d/ según la vocal antepuesta

		/a/	/i/	/e/	/o/
+ gram	D-2	13.3	57.9		
	D-1	54.1	37.3		
	D-0	32.5	4.6		
- gram	D-2	23.6	25	11.9	24.7
	D-1	57.6	62.5	83.5	53.3
	D-0	18.6	12.5	4.4	21.8

Cuadro 26

## Distribución de las variantes -d- según la vocal pospuesta

	/o/	/a/
D-2	20.8	32.6
D-1	56.5	55.8
D-0	22.5	11.4
N	992	325

Según los cuadros anteriores, en general, la vocal *a* antepuesta favorece la elisión y sobre todo el relajamiento, mientras que la *i* en la misma posición y siempre que sea participial tiende a conservarse. La conservación resulta muy baja si se trata de *a* antepuesta. En nuestros cuadros se expresan relaciones similares si separamos la *i*, más resistente que la *a*, donde se relaja y se elide con mayor facilidad. Respecto de la vocal pospuesta, donde la *o* parece favorecer el relajamiento, nuestros datos no resultan significativos. Las mismas tendencias se encuentran en Caracas, sobre todo respecto de la *a* antepuesta en los participios, mientras que *i* parece influir en la conservación en Caracas y en Panamá, según el mismo estudio de López Morales (1983, 129). En los datos de Caracas, sin embargo, se establecen los procesos también en orden a la combinación vocálica resultando que la regla de vocalización y elisión se aplicaría mucho más en el contexto vocálico *a-o* y mucho menos en el contexto *u-a*.<sup>17</sup> Cabe destacar que este último contexto no aparece nunca en nuestro corpus y sólo resulta semejante la influencia del contexto *a-o* como el más permeable al debilitamiento y a la elisión, siendo el contexto *i-a*, menos permeable a estos procesos. Este último dato parece confirmar, por lo menos parcialmente, que junto a la *a* pospuesta se conserva más el segmento *d*, pues la combinación *i-o* resulta un poco más relajable, aunque tampoco de modo determinante.

17. Los datos de Caracas pertenecen a F. D'Introno y J.M. Sosa (1977). Recojo esta información de López Morales (1983).

Respecto de los contextos implosivos, como ya lo advertí, por la naturaleza del fenómeno, no existen casi estudios cuantitativos, aunque sí profusas informaciones sobre las realizaciones en muchas zonas hispánicas, pero desde el punto de vista cualitativo<sup>18</sup>. Resulta interesante comentar, por ejemplo, que las realizaciones que parten del eje referencial bilabial como *apto* y *absoluto* se velarizan más en estrato social alto, mientras que en el popular tienden a eliminarse.

Las vocalizaciones no son infrecuentes como en *absoluto* = *ausoluto*, *apto* = *auto*, que suponen aflojamiento y velaridad aunque también bilabialidad. Pero esto ocurre sobre todo en habla popular (cf. Becerra 1985, 180-194). Por lo demás estas actualizaciones fonéticas han sido muy documentadas en muchos dialectos hispánicos, de modo que ninguno de estos casos parece privativo de una variedad dialectal<sup>19</sup>.

De todos modos, resulta interesante comentar los datos de Martínez (1983) sobre las tendencias castellanas, extraídas del habla de Burgos. El autor recoge a partir de ejes referenciales coincidentes con los ortográficos las realizaciones encontradas en los grupos bilabiales, dentales y velares. En los tres casos consigna ciertas tendencias hacia la manifestación de la variante interdental, fricativa /θ/, si bien estratificada socioculturalmente. En el grupo /pt/ y /kt/ las tendencias hacia la interdentalización ascienden conforme se baja el estrato socio-cultural, aunque también ocurren en el sentido informal de clases su-

- 
18. En verdad, el comportamiento de los segmentos situados en posición distensiva de sílaba llamados implosivos ha sido profusamente estudiado en el ámbito hispánico como expresión de una tendencia natural de la lengua. Alonso (1951) formuló la ley de pérdida de la distintividad en final de sílaba. El asunto ha sido reformulado y tratado, de distintas maneras, muchas veces más. Baste citar a Alvar (1972, 1982), Malmberg (1965), Quilis y Fernández (1973), de Granda 1966, Alarcos (1965), Fernández-Sevilla (1980) etc.
19. La vocalización de implosivas, como etapa de debilitamiento en el segmento implosivo, ha sido tratada por Malmberg (1965), Alvar (1972), Becerra (1985), Fernández-Sevilla (1980), de Granda (1977) etc. Tal vocalización puede realizarse en la forma velar como [ausolúto] y en la forma anterior como [póike] (porque) [aseitó] (aceptó) etc., y yo misma la he percibido en Lima de boca de hablantes de clase inferior.

periores. El menor índice de interdentalidad aparece en el estilo más cuidado de las "lecturas" en la clase superior (*efé θ to, aspé θ to, á θ to etc.*).

Por otro lado existe una presencia mucho más fuerte de la variante interdental en los contextos dentales *t/d*, donde supone sólo fricatividad y sordez. Allí estas variantes son mucho más toleradas en los grupos cultos e incluso en estilos formales. El segundo lugar corresponde a la elisión. Para */t/* la presencia de interdentales es todavía mayor incluso en clases superiores.

En el estudio de Martínez se intersectan las variables sociolingüísticas con las estilísticas en relación con el tipo de situación, según el hablante tenga mayor o menor conciencia de su discurso. Para Martínez, la autopercepción y el consiguiente control del discurso hacia la producción mayoritaria de ciertas variantes constituye un índice para medir las valoraciones o el prestigio que suscita un tipo de forma. Por ejemplo, la interdentalidad no constituye todavía una forma prestigiosa si se encuentra que el hablante de clases superiores disminuye su aparición cuando el estilo de habla aumenta en grado de formalidad hasta el estilo de máxima conciencia, donde puede evitar la forma. En cambio, en el grupo inferior la producción de la forma es mayor, independientemente de que se pronuncie en el estilo más formal de "lecturas". La variante más inmune al control parece ser la interdental cuando representa a las dentales (en admisión-[aθmisjón], atmósfera =[aθmósfera] etc). El estilo de "lecturas" resulta, a mi modo de ver, un medio muy productivo para investigar los patrones del hablante respecto de su adhesión relativa a los sistemas gráficos, que actúan como restrictores de la variabilidad y como fijadores de unidades invariantes, mucho más intensamente en los grupos cultos que en los populares, incluso ante el estímulo visual de la grafía que lleva a restituir la fusión de la imagen sonora con la visual aprendida durante la escolaridad. Los hablantes no cultos tienden incluso en estos contextos a separar lo visual de lo auditivo y a actuar conforme a sus automatismos articulatorios, independientemente de la imagen gráfemica.

Ahora bien, cómo comparar estos resultados, extraídos de modo heterogéneo y sobre todo ante la aparición de una variante que no se produce en nuestro corpus ¿Se trata de fenómenos incontrastables, aislados que no pueden integrarse en un universo de percepción co-

mún? De acuerdo con la perspectiva que adopto, el caso comentado resulta una actualización particular orientada hacia un punto de la ampliación del espectro de variabilidad permisible en contextos implorivos o preconsonánticos. Ahora bien, por razones explicables, en la comunidad hispanoamericana donde la forma interdental no actúa funcionalmente resulta más difícil que los procesos se orienten hacia ese tipo de producción. Pero en la comunidad española, donde esta variante representa uno de los miembros de una pareja funcional, considerada, además, prestigiosa, no sorprende que en la eliminación de fronteras funcionales y en la ampliación de las posibilidades variables, los hablantes tiendan a producir una regulación orientando la variabilidad hacia la interdental sea cual fuere el patrón referencial. Tal orientación vuelve a comprobar justamente que en esas posiciones el espacio de variabilidad permisible resulta más rico y que, por esa razón, pueden desplazarse las fronteras permisibles.

Detrás del mismo espacio de variabilidad, virtualmente común para todos los dominios hispánicos, se hace preciso indagar las orientaciones materiales o preferenciales de los distintos espacios y grupos. Por lo pronto, aun cuando las velarizaciones ocurran también en implorivas con bilabial y dental, en el área peninsular castellana, lo particularizador parece ser la preferencia social y estilísticamente determinada de las formas interdentales, sobre todo en los ejes dentales y velares, aunque también en último lugar en los bilabiales. En la investigación de Martínez se ha aislado 58 por ciento de ocurrencias interdentales que superan las ocurrencias canónicas y que definen patrones de realización distintos a los hispanoamericanos. Por lo menos, en el corpus que manejo (y en los datos cualitativos que puedan encontrarse en otros estudios) se produce una orientación articulatoriamente opuesta, pues cuando se producen los desajustes de los ejes referenciales, éstos se orientan hacia la velaridad, cuando no a la simplificación silábica por supresión de todo segmento. La velaridad parece preferida por grupos medios en contraste con la elisión, más frecuente en los grupos inferiores. Otros espacios dialectales se orientan hacia la vocalización (sea *velar* como en [ausolúto] por *absoluto* o anterior como en [aspéito] por *aspecto* (Cf. Becerra 1985).

Con todo, existen dos focos de atracción lingüística en el dinamismo de la variabilidad: en un caso la interdentalidad, que incorpora

por lo menos a un espacio de las sibilantes /θ/, hasta ahora, aparentemente aislada en el proceso de neutralización, y lo integra a toda la zona funcional o de variabilidad del conjunto consonántico en situación implosiva, y en otro caso, la velaridad, que materializa también las posibilidades de variabilidad de todas las implosivas, incluso las de los ejes anteriores: labial y dental. Se trata, visto de modo general, de un movimiento de polo a polo, del eje dental al eje velar, que podría pensarse como un movimiento pendular, pero que se detiene en el mismo margen de variabilidad, o que queda inscrito dentro de los límites de una zona común para todo el español.

### *La sibilante*

Como se sabe, en el sistema fonológico español actual coexisten dos funcionalidades distintas en torno al conjunto de sibilantes que se expresan, por una parte, en la distinción entre dos zonas funcionales, a saber /s//θ/ (Kosér frente a Koθér) en la modalidad castellana y por otra, en la existencia de una sola zona funcional /s/(coser o cocer= Kosér) en la modalidad hispanoamericana, andaluza y canaria. Ahora bien, partiendo de que las zonas funcionales constituyen espacios de variabilidad y no unidades invariantes, habrá que conceder que cada una de éstas presenta un espectro de variabilidad segmentable o deslindable en ciertas discontinuidades más o menos regulares y recurrentes, que más adelante especificaré.

Conviene anotar que la mayor parte de la comunidad hispanohablante tiene para el conjunto referencial de sibilantes una sola zona funcional o, en otras palabras, que en la comunidad hispánica predomina el llamado *seseo*, extendido sin excepción en toda Hispanoamérica y en parte de España (Andalucía, Extremadura y Canarias). No resultará pertinente, en este trabajo, detenerme en las bases históricas de este fenómeno que, por lo demás, han sido profusamente estudiadas, si bien no agotadas, a lo largo de varias décadas. Creo, no obstante, que la aplicación de recursos rigurosos para organizar la variabilidad sincrónica puede iluminar algunos aspectos del estudio diacrónico oscurecido detrás de materiales, en su naturaleza escrita, insuficientes y pobres para reconstruir los procesos orales.

En este trabajo me concentraré en analizar la variabilidad seseante correspondiente a /s/ en los distintos estratos sociolingüísticos y compararla con estudios análogos de las zonas consideradas tradicionalmente "debilitadoras". En este contexto, creo necesario que se incorpore material de la modalidad castellana distinguidora para profundizar más en las circunstancias de variabilidad de estos conjuntos e integrar los datos de las zonas seseantes en la totalidad descriptiva del sistema español. Digo esto porque la mayor parte de estudios sobre la sibilante, referidos a las formas aspiradas y elididas, consideradas como estadios de un proceso de debilitamiento que continúa una antigua tendencia evolutiva del español, con frecuencia se concentran en las áreas seseantes: caribeñas, andaluzas, limeñas, etc., y no se exploran con la misma organicidad y sobre todo, comparativamente, las variantes posibles en las zonas distinguidoras, para observar, por ejemplo, si la aspiración o elisión constituyen tendencias referidas exclusivamente al *seseo* o coexisten también en las áreas que distinguen funcionalmente entre una apical y una interdental. Actualmente la aspiración no parece privativa de las zonas seseantes, sobre todo, en contextos implosivos, si bien falta determinar qué peso cuantitativo tienen esas tendencias en ciudades como Madrid (v. Quilis 1965, 22).

### *Variantes*

De acuerdo con lo mencionado arriba, reconoceré dos tipos de funcionalidad dentro del mismo sistema fonológico español donde tenemos: 1. dos zonas funcionales con dos espacios distintos de variabilidad /s/ /θ/ y 2. una sola zona funcional con un solo espacio de variabilidad /s/. Sólo se puede hablar de una sola zona funcional en el dominio del seseo /s/, cuando la zona distinguidora de /s/ frente a /θ/ se convierte en patrón referencial.

En las zonas funcionales /s/ y /θ/, tendríamos dos espacios de variabilidad separados, en relación con el criterio sígnico que reconoce, en este caso, la separación, si los límites discriminan signos lingüísticos, aunque esto no ocurra en todos los casos (*casa* frente a *caza*, *has* frente a *haz*, *coser* frente a *cocer* etc., pero *gracias*, aunque no exista

gracias). Basta que la capacidad se actualice en un caso para que la unidad se reconozca como funcional en la lengua en cuestión. Este razonamiento es meramente teórico, pues no ocurre así en la realidad. Y el caso patente es justamente el *seseo*, la modalidad donde *casa* y *caza* se pronuncian justamente como *casa*, aunque se trate de dos signos distintos y no existe ningún obstáculo comunicativo que lleve a restringir el proceso. Este hecho parece contradecir el criterio de funcionalidad expresado sobre la base de la diferencia de significado léxico.

Con todo, adoptado ese criterio, el *seseo* es considerado como fusión o confusión de una distinción fonológica legítima, si se parte de la separación funcional sobre la base de la capacidad discriminadora del significado léxico. Pero creo que, a la luz de los hechos, debe diferenciarse entre el criterio identificatorio que usa el lingüista y los procesos del hablante que ocurren, muchas veces, como lo muestra la evolución lingüística, independientemente de los principios funcionales delimitativos. Sin ir muy lejos un fenómeno lingüístico como la neutralización, que se produce incluso ante la presencia de pares mínimos, como *apto/akto*, *interceptar/intersegtar* constituye también una muestra del divorcio entre el ritmo evolutivo de los hablantes y las exigencias de la funcionalidad del significado representativo<sup>20</sup>. Y proba-

---

20. El concepto clásico de neutralización se aplicó a las lenguas germánicas que en posición final prepausal ocurren siempre como sordas, como en el caso del alemán Rad/Rat comentado en la nota 10. Así lo define Trubetzkoy (1939), lo desarrollan Jakobson y Waugh (1979), Hjelmslev (1964) y, en general, los representantes de la Escuela de Praga, en el sentido de cese de distinción fónica sobre dos palabras distintas. Sólo en el ámbito hispánico, el mismo concepto se aplica a la indiferencia sonora en el sentido de que no provoca cambio de significado y, en esa medida, no ocurre nunca como par mínimo. El asunto de la eliminación de la distinción de pares mínimos ha llevado más modernamente a autores como Port y O'Dell (1985) a realizar investigaciones experimentales para descubrir si existen otros medios diferenciatorios que se produzcan en la misma palabra para compensar el efecto de la neutralización, como alargamiento o acortamiento de la vocal anterior para preservar la distinción. Ahora bien, estas investigaciones, con ser interesantes, respecto de los mecanismos que puedan utilizar los hablantes, no tienen que ver con el hecho producido en la oposición neutralizada independientemente de que existan o no pares mínimos que se vean afectados y de que los hablantes busquen o no otros medios para diferenciar las palabras. De los pares mínimos aislados, imposibles de concurrir en los mismos contextos, no dependen ni las diferencias fonológicas ni por supuesto su eliminación.

blemente la neutralización, restringida primero a ciertos contextos, ha formado parte del largo y complejo camino de la evolución y simplificación del inventario de sibilantes en español.

Hechas estas restricciones, debe reconsiderarse la elección del patrón descriptivo que rijan la inteligibilidad de los hechos. En mis términos cada modalidad implicará la existencia de zonas funcionales distintas con sus propios espacios de variabilidad y sus determinadas interrelaciones con las otras zonas funcionales del sistema. Así en la modalidad donde /s/ se separa de /θ/, los espacios de variabilidad se distancian y existen variantes privativas de cada uno de los espacios sin entrecruzarse entre ellas. De este modo, es probable imaginar que la aspiración en ciertas zonas y contextos integre el espacio de variabilidad de /s/ y, nunca se entrecruce con el espacio diferenciado de /θ/. Aunque esta última pueda tener su propio espacio, probablemente más fijo, sucede que invade el espacio de variabilidad del grupo /ptkbgx/ en contexto implosivo, de modo que no es extraño escuchar [aθto] (apto), [birtúθ] (virtud), [berdáθ] (verdad), [oθtenér] (obtener) etc., donde la interdental, se incorpora al espacio funcional más amplio de las consonantes implosivas, pero nunca al espacio representado por la sibilante estridente /s/. En diferentes direcciones, articulatoriamente opuestas, se mantienen separadas las zonas funcionales de /s/ y /θ/ en la comunidad distinguidora en vez de atraherse o fusionarse en la aparente dirección simplificadora de la evolución lingüística. Con todo, creo urgente estudiar con más detenimiento los espacios de variabilidad permitidos en cada una de estas zonas funcionales en los diferentes grupos de las comunidades distinguidoras, de modo que se pueda establecer con claridad y certeza tales relaciones. De hecho, la aspiración no resultaría un fenómeno privativo del seseo si se documenta y se estudia en la modalidad distinguidora y se la deja de conectar, por lo menos sincrónicamente, de modo exclusivo con los procesos fonéticos andaluces o del llamado español meridional<sup>21</sup>.

---

21. En un sentido diacrónico el proceso de aspiración está todavía en discusión no sólo respecto de su cronología, sino también de su extensión. El caso aislado que presenta Menéndez Pidal (1962, 136) como testimonio de aspiración en "Sophonisba" no parece determinante para pronunciarse sobre eso, (v. Salvador 1981). Sin embargo el asunto es difícil de decidir, porque, como lo ve Lapesa (1980, 387-389),

Por otro lado, en la modalidad no distinguidora, que constituye una forma mayoritaria en la comunidad hispánica, el espacio de variabilidad resulta naturalmente más amplio y caben allí no sólo las variantes toleradas de /s/ como la aspirada, en algunas zonas incluso las líquidas, las sonorizadas, sino también las propias interdentalizadas, semejantes, aunque no iguales, a las inscritas en el espacio exclusivo de /θ/ en la modalidad distinguidora. En la medida en que no existen fronteras funcionales entre [s] y [θ] se crea un solo espacio de variabilidad con un radio de permisibilidad más amplio, donde justamente la interdental no constituye forma de prestigio ni patrón referencial. Incluso cuando un hablante de la modalidad no distinguidora está ante uno de la modalidad distinguidora, percibe la diferencia como una mera diferencia de dialecto, cabe decir una diferencia sintomática (no representativa, ni léxica) que indica la procedencia regional del hablante, no percibiéndose conexión entre esa diferencia y la distintividad de signos lingüísticos sobre la que justamente se basa el patrón referencial de la descripción, aceptado tradicionalmente.

Para el corpus que manejamos, donde se trata, como se sabe, de una sola zona funcional, algunas de las variantes posibles podrían separarse como:

- |                      |     |
|----------------------|-----|
| 1. predorso dental   | [s] |
| 2. dento-interdental | [θ] |
| 3. aspirada          | [h] |
| 4. elidida           | [ø] |

No son éstas, sin embargo, las únicas variantes posibles. Entendemos que existe una gama más amplia de realizaciones, pero que resulta necesario realizar una operación reductiva para aislar sólo las recurrentes, expresables en los tipos mencionados.

Aunque las variantes de uno y otro lado de la comunidad his-

---

la aspiración "resultante nunca se escribía como tal, sin duda porque en la conciencia lingüística de los hablantes se sentía como simple variedad articulatoria de la /-s/". Un análisis crítico, y detallado del asunto puede verse en Torreblanca (1989) con aportación de datos y de interpretaciones interesantes.

pánica puedan coincidir en algún caso (si bien creo que tienden a diferenciarse), en el caso de las variantes del grupo no distinguidor, la referencia constituye una sola zona funcional, a pesar de los pares mínimos, diferenciada a su vez, de las otras zonas funcionales consonánticas y representada en otro código convencional como el escrito por las grafías *s*, *z*, *ce ci*, separadas de modo recurrente y sin opcionalidad como *s* frente a *z*, *ce ci* en las zonas distinguidoras de Castilla<sup>22</sup>.

Pasemos a considerar cuantitativamente el peso que tiene cada una de las variantes identificadas como pertinentes en este corpus, sin establecer todavía diferencias de orden distribucional o social.

Cuadro 27

Total de Variantes de /s/

	N	%
s	15,902	75.9
h	2,590	12.37
θ	784	3.74
z	137	0.6
ø	1519	7.2
	20,932	

Resulta notable la avasalladora presencia de la sibilante de tipo dental, respecto de sus formas alternativas. Sin embargo, conviene

- 
22. No debe sorprender el hecho de que para mencionar un fenómeno fonético me valga de la convención gráfica como mera estrategia discursiva para referirme a las diferencias entre dos tipos de organización funcional. La escritura representa un conjunto de correspondencias fijas, invariables, absolutamente aceptadas en el dominio de una lengua sea cual fuere el patrón fonológico, por lo menos dentro de un período sincrónico en que las correspondencias se mantienen estables, aunque interpretadas oralmente de formas distintas en los dos patrones fonológicos.

anotar que esta contabilidad se hizo sobre el número total de contextos donde la sibilante podría aparecer sin diferenciar en este punto los contextos iniciales de los finales, como lo hacen otros autores, para concentrarse en las tendencias debilitadoras de las implosivas (Cf. López Morales 1983, 29, Terrell 1975). Cuando sólo se consideran las implosivas, el porcentaje varía notablemente, como más adelante lo mostraré. Pero creo adecuado comentar lo siguiente. Las implosivas naturales de la palabra aislada pueden situarse ante consonante (*asno*), pero también ante vocal (*misamigos*) por enlace discursivo. Resulta notable que en el Caribe se encuentra aspiración [mih-amíyos] incluso en estos contextos, de modo que el enlace sintáctico no pierde la condición debilitadora propia del contexto implosivo y, por ello, resulta justificada la separación de la contabilidad entre lo implosivo en contacto con vocal y lo no implosivo porque ocurre al comienzo de una palabra (*sabe*) o en el interior ante vocal (*casa*), si bien testimonios como el de Rosenblat observan las posibilidades de elidir incluso en estos contextos en algunas zonas hispanoamericanas<sup>23</sup>.

En el caso de Lima, la tendencia conservadora se manifiesta justamente en el enlace sintáctico, que convierte la implosiva en sílaba abierta (CV: mi-sa-mi-gos). En este sentido la implosiva léxica, desde el punto de vista de la palabra, deja de serlo cuando la palabra se une con otras en el discurso y se aglutina en orden a su condición silábica. La reestructuración silábica parece decisiva para gobernar los procesos.

En todo caso, al analizar las posibilidades de aspiración y elisión en este corpus, observo que las frecuencias casi absolutamente mayo-

---

23. Rosenblat (1967, 114) presenta casos de eliminación de /s/ pre-vocálica sea inicial de palabra o no como en *heñol*, *no halió*, *si heñor*, *hiempre*, *meha*, *caha* etc. en Chile, Colombia, Venezuela y Nuevo México. No se sabe el peso cuantitativo que puedan tener estos datos ni el grado de generalización en distintas palabras, pues los ejemplos que ofrece se encuentran fijados en ciertas formas léxicas. Debo admitir que he escuchado en Lima, en clases muy populares, formas similares con eliminación no sólo de la sibilante sino de toda la primera sílaba en palabras como *ñor* (señor) *ñora* (señora), *ñorita* (señorita), ligadas curiosamente también a formas de tratamiento. No encuentro razón, por ahora, para vincularlas a los procesos de elisión de /s/ que, por otro lado, se mantienen muy fuertemente en las posiciones iniciales.

ritarias corresponden a los contextos preconsonánticos o prepausales, con lo que se descarta la posibilidad de relevancia del contexto final prevocálico para justificar la tarea de separar en torno a la palabra y contabilizarla independientemente de las que pudieran ocurrir al comienzo o en el interior de la palabra.

Conviene anotar, al lado de esto, la presencia de la variante dento-interdental justamente en los contextos implosivos de final de palabra que se enlazan con otra palabra que comienza en vocal. Estas tendencias se cumplen, sobre todo, como lo comentaré más adelante, en el sector popular.

### *Condicionamiento interno*

Habiendo establecido como zona funcional única a la fluctuación de la sibilante como dental, interdental, aspirada y elidida, para los espacios representados gráficamente como *s*, *ce*, *ci*, *z*, queda por averiguar el tipo de condicionamiento que favorece la presencia de estas formas.

Como se sabe, puede hablarse de un condicionamiento contextual interno: sea fonético, morfológico, léxico, sintáctico o de un condicionamiento externo que conecta el hecho con ciertas coordenadas de manifestación sean históricas, sociales, dialectales o situacionales. En este caso, averiguaré estas conexiones en relación con el contexto interno fonético y el contexto social y dialectal.

Como he dicho más adelante, los factores condicionantes pueden ser privativos o cruzarse con los demás. Así podemos imaginar que sólo actúan condicionamientos internos de cualquier tipo que no covarían con los factores externos mencionados, si bien cabe notar que la observación histórica resulta muy restringida, en este caso sólo al español moderno, como para negar que se puedan establecer conexiones. Hechos así se clasificarían en el grupo de hechos de variación *automática* o *inherente* a las condiciones articulatorias o lingüísticas contextuales, independientemente de los hablantes y de la comunidad donde ocurran. La variación hasta ahora investigada con respecto a la



**Cuadro 28**  
**Variantes de /s/ por contexto**

	-C		-V		-//	
s	3551	50.9	11,100	93.7	1,251	80.2
h	2020	28.9	93	0.7	55	3.5
θ	154	2.2	549	4.6	81	5.19
∅	1245	17.8	102	0.8	172	11.0
N	6970		11,844		1,559	

A partir de este cuadro podemos ver que la sibilancia se concentra en torno al contexto prevocálico, como ya lo comenté, y baja ostensiblemente en el contexto preconsonántico aunque siempre superando a las variantes aspiradas y elididas que, con todo, resultan las mayores en relación a los demás contextos. La aspiración y la elisión se reducen al mínimo en contextos prevocálicos e incluso siguen siendo bajas en contextos prepausales. Hay que destacar, sin embargo, cómo las implosivas silábicas (no de palabra) tienden a debilitarse más e incluso a elidirse, pues esta variante aumenta en contexto preconsonántico y prepausal. La aspiración, en cambio, sólo resulta significativa en situación preconsonántica. En todos los demás contextos decrece sustancialmente. Separemos primero la jerarquía contextual de la aparición de cada una de las variantes:

s	θ	h	∅
-V	-//	-C	-C
-//	-V	-//	-//
-C	-C	-V	-V

Según se puede apreciar, los condicionamientos resultan idénticos tanto para la aspiración cuanto para la elisión, de modo que es posible decir que ambos procesos se conectan internamente. Esto ocurre no sólo respecto de la jerarquía contextual sino además respecto de las distancias cuantitativas y del peso relativo de cada uno de los contextos, que resulta más cercano entre lo consonántico y lo pausal. Lo vocálico, en cambio, presenta un porcentaje más alejado respecto de los

demás. Por otro lado, y con gran simetría, las manifestaciones de conservación de la sibilancia bien como dental, bien como dentointerdental tienen en común, consecuentemente con los resultados del debilitamiento, su resistencia ante vocal y ante pausa y su mayor debilidad ante consonante. En este caso, las distancias cuantitativas entre los contextos establecen conexiones distintas de la posición prepausal, que resulta más cercana a la prevocálica, quedando la preconsonántica aislada con distancias más notables para indicar lo significativo de su presencia en la disminución de la sibilancia. En ambos casos, el contexto pre-pausal parece también muy resistente al debilitamiento, a juzgar por la cercanía cuantitativa con los contextos vocálicos, más resistentes. Esta relación sólo se altera en los casos de eliminación de la sibilancia donde la tendencia a la pérdida en contexto prepausal se distancia más del contexto prevocálico. Veremos más adelante que esta alteración en las relaciones debe buscarse en la diferencia de estrato social y, en todo caso, parece indicar que la elisión como paso debilitador más fuerte, se expresaría no sólo en el aumento de la variante sino en su extensión distribucional o en la generalización contextual, cuyo primer paso podría ser el aumento de su presencia en los contextos inmediatamente inferiores según la jerarquía presentada. El paso más fuerte sería invadir el contexto más resistente, el prevocálico, justamente el que se debilita tanto en las zonas del Caribe, como más adelante lo veremos.

Como se sabe, /s/ tiene también función gramatical cuando aparece en posición final de palabra y puede indicar flexión nominal o flexión verbal (*casas, sabes*). Se ha establecido que la elisión puede provocar confusión semántica de modo que queda restringida en los casos en que atañe a una /s/ de tipo gramatical y en que, además, no existan en los contextos sintácticos elementos que proporcionen la información perdida de /s/, sea de número o de persona gramatical<sup>24</sup>.

---

24. López Morales (1983, 74-75) encuentra en su corpus la pertinencia del factor gramatical en la restricción de la elisión de /s/, que tiende a mantenerse siempre que en el contexto no existan elementos con información gramatical (de número o persona según del tipo de morfema que se trate). Y más propiamente, la elisión se detiene, según López Morales, cuando no existen otras marcas desambiguadoras dentro del mismo sintagma nominal y no fuera de él, como según el autor, propondría Poplack para Filadelfia. A este respecto, ver también Poplack

Sin embargo, siendo la elisión tan escasa en nuestro corpus, no parece relevante preguntarse por las razones de su restricción, pues ésta afecta a cualquier tipo de sibilante y no parece condicionada específicamente por la información gramatical que, al fin y al cabo, tiene muchos modos de expresión, sea en el discurso, sea en el sintagma (por la concordancia o por otros informadores de número o de persona). Por otro lado, la situación de palabra aislada no parece tener fuerza para gobernar los procesos de los hablantes.

Cabe preguntarse si el orden sincrónico encontrado refleja de alguna manera un orden evolutivo, como se ha sostenido (V. Terrell 1975), de modo que la elisión se conciba como una etapa posterior a la aspiración, la que a su vez, resulta posterior a la sibilancia, como lo refleja la formulación siguiente:

s	→	h
h	→	∅

que supone un orden en el cumplimiento de reglas.

Si bien la coexistencia de los procesos en el Caribe justifica esta interpretación, creo necesario integrarla con los procesos en torno al mismo fenómeno según se manifiestan en las demás zonas hispánicas, donde, por supuesto, no debería excluirse la información proveniente de las zonas distinguidoras de Castilla, donde es posible encontrar aspiración en algunos contextos. En el corpus investigado resulta necesario incorporar en la descripción a la propia sibilancia con sus condicionamientos y no sólo las etapas debilitadoras, pues éstas resultan cuantitativamente menores que la conservación. En todo caso, dados los alcances de las productivas investigaciones del Caribe, restringidas sólo a este ámbito dialectal, no es posible hacer afirmaciones conclusivas, hasta que no se posean datos de otras zonas hispánicas, ni mucho menos aventurar hipótesis evolutivas. Sólo se hace posible afirmar, hasta el momento, que existe un ordenamiento contextual

---

(1980) para un estudio pormenorizado de la validez de la hipótesis funcional respecto de los elementos desambiguadores contextuales.

con un peso cuantitativo determinado, pero adscrito a una sincronía y a un espacio dialectal, que ahora extendemos al espacio limeño, de modo que puede hablarse de una contrastación dialectal y sociolingüística que debe enriquecerse con datos de otras zonas y de distintos períodos temporales.

Ahora bien, conviene comentar qué relación puede tener el comportamiento de /s/ implosiva con el espacio de variabilidad ampliado para todas las implosivas en español que he comentado en el capítulo anterior. ¿Se puede integrar en el mismo enfoque esta zona funcional o registra un comportamiento aislado y totalmente independiente de los procesos generales del español, en lo que tiene que ver con los contextos finales preconsonánticos o prepausales?

Al parecer, si trato de conmutar /s/ con las variantes que pueden ocurrir en los contextos implosivos, encuentro difícil sostener su incorporación al mismo espacio de variabilidad consonántica. Así *obtener*, *ogtener*, pero difícilmente *ostener*. O también *aktitud*, pero no *asitud*, *arigmética* y no *arismética*. Pero creo que no fuerzo muchos los hechos si considero que una forma legítimamente inscrita en el espacio de variabilidad de /s/ es justamente la variante aspirada [h] que se sitúa en el orden velar y que, en algunos casos, ocurre como [x]; por ejemplo, en [kúxko] o [móxka] etc. Esta variabilidad de /s/, situada en el área dental o anterior, que se desplaza hacia el extremo posterior implica de alguna manera una semejanza con los procesos de posterioridad o velaridad de implosivas, cualquiera que sea la referencia fonética ideal. Si /s/ no es vista, desde mi perspectiva, como una unidad sino como una zona con un espacio de variabilidad y la velar [h] forma parte de ese espacio, de alguna manera se ha producido la confluencia de los espacios de variabilidad implosivos, si bien la variación se orienta o se organiza fácticamente sólo hacia la aspiración.

Por otro lado, habría que considerar el hecho nada extraño que en las comunidades distinguidoras de Castilla la propia /θ/ interdental ocurra en el espacio de variabilidad de las otras implosivas (como en *akto*=áθto, *admitir*=aθmitir, *virtud*=virtuθ etc.), de modo que también aquí el proceso de indiferenciación de fronteras funcionales se actualiza en las sibilantes, sólo que con matices determinados que es preciso destacar. En ambos casos, bien en la zona de seseo, bien en la zona



Aunque esta observación no garantiza la predicción sobre el destino o el curso del proceso, por lo menos, lo incorpora al dominio del conocimiento y lo ordena de acuerdo con ciertos factores. Caben varias posibilidades de coordinación entre los factores lingüísticos y los sociolingüísticos, a saber:

1. que los factores lingüísticos, actúen indiferenciada o generalizadamente en todos los sectores sociales. En este caso, los fenómenos forman parte del propio mecanismo de la lengua y los hablantes no los alteran.

2. que los factores lingüísticos actúen diferenciadamente según los sectores sociales, lo que supone una conexión del proceso propiamente lingüístico y, el modo como los hablantes lo interpretan, lo vehiculizan y lo transforman.

3. que los hechos lingüísticos obedezcan a factores externos sociolingüísticos, sin que actúen factores internos recurrentes de modo que pueda decirse que los hechos presentados obedecen a los procesos internos del mecanismo lingüístico.

El fenómeno que aquí trato responde, a mi modo de ver, a la segunda posibilidad. Por un lado, la aspiración y la elisión están condicionadas fonéticamente, y constituyen procesos internos del español pero, por otro, se insertan de modo diferenciado en los distintos parámetros de la manifestación sean éstos históricos, dialectales o sociales. Estos hechos constituyen fenómenos propiamente sociolingüísticos en el sentido de que establecen conexiones internas entre los mecanismos de la lengua y sus hablantes de modo observable, manipulable y recurrente.

Ahora bien, veamos de qué manera influye lo social, por lo menos, para la interpretación de los datos limeños.

Cuadro 29

Variantes /s/ por grupo social

Grupo culto			Grupo popular	
s	10085	77.94	5817	72.7
h	2105	15.40	485	6.
ø	611	4.7	908	11.3
z	137	1.05	-	-
θ	727	5.3	784	10.0
	13665		7994	

Al confrontar los dos extremos del espectro social observo:

1. escasa variación en lo que respecta a la sibilancia, donde podemos decir que sigue manifestándose como muy alta y mayoritaria la tendencia hacia la conservación. No existe, pues, una diferenciación sociolingüística en este punto.

2. las diferencias significativas se concentran en torno a la aspiración y a la elisión. Mientras la aspiración baja ostensiblemente en la clase popular, a casi la mitad, sube en esta misma proporción el porcentaje de variantes elididas. De acuerdo con esto, podemos decir que la clase popular tiende a elidir más que a aspirar el segmento dentro de la fuerza relativa de estos procesos respecto de la conservación.

3. aunque la variante interdental se encuentra en la clase culta, su presencia resulta considerablemente mayor en la clase popular.

Si bien aparentemente decrece el porcentaje de la sibilante en el grupo popular, las tendencias hacia el mantenimiento se expresan en el aumento de la variante dentointerdental. Las variantes aparecen con diferente peso según la clase social, pero quizás lo distintivo pueda encontrarse en la distribución contextual. Veamos los siguientes cuadros.

Cuadro 30

(Grupo popular)

	-C		-V		-//	
	N	%	N	%	N	%
s	1637	55.8	3859	85.6	321	57.6
θ	154	5.2	549	12.1	81	14.5
h	422	14.4	37	0.8	26	4.6
∅	719	24.5	60	1.3	129	23.1

Cuadro 31

(Grupo culto)

	-C		-V		-//	
	N	%	N	%	N	%
s	1914	43.5	7241	98.6	930	92.8
h	1958	44.5	56	0.7	29	2.8
∅	526	11.9	42	0.5	43	4.2

De los anteriores cuadros se desprende el mismo orden contextual anunciado para el corpus total. Las diferencias se sitúan en el contenido porcentual de cada contexto aunque no se altere la jerarquía. Así la conservación de /s/ ante pausa resulta mucho mayor en el grupo culto que en el popular. Por otro lado, la aspiración preconsonántica decrece ostensiblemente en este último grupo, mientras que la elisión en este mismo contexto aumenta considerablemente y sobrepasa a la aspiración, algo que no ocurre en el grupo culto donde la aspiración es muy superior a la elisión. Igualmente, cabe destacar el aumento de variantes elididas ante pausa en el grupo popular. Con

todo, la jerarquía se mantiene, a expensas de estas diferencias, en el orden cuantitativo.

En general, desde el punto de vista sociolingüístico, las diferencias se establecen sólo en el peso cuantitativo distribucional de las variantes sobre la base de un mismo proceso ordenado jerárquica y contextualmente de modo similar.

Ahora bien, respecto de la comunicación vertical entre los grupos y de las valoraciones centradas en algunos fenómenos, puedo adelantar, aunque intuitivamente, que los procesos en torno al debilitamiento y a la aspiración o elisión son relativamente muy poco percibidos y, en esa medida, no se valoran negativa o positivamente. Hay que considerar el hecho nada circunstancial de que los hablantes andinos, la mayor parte de veces identificados como integrantes de grupos socioculturales inferiores, refuerzan mucho la sibilante e incluso, en algunas zonas, tienden a producirla como ápicopalveolar, a veces, alternando con formas interdentales aunque sin la consistencia y regularidad de la modalidad castellana<sup>24</sup>, de modo que el debilitamiento no resulta distintivo de grupos populares mayormente asociados al área serrana, sino que incluso ocurre, sin valoración, en grupos de clase media y alta. Con todo, tampoco, a partir de aquí, se desarrolla una valoración positiva del debilitamiento o elisión, más bien se puede decir que no constituye foco de percepción, y se convierte en un fenómeno más o menos automático, aunque se observe la mayor frecuencia de la elisión en grupos populares y la mayor tolerancia hacia la aspiración incluso hacia su reforzamiento en [x], de parte de los grupos del estrato culto. Hay que separar, pues, la frecuencia del he-

---

25. Aunque escapa al marco de este estudio, resulta interesante anotar los curiosos rezagos asistemáticos de la oposición fonológica /s/ /θ/ en el Perú, que personalmente he encontrado en Cajamarca, ciudad serrana del norte del país y que también han sido atestiguados en el Cuzco, (Benvenuto 1936, 119) aunque fijados léxicamente en los numerales [ónθe] [dóθe], [tréθe], pero [Katúrse] (catorce) y también en el propio nombre de la ciudad /Kú θ Ko/. Falta todavía procesar la información y recoger datos de otras ciudades serranas y observar el tipo de distribución de esos segmentos. Cabe destacar que, por lo menos, en los datos de Cajamarca, que estoy procesando, la /s/ es apico-alveolar y se acerca mucho a la castellana.

cho, que puede coincidir con cierta estratificación sociolingüística, de la percepción y consiguiente valoración del hecho (sea positiva o negativa) no tanto ligada al fenómeno de la frecuencia, cuanto al valor representativo o cualitativo del hecho para identificar un grupo con ciertas características. Aunque parezca natural que la frecuencia juegue un papel en la valoración, puede ocurrir que hechos frecuentes no se valoren, o que hechos infrecuentes sean sintomáticos para identificar grupos determinados y valorarlos.

Ocurre, por ejemplo, que la variante dentointerdental del llamado *zezeo*, extendida a lo largo de muchos grupos, recibe por lo menos dos interpretaciones valorativas: por un lado, cuando proviene de la clase popular o de ciertos grupos mestizos resulta evaluada negativamente por las clases muy cultas, y por otro lado, cuando el fenómeno se encuentra en grupos medios, capitalinos, se lo interpreta como signo de habla graciosa cuando no defectuosa o disforzada, a veces, con valor estilístico individual y situacional. Resulta interesante que esta doble valoración, adscrita al mismo fenómeno, se desdoble según el grupo que lo produzca<sup>26</sup>.

### *Comparación dialectal*

Someteré a comparación los resultados obtenidos por López Morales (1983) para San Juan de Puerto Rico y los de Terrell (1975) para Cuba con los de Lima, contraponiendo dos espacios tradicionalmente considerados como debilitadores y conservadores como el caribeño y el limeño respectivamente. La comparación dialectal persigue conectar los resultados de cada punto e integrarlos en la totalidad del sistema español. Ordenaré la comparación enfrentando los datos cuantitativos sobre el tipo de variantes y sobre el modo como se distribuyen contextualmente, primero de modo general y después de

---

26. Al respecto de la interpretación del "ceceo" como gracia en una perspectiva histórica, ver el interesante planteamiento de Guitarte (1984), donde se hace un cuidadoso análisis metalingüístico del término.

acuerdo con la escala social de cada espacio. De esta manera, observaremos de qué forma se insertan los factores lingüísticos en cada espacio geográfico y cómo se distribuyen socialmente.

Según lo muestran los siguientes cuadros extraídos de los trabajos mencionados, se puede trazar una clara línea divisoria entre la zona de Lima y las del Caribe respecto de los porcentajes de conservación, aspiración y elisión.

**Cuadro 32**

	Lima		San Juan	
	N	%	N	%
[s]	15,902	75.9	2,235	9
[h]	2,590	12.37	12,705	51.1
[ø]	1,519	7.2	9,489	38.2

El porcentaje de conservación resulta mayoritario en Lima, mientras que la zona caribeña registra mucho más notablemente los porcentajes de aspiración y elisión. Ahora bien, hay que considerar el hecho de que la contabilidad de San Juan se ha realizado sólo sobre las implosivas, mientras que la limeña se hizo sobre la producción total de sibilantes en todos los contextos.

Pero si agrupo sólo las implosivas preconsonánticas y prepausales, cabe decir las implosivas que se actualizan de ese modo incluso en el discurso, descontando las implosivas naturales que se enlazan sintácticamente y que en este corpus tienen la particularidad de no comportarse como implosivas y conservarse mayoritariamente tendremos al siguiente cuadro:

Cuadro 33

Varriantes de *-s/* en situación implosiva - C o -//

	N	%
s	4802	56.30
h	2075	24.3
ø	1417	16.6
θ	225	2.7

Como se observa en el cuadro anterior, la frecuencia del mantenimiento de la sibilante sigue presentándose de manera mayoritaria respecto de las variantes debilitadas, y sobrepasando largamente los bajísimos porcentajes de sibilancia en San Juan (9 por ciento.) (Cf. cuadro 32).

Con todo, si incluyéramos también las implosivas prevocálicas, como éstas se conservan en un 77%, abultarían el porcentaje de las tendencias de conservación, haciendo disminuir levemente las de aspiración y elisión, pero sin alterar las tendencias generales hacia el mantenimiento. Paralelamente, aumentarían también las frecuencias de dentointerdentales que se concentran en la posición de inicial de sílaba o prevocálica, como una forma sustitutiva de mantenimiento segmental, pero representando quizás una suerte de relajamiento respecto de la sibilancia dental, más acentuada en el grupo popular.

Pero observemos cómo afecta el condicionamiento contextual interno a estos procesos vistos comparativamente en las zonas analizadas.

Cuadro 34

San Juan

	-C	-V	-//	s	h	ø
S-3	5.8	17.9	10.5	V	C	//
S-2	55.1	41.3	20.1	//	V	V
S-0	39	40.7	69.2	C	//	C

(López Morales *Ibid.*, 44).

Cuadro 35

Cuba

posición	preconsonantal	prevocálica	prepausal
sibilante	2% (59)	16% (188)	63% (939)
aspiración	75% (2218)	50% (567)	13% (194)
elisión	23% (672)	34% (390)	24% (355)

(Terrell 1975)

Cuadro 36

Elisión de -/s/

	-C	-V	-//
La Habana	21	18	61
Caracas	10	50	40
Mérida	21	20	59

(López Morales *Ibid.*)

Aun cuando en San Juan se registra aspiración y elisión prevocálicas en porcentajes altos, también el mantenimiento es mayor ante vocal en relación a los otros contextos. Por otro lado, la elisión mayoritaria se sitúa ante pausa mientras que la aspiración ante consonante. Comparativamente con Cuba, podemos ver que ambos resultados coinciden en presentar las frecuencias más altas de aspiración ante consonante. El orden de los factores contextuales determinantes para los procesos de aspiración y elisión es como sigue:

s	h	ø
-V	-C	-//
-//	-V	-V
-C	-//	-C

que supone la inversión de la jerarquía de los factores de la elisión con respecto a la aspiración. Este orden se altera levemente en los resultados de Terrell para el contexto prevocálico, donde se registra más elisión. Lo mismo ocurre en Caracas, el único caso en que la elisión se presenta con un porcentaje tan notablemente alto ante vocal.

Comparemos todo esto con los resultados limeños que presentan la siguiente jerarquía de factores contextuales:

s	h	ø
-V	-C	-C
-//	-V	-V
-C	-//	-//

Resulta sorprendente que aun debajo de las diferencias cuantitativas ostensibles, que ya he comentado, cuando se organizan los factores jerárquicamente existe una notable similitud en los procesos de aspiración, en todas las áreas, mucho más acentuados antes de consonantes, lo que revela hasta qué punto este fenómeno se inserta profundamente en los procesos hispánicos generales. Por otro lado la elisión, mucho más acentuada en las zonas del Caribe, en el dialecto más conservador de Lima no se produce casi ante vocal y ante pausa, salvo que descendamos en el espectro social, y conserva el mismo orden de la aspiración: mayor ante consonante y menor ante vocal y pausa. El grado de debilitamiento de la sibilante se muestra de modo patente en los porcentajes altísimos de elisión prepausal y prevocálica, contextos más resistentes, que los preconsonánticos.

En todo caso, resulta significativo observar el mismo principio actualizado fácticamente en cada zona con distinta intensidad. Quizá la diferencia más saltante entre ambos comportamientos resida en el modo de expresarse la sibilancia cuando se sitúa ante vocales. Creemos que los sectores que eligen para estos contextos la velaridad, preservan de alguna manera el comportamiento del contexto implosivo y lo igualan a las tendencias generales de retrasamiento en la distensión silábica, proceso que afecta a las orales y a las nasales<sup>27</sup>. Resulta significativo comentar cómo en nuestro corpus, más conservador en las cifras de elisión de la sibilante, se tiende a eliminar la condición implosiva en situación prevocálica produciéndose de esta manera mayor cantidad de manifestaciones de /s/ plena que de aspiración y

---

27. El comportamiento de -s en situación prevocálica ha sido interpretado desde mucho antes por Alvar (1959, 28) en conexión con la posición silábica en el sentido que aquí la considero. Así la frecuente aspiración -V que encuentra en Tenerife la asigna a la posición final absoluta, aunque también registra las formas menos frecuentes [é hótro] (es otro) [lo hótro] (los oigo) etc. Lo interesante está en la interpretación de estos datos respecto de la posición silábica. Textualmente: "Nos encontramos, pues, ante un tratamiento dispar de la -s final de palabra y ante otra voz que empieza por vocal. En un caso (conservación de -s), se trata al fonema como si fuera simplemente intervocálico; en el otro (aspiración de -s), como si estuviera en posición final absoluta" (p. 28). El fenómeno de la aspiración se vincula, pues, tal como lo sostengo aquí, a la posición implosiva, mientras que el de conservación a la posición de inicio silábico y, en esa medida, al contexto intervocálico, generalmente restrictor.



ferencias se orientan hacia el punto considerado más prestigioso, más particularizante de una modalidad castellana que se singulariza especialmente por el mantenimiento de la oposición /s/θ/, inexistente en América y también en determinadas zonas peninsulares.

En este par, la singularización recae sobre el miembro interdental. Se podría arguir que las comunidades *seseantes* andaluzas o hispanoamericanas registran también variantes interdetales y que no se presentan las mismas tendencias en implosivas. Pero no hay que olvidar que estas variantes no se identifican articulatoriamente con la interdental, miembro de la oposición funcional /s/θ/, y, en esa medida, no se perciben como representantes prestigiosas del sistema hispánico; por lo contrario, en muchas zonas han sido consideradas como formas vulgares o socialmente devaluadas.

Correlacionemos ahora la comparación dialectal con la diferencia social. En general, en el estudio de Lopez Morales, aparecen vinculadas la aspiración y la elisión con las clases más bajas del espectro social, aunque con una diferencia respecto del origen de los grupos. La aspiración parece correlacionarse con grupos de origen rural mientras que la elisión con grupos de origen urbano o capitalino.

Salvando las distancias cuantitativas, en el espacio de Lima los fenómenos de aspiración y elisión se desdoblán según las clases sociales: la aspiración resulta mayor en la clase culta mientras que la elisión o supresión del segmento, mucho mayor en la clase popular. Aunque la clase popular analizada es fundamentalmente urbana y capitalina, pues todavía no se ha analizado lo que pasa con la clase popular de origen rural, puedo adelantar que, por lo menos, la aspiración, al contrario de lo que ocurre en San Juan, se presenta como un fenómeno urbano y capitalino. Por otro lado, añadido el hecho de que los andinos tienden a preservar fuertemente la sibilante, que resulta más tensa y estridente o incluso se articula como ápico alveolar, pero no descarto la posibilidad de que ocurra elisión prepausal. El refuerzo que hasta ahora he alcanzado a observar parece ligado a la posición inicial de sílaba en interior de palabra y no estoy muy segura de que esto ocurra con la misma intensidad en la posición final. Quedan pendientes, pues, estas indagaciones para cuando se intente integrar los usos de los hablantes de las distintas procedencias no capitalinas.

En general, las posiciones preconsonánticas o implosivas, como ocurre con todo el conjunto consonántico en español, resultan proclives al debilitamiento y, más concretamente, a la velaridad, aunque ésta sólo sea una manifestación más frecuente en algunas zonas, y no la única manifestación posible como corresponde a fenómenos del tipo de la variabilidad.

Ahora bien, en las comunidades donde los procesos de elisión se encuentran muy avanzados, el debilitamiento se expande además hacia las posiciones más fuertes como las de inicio silábico o las prevocálicas.

Así en Lima, donde la /s/ registra todavía frecuencias muy altas de mantenimiento, el contexto más resistente es justamente el prevocálico, incluso cuando se trata de una implosiva natural, pues ésta queda convertida en posición inicial al reunirse con una vocal (*misamigos*)<sup>28</sup>.

En cambio, en la zona del Caribe todas las implosivas, incluso las prevocálicas por nexo sintáctico, cumplen intensamente el proceso debilitador. Añadido, en este contexto, datos de Becerra para Cartagena de Indias donde, incluso en los estratos sociales altos, pueden registrarse formas como:

es él	e-hél
ese es él	ese-hél
es otra	e-hótra
dos años	do-háño
nos alabamos	no-halabámos

- 
28. La mayor resistencia de -s en el contexto prevocálico ha sido observada por muchos investigadores, incluso en las zonas más debilitadoras como las andaluzas y las caribeñas. Baste mencionar a Alvar (1959, 1972, 1973), Rodríguez-Castellano y Palacio (1948), Navarro (1948), Canfield (1960), Malmberg (1965), López Morales (1983), Terrell (1978). En López Morales (1989, 88-89) se encuentran datos sobre esta tendencia, ejemplificados en el español del Rosario según Donni de Mirande (1987). Al lado de esto, presenta también tendencias contrarias hacia el mantenimiento mayoritario de la [-s] preconsonántica sobre todo en el Caribe: San Juan, Santiago de los Caballeros, Panamá, Buenos Aires (donde la aspiración está generalizada en todos los contextos según Terrell 1978) Las Palmas y Toledo [V. datos bibliográficos en López Morales *Ibid.*, 88-89].

donde lo interesante consiste en la separación silábica que coloca la forma aspirada como inicial de sílaba, aun cuando se trata de una [s] primitivamente implosiva o de final de palabra<sup>29</sup>. La aspiración comienza a formar parte de la palabra siguiente convirtiéndose, de esta manera, en el comienzo de una sílaba en su posición naturalmente fuerte, pero materialmente debilitada en la velaridad (cf. Becerra 1985 107-108).

### *Las vibrantes*

En español, como se sabe ampliamente, la vibrante simple /r/ y la vibrante múltiple /r̄/ forman entre sí una oposición neutralizable, en la medida en que sólo funcionan distintivamente en contexto intervocálico, pues allí diferencian significados (*caro* frente a *carro*, *pero* frente a *perro* etc). En todas las demás posiciones, ambos segmentos dejan de formar pares que puedan diferenciar signos lingüísticos. En otras palabras, si en posición intervocálica pueden constituirse signos diferentes sobre la base sólo de la variabilidad de [r] y [r̄], en las demás posiciones no es posible formar un solo par distintivo con el juego virtual o real de esos segmentos.

---

29. Aunque en otro contexto de indagaciones, conecto este hecho con los testimonios gráficos que ofrece Torreblanca (1989, 295) extraídos de la "Infancia de Jesu-Christo", texto dramático escrito por Gaspar Fernández Avila de Málaga: *las jorejas (la orejas) los ojos (los ojos)* que el autor interpreta como signos inequívocos de la aspiración en el siglo XVIII, testimonio más tardío, pero según el autor, más seguro que el caso aislado de *Sofonisa* presentado por Menéndez Pidal y discutido con razón por Salvador (1981). Lo que me interesa destacar de esta interpretación es el avance del proceso, más resistente ante vocal, pero a la misma vez su estabilidad en las zonas donde ocurrió. Así la grafía puede evidenciar, conservación de la aspiración con la grafía representante del sonido más cercano, pero incorporada a la palabra inicial restituyendo el patrón silábico (CV). Resulta interesante observar cómo esto no ocurre cuando la /s/ se une a una palabra que comienza con consonante: *las patas*, donde no se traduce gráficamente la aspiración. ¿Se trata de un caso de normalización sobre la base de una percepción muy baja del fenómeno en ese contexto? La frontera de la perceptibilidad del fenómeno parece coincidir justamente con el contexto intervocálico, el menos permeable al proceso.

Pero el concepto de neutralización y su complementario de archifonema no han sido suficientes para incorporar adecuadamente este hecho, cuando la distinción se suspende y la aparición de variantes se encuentra regulada, sobre todo en algunos contextos. Así en posiciones no distintivas los segmentos pueden ocurrir en principio de sílaba, formando o no formando grupo o en final de sílaba. Si aparentemente en final de sílaba puede ocurrir cualquier variante, en inicio de sílaba: principio de palabra (*rojo, rayo*) y tras n, l, s (*honrado, alrededor*) ocurre *normativamente* sólo la vibrante múltiple. En estos casos no faltan los autores que reconocen que, si bien la oposición es neutral, no forma par distintivo, y aducen que el segmento que ocurre es la vibrante múltiple perteneciente al fonema de la misma condición, sin sostener, como sería más coherente con sus postulados, que en verdad aquí se trata de una unidad neutral, un archifonema, que no contiene sino los rasgos [+ consonántico + vocálico] y eventualmente [- continuo]<sup>30</sup>, donde el rasgo de tensión o de tipo de vibración ha dejado de funcionar. Otros autores encuentran que las variantes de las posiciones implosivas pertenecen a la vibrante simple.

El problema reside en sujetarse al ideal de una unidad invariante y fija que constituya el patrón de la descripción y que, en este caso, no resulta claramente deslindable, mucho más ante la variabilidad que es posible encontrar dialectalmente en las distintas comunidades hispánicas y que la teoría no está preparada para subsumir.

En las posiciones generativas, el ideal de la unidad invariante se traduce en la búsqueda de estructuras subyacentes o de entidades

---

30. Utilizamos el rasgo [-continuo] según la tipología de Jakobson y Halle (1956 y 1965) aplicada después en el dominio hispánico por Alarcos (1965) y Quilis (1981) para caracterizar a las vibrantes simple y múltiple y oponerlas a las laterales. Sin embargo, tales caracterizaciones han sido discutidas por Chomsky y Halle (1968), incluso invertidas (como [-continuas] las laterales y [+ continuas] las vibrantes), y luego reformuladas a partir del rasgo lateral para diferenciarlas. Quilis ofrece, sin embargo, pruebas acústicas que refuerzan la primera interpretación, sobre la base de las vibrantes que efectivamente han ocurrido como no continuas, si bien esto no descarta el que en el plano fáctico podamos detectar vibrantes no laterales que ocurren como [+ continuas]. Con estas salvedades adoptaremos el rasgo de [continuidad] que, por ahora, se ajusta perfectamente a la visión fonológica que integra las fluctuaciones dentro de espacios de variabilidad.

abstractas idealizadas. Concretamente en esta línea las propuestas de Harris (1969, 1983) llevaron finalmente a la postulación de que cualquier variante lleva al segmento subyacente simple, incluso cuando fonéticamente aparece como múltiple, y de que, en todo caso, esa multiplicidad o refuerzo no es sino la expresión de una duplicación o geminación de la vibrante simple transformada en un solo segmento reforzado para atender a condiciones de silabicidad <sup>31</sup>.

En la postura que sostengo, que busca integrar la variabilidad fonética sin desvirtuar su existencia fluctuante, movable, tratando de comprender de modo más natural el funcionamiento real de las lenguas, las zonas funcionales no son unidades fijas, sino continuos cuyos límites pueden coincidir con fronteras en la capacidad significativa. Esas zonas involucran espacios de variabilidad permisible que a veces coincide con los límites funcionales o a veces se desajusta de éstos. La movilidad y el cambio sólo pueden entenderse si se admite la posibilidad de estos desplazamientos, graduales, no bruscos, incontrolados de una variante a otra según lo toleren los diferentes grupos en las distintas interacciones comunicativas. No es posible entender ese flujo del lenguaje, que es su condición de existencia, si no se opera con realidades conceptuales flexibles, que puedan contener naturalmente, sin violentar la coherencia interna de los principios, esos desplazamientos y esa movilidad.

El comportamiento de las vibrantes en español constituye uno de los casos en que se produce un desajuste entre la zona funcional de los significados representativos y los espacios de variabilidad permisibles. Veamos cómo.

---

31. En su teoría silábica, Harris (1983, 62-78) termina interpretando la forma múltiple intervocálica como secuencia geminada en una estructura subyacente separada de la siguiente manera: *per-ro* atendiendo a las reglas de silabeo del español según las cuales se escinden los segmentos de la misma manera que las secuencias heterosilábicas como *hon-ra-do*, *al-re-de-dor* pero fusionándose más adelante en un solo segmento superficial. Esta interpretación lleva a considerar que la vibrante múltiple debe asignarse a una sola forma simple, en algunos casos duplicada como grupo. Resulta extraño dentro del sistema español una separación silábica de esa naturaleza no sólo por su estructura sino por el hecho pragmático de su impronunciabilidad. ¿Vale la pena insertar una regla adicional en el sistema fonológico, que se adecúe a una forma inexistente dentro de ese sistema?

En primer lugar, no parece sensato negar que la posición intervocálica sea el único contexto posible para poner frente a frente signos lingüísticos distintos y, por lo tanto, podemos aceptar que se trata de dos zonas funcionales, delimitadas a partir de este criterio tradicional. Ahora bien, también parece claro que esas dos zonas definen dos espacios de variabilidad que no se intersectan, de modo que, por ejemplo, podamos debilitar la /r̄/ o de lo contrario reforzar la /r/, pero conservando los límites que separan las dos zonas de manera lo suficientemente nítida como para que no se produzca intersección o indiferenciación.

Pero ¿qué ocurre en todos los demás contextos donde nunca se produce distinción significativa?. Obviamente se difumina el límite entre las dos zonas funcionales, pero no ocurre lo mismo con los espacios de variabilidad, pues curiosamente éstos siguen respetando los límites establecidos por la funcionalidad y se diferencian claramente aun en las posiciones no distintivas. Así *rojo*, *honrado*, *alrededor* se pronuncian, en principio, de la misma forma que la [r̄] en *carro*, perteneciente a la posición distintiva. Al parecer, se ha producido aquí un efecto contrario al que ocurre en la neutralización, por ejemplo, del conjunto consonántico de implosivas, donde se abre la zona funcional y, al mismo tiempo, los espacios de variabilidad se amplían. En este caso, en cambio, la zona funcional desaparece, pero el espacio de variabilidad se conserva en sus límites primitivos. Así, si por un lado la pérdida del límite de la funcionalidad favorece la variabilidad, por otro, en relación con las vibrantes, sucede lo contrario: la pérdida de la funcionalidad contextual inhibe y restringe la variabilidad.

Pero cabe aclarar que esta inhibición no supone que en posición final de sílaba la variabilidad esté restringida. Lo que digo vale para la posición no distintiva de inicio silábico que registra variabilidad más escasa, pero sobre todo que conserva el límite propio de las zonas funcionales en situación distintiva. Quiero decir que en posición inicial puede registrarse variación, como de hecho se registra, y por otro lado también en la posición final, pero en uno y otro caso no se entrecruzan los espacios de variabilidad. De este modo no sorprenderá que en posición implosiva el espacio de variabilidad pueda incluir hasta la zona de las líquidas laterales como /l/ y pueda darse *velde*, *calne*, pero también *cahne* con velarización etc. Por otro lado, tampoco se des-

contará que la vibrante fuerte pueda hacerse uvular, fricativa múltiple, o tenga así su propio radio de variabilidad tolerada en diferentes dialectos.

Pero parece igualmente curioso que la forma asibilada, bastante extendida por muchas zonas hispanoamericanas y algunas españolas, pueda adscribirse a cualquiera de los dos espacios de variabilidad y sea justamente la que borre los márgenes separadores de las dos zonas. Así se puede encontrar asibilación en fin de sílaba (*arte, cantar*) o en inicio de sílaba, (*honrado, alrededor, rojo*) y, por supuesto, también en posición distintiva como en /*kaño*/, si bien tampoco resultará extraño que entonces la misma asibilación no se encuentre en la vibrante simple cuando esté en posición distintiva, preservando, de esta manera, por lo menos los límites de la zona funcional, el último reducto de su diferenciación. Conviene detallar, sin embargo, que las realizaciones asibiladas, que remplazan a la vibrante múltiple en cualquier posición, distintiva o no, resultan más tensas, fuertes, estridentes, mientras que las de final silábico tienden a ser menos tensas, levemente ensordecidas de modo que se sitúan más naturalmente en el ámbito de variabilidad consignado para la vibrante simple. Por distintos caminos, pues, parece reforzarse la separación de los espacios de ambos segmentos independientemente ya de su carga funcional significativa que, por lo demás, no resulta la más densa respecto de la de otras oposiciones en el sistema español. La movilidad de estos espacios surge sin embargo en ciertos dialectos, como el del español andino, sobre todo el peruano, donde la variante además está asociada a juicios valorativos determinados que controlan y modifican su producción.

### *Variantes*

Lo dicho anteriormente justifica la separación de un eje distintivo y un eje no distintivo para organizar la variabilidad de las vibrantes en español, teniendo en cuenta el poder diferenciador entre variantes tensas y no tensas, se relacionen o no se relacionen con la distinción significativa. No es ésta una contradicción. Hay que entenderlo más bien en el sentido de que aun cuando las unidades no se coloquen

frente a frente para discriminar significado léxico se delimitan espacios tolerables o regulares para las formas fuertes, en contra de las llamadas tendencias de debilitamiento. Desde el punto de vista distributivo, la vibrante múltiple tiene espacios más fijos, determinados, específicos, que no suelen ser invadidos por la vibrante simple.

Por el lado de los contextos de la vibrante simple, pueden registrarse formas de debilitamiento como la fricativización y también la elisión del segmento.

Pero la forma asibilada no puede considerarse necesariamente una forma debilitada, sino una modalidad distinta con sus propias características, que difícilmente puede caber en una supuesta escala de debilitamiento<sup>32</sup>. Las nociones de fuerza o debilidad son, a fin de cuentas, nociones relativas a los patrones de referencia del hablante y a sus hábitos articulatorios. Sólo la fricatividad, relajamiento o elisión podrían interpretarse de modo general como formas más débiles o menos tensas que las formas oclusivas o completamente articuladas.

Conviene primero tener una idea aproximada de la frecuencia relativa de los segmentos en el discurso, en este caso de los hablantes cultos, sin considerar la separación de los ejes distintivos.

---

32. Las escalas de debilitamiento plantean algunos problemas respecto de la interpretación de ciertas formas fonéticas. Si parece claro que los sonidos fricativos sean formas debilitadas respecto de los oclusivos, no se encuentra la misma claridad en la interpretación de la lateralización de las vibrantes, como bien anota López Morales (1983, 89) o de la asibilación (Caravedo 1987, 120). La estridencia y otros rasgos ligados a la asibilación, la distancian de los sonidos [+ vocálicos] propios de las líquidas, y la acercan a los [+consonánticos -vocálicos]. Por otro lado, también podría pensarse en una descarga de tensión, en la medida en que el sonido se produce como fricativo. Véase las propuestas de Vennemann (1972), aplicadas al español por Hooper (1973); las de Terrell para el tratamiento de las vibrantes (1976 b) y algunos comentarios a estas escalas respecto de fenómenos conflictivos (Caravedo 1983, 1987).

**Cuadro 37**  
**Total de variantes por entrevista**

	R	$\bar{r}$	r	┘	ř	ř̇	·	ø
1	846	77 9.10	626 74	93 11	4 0.47	—	23 2.71	23 1.71
2	728	56 7.69	290 39.8	359 49.31	—	1 0.13	12 1.64	10 1.37
3	791	90 11.37	542 68.52	113 14.28	30 3.79	2 0.25	14 1.76	—
4	723	73 10.09	334 46.19	287 39.69	2 0.27	5 0.69	13 1.79	9 1.24
5	734	73 9.94	248 33.78	380 51.77	29 2.58	1 0.13	4 0.54	9 1.22
6	709	82 11.56	310 43.72	284 40.05	10 1.41	7 0.98	1 0.14	15 2.11
7	618	61 9.87	195 31.55	345 55.82	1 0.16	—	—	16 2.58
8	760	92 12.10	567 74.60	55 7.23	42 5.52	—	2 0.26	2 0.26
9	780	67 8.58	378 48.46	324 41.53	1 0.12	3 0.38	2 0.25	5 0.64
10	650	62 9.53	335 51.53	226 34.76	8 1.23	2 0.30	—	17 2.61
11	570	33 5.78	335 58.77	176 30.87	5 0.87	2 0.35	—	19 3.33
12	620	42 6.77	396 63.87	155 25	13 2.09	3 0.48	1 0.16	10 1.61
T	8529	808	4556	2797	135	26	72	135

Como se puede apreciar, el cuadro total arroja superioridad avasalladora de [r] simple (53.41) y en segundo lugar, de ɹ fricativa (32.79). Muy distantes quedan las cifras de la vibrante múltiple (9.47) y más todavía de las variantes asibiladas, relajadas, ensordecidas y elididas. El ensordecimiento presenta un porcentaje tan escaso que no puedo considerarlo en las relaciones analíticas que presento más adelante. El cuadro individual resulta revelador respecto de las preferencias fónicas, si bien algunos informantes asibilan muchos más que otros. Las asibiladas cobrarán sentido cuando se correlacionen con la generación.

Pero estos cuadros sirven sólo para contar ciegamente las ocurrencias de las variantes previamente identificadas. Si sólo consideráramos la variabilidad puramente fonética, diríamos que la forma fuerte [r̄] registra sólo un 9.47 por ciento y que, por lo tanto, existe en el corpus una clara tendencia al debilitamiento. Pero la vibrante múltiple debe considerarse refuerzo sólo en posición no distintiva, porque una palabra como *perro* no debería interpretarse sino como manifestación normal. Todo me lleva, pues, a partir de la posición distintiva diferenciándola en el recuento para reconocer las nociones de refuerzo y debilidad como relativas y sujetas a consideraciones fonológicas básicas. Los cuadros examinados sólo pueden ofrecer la base o el universo de ocurrencias del que partimos, pero deberán de reorganizarse con los supuestos discutidos.

El bajo porcentaje de la múltiple se reinterpreta del modo siguiente. Implica que muy pocas veces ocurren las posiciones en que debe insertarse la r̄ múltiple y, probablemente, ese 9.47 por ciento indique además que, una vez presentada la posición, solo esa variante puede introducirse.

\*A partir de lo dicho, las variantes consideradas en nuestro corpus, que ocupan dos espacios distintos de variabilidad, tanto en el eje distintivo cuanto en el no distintivo son las siguientes:



Primero que nada hay que considerar el hecho de que la posición intervocálica distintiva es fundamentalmente una posición de inicio silábico, la posición por naturaleza más diferenciadora en el sistema español. De modo que no sorprende que sea en esa posición donde se concentre la capacidad distintiva de los segmentos y se separen más tajantemente los límites de diferenciación y de variabilidad.

Segundo, la aparente asimetría en el hecho de que la funcionalidad se suspenda tanto en contextos iniciales de sílaba cuanto en contextos finales o distensivos, se disuelve cuando se observa que justamente en posición inicial la variante que ocurre casi obligadamente en español resulta la vibrante múltiple, articulariamente más fuerte y tensa que la simple. Esto guarda íntima coherencia con el comportamiento diferenciatorio y las tendencias de reforzamiento adscritas, por lo general, a los contextos iniciales de sílaba. Son los finales o implosivos los contextos en que se permite una variabilidad más amplia que en todos los demás, independientemente ya del asunto poco claro de la distintividad.

Podríamos decir entonces, sin destruir nuestra separación bilateral entre dos tipos de contextos silábicos, que también en este caso, aparentemente aislado, los contextos de inicio silábico tienden a mantener restringida su variabilidad constituyendo casi una variación fija, mientras que los contextos finales registran variación móvil que va desde la articulación completa y oclusiva de la vibrante simple hasta su fricativización y elisión, e incluso en otros lugares su velarización y lateralización.

A la luz de tales consideraciones, el asunto de la funcionalidad, expresada a veces en pares mínimos o en signos cuya significación pende sólo de la mutación  $r/\bar{r}$  (*caro/carro*) (*careta/carreta*), parece un hecho circunstancial.

Examinémoslo más detenidamente. El hecho de que la funcionalidad se exprese en la distinción de significado no resulta categórico en la llamada posición distintiva. Y puedo decir que relativamente muy pocas veces se actualiza esa capacidad en signos lingüísticos diferentes que puedan ponerse frente a frente a partir de la mutación exclusiva de la vibrante simple y la múltiple (como en *careta/carreta*, *moro*)

morro). Existen muchos casos de vibrantes que aparecen en la llamada posición distintiva, pero que no pueden oponerse para formar otros signos, como *parece, mera, tierra, etc.*, por circunstancias tan inexplicables o extrañas como las que propician la expresión distintiva en diferentes palabras de la lengua española. Se dice, en algunos casos, que los pares mínimos son tan sólo producto de la capacidad distintiva, y que a veces basta que la mutación produzca la deformación del signo en cuestión para probar la funcionalidad. Pero esta salida parece un poco facilista, puesto que en el caso que comento, la secuencia *tiera* (en vez de *tierra*) no se hace incomprensible aunque puedo aceptar que se modifique. Pero ¿a qué se llama modificación? ¿acaso a la posibilidad de que la palabra varíe a partir de un patrón? Por ejemplo, si digo *rojo* en vez de *rojo* se habrá producido el mismo tipo de modificación que si digo *tiera*, y sólo en este último caso se habla de distintividad y no en el primero. Otro modo de solucionar el asunto puede darse a través de la convicción de que basta que una sola vez se produzca cambio significativo al conmutar un segmento para que se trate de un hecho funcional. Pero ¿cómo puedo compatibilizar esto con el hecho de que en casos de neutralización, cuando justamente se pierde la capacidad funcional, no se anule la diferencia significativa como en *Rad/Rat* para el alemán o *apto/akto, palto/parto*, para el español?.

Sobre la base de las anteriores apreciaciones he separado en el propio contexto de las intervocálicas entre las efectivamente distintivas (actualizadas en pares como *caro/carro*) y las potencialmente distintivas (que no se actualizan en pares mínimos como *parece, merece, amarrar* etc.) para observar si la variabilidad se reduce o se modifica ante la posibilidad, ciertamente remota, de que los pares confluyan en los mismos contextos y atenten contra la significación, o que simplemente el hablante los relacione paradigmáticamente en el momento de producir un enunciado.

Los cuadros siguientes no arrojan porcentajes independientes para cada grupo, de modo que puedan considerarse las diferencias debidas al factor social. En el capítulo destinado a la correlación sociolingüística comentaré tales diferencias que, por lo demás, no alteran de modo significativo el panorama.

Cuadro 38

## V-V distintiva

		/r̄/							/r/				
N	r̄	ɹ	ř	r	ø	N	r	ɹ	·	ř	ø		
44	39	2	1	2	-	608	587	6	11	-	32		
%	88.6	4.5	2.2	4.5	-	%	96.5	0.9	1.8	-	5.2		

Cuadro 39

## V-V no distintiva

		/r̄/							/r/				
N	r̄	ɹ	r	ř	ø	N	r	ɹ	r	ř	ð	ø	
285	266	7	9	3	-	2366	2322	24	15	-	10	54	
%	93	2.4	3.1	1	-	%	98	1	0.6	-	0.4	2.2	

A pesar de que, en principio, los resultados son muy semejantes, bien en posiciones con pares mínimos, bien en posiciones sólo potencialmente distintivas, en el sentido de la fijación tajante de los límites para cada una de las zonas, resulta de todos modos sorprendente que la variabilidad se tolere mínimamente más en los contextos distintivos con pares mínimos efectivos.

Resulta interesante observar que, en general, la mayor variabilidad recae sobre los contextos en que rige la vibrante simple. Cabe anotar que muchas de las palabras que ocurrieron aquí, y que podían constituir pares mínimos, funcionan como meros conectores o enlaces oracionales sin significado léxico con valor meramente fático o conectivo. El riesgo de que términos como *para, mira, ahora* se confundieran con *parra, mirra, ahorra* era ciertamente muy remoto.

En el discurso concreto el carácter distintivo que el hablante percibe no se concentra tanto en los fonemas mismos, ni siquiera en la palabra, sino que se difumina en otros estratos o aspectos del contexto oracional o textual. El método del par mínimo aísla las palabras, no las ve integradas en contextos más amplios. De este modo, las oposiciones tienen sólo valor virtual. Pero en el caso de las vibrantes, a veces, ni siquiera potencialmente se cumple el juego binario. Debo concluir que lo debilitado, pese a ser potencialmente distintivo, como lo probaría la existencia de pares mínimos, tiene pocas posibilidades de actualizarse en el juego funcional de oposiciones distintivas. Lo que tradicional o teóricamente se conoce como distintivo adquiere otros valores en el discurso realizado.

Al margen de las consideraciones sobre los significados, aun cuando los porcentajes del debilitamiento asciendan ligeramente en la *r* simple distintiva, la frontera que separa la variabilidad de la *r* múltiple y de la simple no se desdibuja. Con esto quiero reforzar la hipótesis según la cual la posición intervocálica virtual o efectivamente distintiva rige y ordena la variabilidad, aunque este hecho pueda desajustarse un poco más cuando se trata del grupo popular, como lo mostraré más adelante.

Pero las intervocálicas no resultan infrecuentes respecto de la aparición de esos segmentos en otros contextos no distintivos. Por ejemplo, para el grupo popular extraje los siguientes resultados:

**Cuadro 40**  
**(Grupo popular)**

V-V	# -	-C	-//	grupo	N
609	134	807	81	409	2040
29.8	6.5	39.5	3.9	20.0	%

### Intervocálicas

N	/r/	/r̄/
609	495 81.2	114 18.7
2040	24.26	5.58

En el cuadro anterior se aprecia que el 29 por ciento de apariciones de las vibrantes corresponden a la posición intervocálica, mientras que el porcentaje mayoritario corresponde en este caso a la situación implosiva y en segundo lugar al grupo tautosilábico. En cambio, las posiciones fuertes de inicio de sílaba presentan sólo un 6 por ciento.

Por otro lado, cuando separé las intervocálicas obtuve un porcentaje casi total, en el sentido probabilístico, de aparición de la vibrante simple, mientras que la vibrante múltiple ocupa un espacio mucho menor en el universo de frecuencias relativas.

En este sentido, existe una indudable conexión entre posición distintiva de tipo intervocálico y probabilidad de aparición de la vibrante simple. No es raro suponer que esta conexión favorezca su variabilidad relativa. En cambio, la bajísima frecuencia se conecta con la aparición de la vibrante reforzada o múltiple, que se transmite a todos los contextos iniciales cuando no son distintivos. Pero cabe subrayar que la baja frecuencia de esa variante no se debe a la proporción de los propios contextos intervocálicos sino al hecho de que en estos contextos existan menos palabras diferenciadas léxicamente a partir sólo de la vibrante múltiple. Aunque la capacidad diferenciadora de esta forma resulta ostensiblemente débil, articulatoriamente está más fijada, menos variable, más particularizada que la simple dentro del sistema español. Lo que demuestra hasta qué punto la naturaleza de los hechos fonéticos no está necesariamente ligada a su frecuencia ni tampoco a su funcionalidad. Falta mucho que investigar en el orden de la perceptibilidad de la producción y del acomodo de los fenómenos fonológicos contextuales para servir a la significación.

Otra forma de considerar la posición intervocálica, cuando se atiende a los grupos fónicos independizados por pausa, es el enlace sintáctico, cabe decir, la unión entre el fin de una palabra y el comienzo de otra. Tal combinación, aunque puede llamarse intervocálica, no funciona distintivamente y correspondería al eje no distintivo. Aquí encuentro dos posiciones de *r* final de palabra en contacto con una vocal inicial (*resolver el problema*) e inicio de palabra, normalmente manifestado como múltiple, en contacto con la vocal final de la palabra antecedente (*larazón*). En primer lugar, separo ambas variantes simple y múltiple, ya que la múltiple no varía casi nunca hacia la vibrante simple y viceversa, de modo que los casos en que ocurre la vibrante múltiple ésta sólo apareció en su posición restrictiva al comienzo de palabra y la simple, junto con todas las variantes debilitadas, ocurrió sólo en posición final de palabra.

Cuadro 41

V-V externa

$\bar{r}$	r	l	r	ø	ř	
278	146	282	6	12	9	= 733
↓		455 (62.07 por ciento)				
99%	32.08	61.97	1.31	2.63	1.97	
		3.88 (12/309)				
		309 (67.9 por ciento)				

El cuadro anterior permite ver que el más alto porcentaje corresponde a la variante fricativa y en segundo lugar a la variante plena, pero simple. Cabe decir, existe una tendencia más pronunciada a relajar la articulación plena de la vibrante simple en situación de enlace sintáctico correspondiente al fin de palabra. Aprecio además un porcen-

taje bajo, pero significativo de asibilación y de elisión final. Todas las variantes debilitadas o modificadas de *r* plena hacen un porcentaje de 67.9 por ciento. Véase cómo en las intervocálicas canónicas internas, sean distintivas o no distintivas, la fricatividad fluctúa sólo entre el radio de 5.52 y 2.48 por ciento (v. *infra* cuadros 48 y 49). Pero hay que tener en cuenta que la posición de la múltiple representa un comportamiento normal en principio de palabra. En unos dos casos esta *r̄* se presentó como *r*, pero nunca a la inversa: la múltiple no invadió el espacio de la simple. Si calculáramos la elisión sobre el monto de fricativas obtendríamos un 3.88%.

No cabe duda de que la posición ligada a la vibrante simple favorece su variabilidad, en este caso, en la forma de debilitamiento fricativo, y que éste es mayor en intervocálicas artificiales producidas por el nexa del discurso, naturalmente implosivas o de fin de sílaba, que no actúan en el eje distintivo.

Tomando como referencia la palabra, la posición inicial se encuentra en los siguientes contextos:

- a. en inicial absoluta
- b. en linde o enlace sintáctico
- c. tras l, n, h, etc.

a. Inicial absoluta.- Se considera una posición privativa de la variante fonética múltiple en contexto de inicio de palabra, si bien considerando el discurso reconocemos las siguientes posibilidades en este contexto: inicial absoluta después de pausa (*rosa*), inicial de palabra conectada con el sonido final de la palabra anterior (*debo resolver*). Aquí hablaré sólo de la inicial de palabra después de una pausa. En esta posición, de 58 ocurrencias el 87.93%, se realizaron como múltiples o reforzadas (51/58). El restante 12.06 por ciento (12/58) ocurrió como vibrante simple.

b. Enlace sintáctico.- He separado la posición inicial integrada al contexto fónico más amplio como en: *esderekonocer, otrorekerimiento*. Casi el 100 por ciento ocurrió como variante reforzada. Hubo unos dos casos aislados de vibrante simple. De acuerdo con los datos, la tendencia a reforzar la posición inicial de palabra no se pierde cuando la

palabra se interna en el discurso y adquiere carácter de intervocálica. Todo esto me lleva a considerar relevante la sílaba más que el criterio de palabra o el contexto fonético inmediato, en el caso de las vibrantes. Al integrar la posición absoluta con la que estoy considerando, obtuve 336 ocurrencias de *r*, de las cuales 276 se colocan en posición interna y sólo 58 (18.75 por ciento) se realizan como absolutas seguidas de pausa.

c. La variante reforzada suele ocurrir también tras *l*, *n*, [h] en interior de palabra. Aquí se trata de una posición interna explosiva. No he registrado casos de debilitamiento en esta posición y si alguno que otro de asibilación, sobre todo después de *l* y *n*. Interesa destacar cómo en algunos casos se produce contacto entre la vibrante inicial de palabra y *l*, *n*, *s* en final absoluta: *lacaciónrecuerdas?* [la kaŋsjóŋrekwérðas] *mantelrayado* [mantelrayá ðo] *loasreconocido* [loáhrekonosi ðo]. En el caso del fonema *s*, la vibrante múltiple ocurre cuando la *s* se realiza como aspirada. Igualmente hemos de diferenciar la posición interna de la externa.

Cuadro 42  
Tras *l*, *n*, [h] en posición externa

$\bar{r}$	r	ɹ	r̄	ø	ř	N
142	6	3	1	—	7	159
89.30	3.77	1.88	0.62	—	4.40	%

Como vemos, la incidencia de la vibrante múltiple en este contexto resulta casi absoluta: 89.30 por ciento. A mucha distancia, pero en segundo lugar, aparece la forma asibilada y en tercer lugar la variante simple. No se registra ni un solo caso en forma elidida. En general, encontramos que en inicio de palabra se generaliza la vibrante múltiple aun cuando se encuentre en posición interna, con mayor tendencia hacia la asibilación según el segmento posterior y hacia la vibrante simple en intervocálica.

## Grupos consonánticos

Consideraré grupo a toda combinación de consonantes (a) formando una sola sílaba (grupo tautosilábico), o (b) formando parte de dos sílabas diferentes colocadas en situación contigua (grupo heterosilábico). En el primer caso tenemos por ejemplo: *trazo, brazo, grasa* etc., y en el segundo, *alrededor, honrado, Israel*, etc. En el grupo tautosilábico, *r* ocupa el interior de la sílaba. Unida a *n, s, l*, implosivas constituye inicio de una nueva sílaba. Las dos combinaciones se singularizan en el esquema *CCV (CrV)* y no requieren la información de la palabra. El grupo tautosilábico siempre se presenta al inicio o en el medio de una palabra; nunca al final; por lo tanto, no podrá enlazarse sintácticamente con una nueva palabra, como ya lo mostré antes, distinto es el caso del grupo heterosilábico que puede aparecer en posición externa (*mantelrayado*).

Abordaré aquí sólo los grupos tautosilábicos, individualizándolos según las diferentes consonantes que pueden combinarse con *r*: *p, t, k, b, d, g, f*, para averiguar si se produce algún condicionamiento por el tipo de segmento. El grupo *tr*, asibilado en ciertas regiones hispanoamericanas y españolas, ha sido ampliamente estudiado (V. Alonso 1953 b, Lenz 1949, Malmberg 1965 etc.). Según Alonso, se trata de un fenómeno hispánico general más que americano. Posteriormente, Malmberg termina integrándolo a las tendencias simplificadoras de los grupos consonánticos en el español, diferenciándolo del proceso asibilatorio general. Para este autor, normalmente se pueden producir dos soluciones: una simplifica el grupo fusionándolo en una unidad africada *tra*. La otra, hace ingresar una vocal parásita, rezago del elemento vocálico de *r* (v. tb. Quilis 1981: 296) (*tʳa*). Por ambos caminos, se trata de alcanzar el ideal silábico (CV - CV). Como se apreciará en el cuadro siguiente, las ocurrencias asibiladas se encuentran mayormente en contacto con *t*, pero respecto de las ocurrencias absolutas de *tr* (908), la asibilación representa un 12.88 por ciento, cabe decir dista mucho de ser mayoritaria. El ensordecimiento de la vibrante produce un sonido muy cercano a la asibilación y a veces se combina con ese rasgo. El mayor porcentaje de ensordecimiento corresponde también al grupo *tr*.

**Cuadro 43**  
**Grupos tautosilábicos**

	ř	r	ʝ	ʀ	ø	ř̃	r	N
pr	3 0.54	341 62.45	192 35.16	4 0.73	4 0.73	1 0.18	1 0.18	546
tr	3. 0.33	417 45.92	346 38.10	5 0.55	8 0.88	117 12.88	12 1.32	908
kr	-	107 83.59	19 14.84	1 0.78	1 0.78	-	-	128
br	1 0.46	115 52.99	95 43.77	4 1.84	4 1.84	1 0.46	-	217
dr	1 0.89	62 55.35	47 41.96	-	1 0.89	1 0.89	-	112
gr	3 1.17	119 46.48	119 46.48	2 0.78	9 3.51	4 1.56	-	256
fr	-	60 58.25	34 33.00	2 1.94	-	-	7 6.79	103
T	11 0.48	1221 53.78	852 37.53	15 0.66	27 1.18	124 5.46	20 0.88	2270

En líneas generales, el cuadro anterior muestra la significativa superioridad de vibrantes simples y la inferioridad de las múltiples. De 2270 casos de grupos tautosilábicos con *r*, el 53.78 por ciento se realizó con vibrantes simples. Sin embargo, el porcentaje de fricativas es considerable (37.53 por ciento). En tercer lugar, muy distante, pero representando la cifra superior de variantes modificadas, la forma con asibilación ocurre un 5.46 por ciento. Conviene anotar que esta cifra supera las proporciones de asibiladas en todos los contextos. Hubo elisión, pero muy baja (1.18).

Veamos qué ocurre cuando se aísla cada uno de los segmentos. La vibrante simple sigue representando la mayoría de ocurrencias en los segmentos vistos separadamente. Sin embargo, el primer lugar lo ocupa el grupo *kr*, que consecuentemente presenta muy baja fricativización (14.84), la más baja de todas las vibrantes de grupo tau-

tosilábico. Las ocurrencias más altas de fricativas se presentan en el conjunto correlativo *bdg*. En este grupo resulta mayor el porcentaje de elididas, sobre todo en el grupo *gr*<sup>33</sup>. Por otro lado, *tr*, en su propia correlación *ptk*, tiene un comportamiento singular: presenta menor frecuencia relativa de variante simple, mayor fricativización y el más alto porcentaje de asibilación (12.88 por ciento). La *f* se coloca en el rango de las otras sordas al favorecer la frecuencia de la variante simple y la disminución de las ocurrencias fricativas. Parece que el ensordecimiento favoreciera el refuerzo o plenitud representado por [r] y la sonoridad, la fricativización y pérdida del segmento. Además si accedemos a considerar la asibilación como refuerzo, resulta explicable que sea mayoritaria en combinación con el fonema sordo /t/.

### Contextos finales

Como se sabe, todos los contextos finales se adscriben al eje no distintivo donde, virtualmente, como ocurre con casi todas las consonantes españolas, los espacios de variabilidad se expanden.

Ahora bien, la posición implosiva puede situarse en interior de palabra (*arte*) o en final de palabra (*cantar*) que, a su vez, puede situarse antes de pausa o conectarse con la consonante inicial de la palabra siguiente (*elpoderdeldinero*). En muchos casos, desde el punto de vista del enlace discursivo, la implosiva final como *cantar* se une con una

---

33. En el análisis de los grupos tautosilábicos, Terrell encuentra un condicionamiento de los segmentos anteriores para producir debilitamiento, si bien los segmentos, como en nuestro caso, tienden también a presentarse como simples, con mucha mayor nitidez que lo que revelan nuestros datos (87 por ciento de mantenimiento frente al 53 por ciento del corpus de Lima). En sus datos las combinaciones con los sonidos sonoros: *br*, *dr*, *gr*, inducen al debilitamiento. Salvo el dato aislado del grupo *tr* y de la interpretación que demos a la asibilación, nuestros datos describen el mismo comportamiento en contigüidad con los segmentos sonoros. Pero la afirmación de que los sonidos dentales favorecen más el debilitamiento no puede sustentarse para interpretar los datos de Lima, donde si bien los sonidos dentales propician el debilitamiento, el índice de fricativas es mayor, todavía después de velares.

palabra que comienza con vocal, en cuyo caso se produce una intervocálica como en *cantar/una canción*. Estos casos los he tratado como intervocálicos externos y me remito a los cuadros donde consigno muy alta fricatividad y relajación (cf. *supra*, cuadro 41). Si en el corpus limeño respecto de la sibilante el contexto más resistente al debilitamiento era el prevocálico, incluso en situación de enlace, en el caso de la vibrante las tendencias al debilitamiento en este mismo contexto son mucho más acentuadas, lo que parece indicar un proceso que, por lo menos en Lima, se encuentra más generalizado contextualmente y, en consecuencia, resulta más tolerado que el proceso de debilitamiento de la sibilante.

Observemos lo que sucede con las posiciones implosivas no modificadas por enlace discursivo, sean internas o externas, para luego presentarlas separadamente, pero todavía sin establecer diferencias sociales.

Cuadro 44

Implosivas Generales

N	$\bar{r}$	r	ɹ	ř	ø
3304	107	721	2113	20	343
%	3.2	21.8	63.9	0.6	10.3

El cuadro arroja cifras muy claras respecto de la mayoritaria fricatividad en posición implosiva, de modo que la variante canónica queda desplazada a un segundo lugar bastante alejado. Aunque su porcentaje dista mucho de ser determinante, la elisión constituye una manifestación cualitativamente significativa, sobre todo cuando se confrontan los grupos sociales analizados. Las tendencias de fricatividad resultan equiparables a la que se produce en implosivas intervocálicas, tal como se vio anteriormente (cf. *supra* cuadro 41).

Separadas las implosivas internas en el grupo culto, el panora-

ma no varía, pues la fricatividad resulta siempre mayoritaria en casi igual medida, si bien la elisión decrece de manera ostensible pues no he considerado aquí al grupo popular.

**Cuadro 45**

**Implosiva interna**

	ĩ	r	ɹ	·	ř	ø	N
N	37	410	1012	8	4	56	1527
%	2.42	26.85	66.27	0.52	0.26	3.66	
\ ø/5 1068 / 69.9% /							

De un universo de 618 casos de vibrantes preconsonánticas, extraigo los siguientes resultados:

**Cuadro 46**

**Implosiva externa**

r	r	L	·	ř	ø	N
24	193	354	8	4	35	618
3.88	31.22	57.28	1.29	0.64	5.66	%
\ ø/9 389 (62.94) /						

Las cifras confirman las tendencias hacia el debilitamiento manifestado en las fricativas. Pero se observa un ligero descenso de la fricatividad, consecuentemente con un leve aumento de ocurrencias

de la variante neutra simple. Aquí también se nota el aumento de porcentaje de formas elididas (5.66), significativo si tenemos en cuenta que no existe riesgo de interferencias con formas muy recurrentes como *porque*, y más aún si su porcentaje se aplica sobre el total de fricativas (8.9 = 9 por ciento).

Por otro lado, si tomamos en cuenta los porcentajes de implorativas internas (v. cuadro 45), notaremos que las externas tienden –aunque muy levemente– a favorecer las variantes elididas; en cambio, las internas favorecerían la fricatividad. Tales tendencias se manifiestan coherentes con el ritmo inverso de los procesos. A la misma vez, se mantiene más la *r* externa que la interna. Similar efecto –aunque cuantitativamente más significativo– se observa en Panamá (v. cuadros 64).

*Final absoluta.* Las tendencias se muestran coherentes con los resultados en los cuadros anteriores, según se desprende del siguiente cuadro:

Cuadro 47

Implorativa Prepausal

$\bar{r}$	r	ɹ	ř	ɽ	ø	N
39	36	176	10	5	3	269
14.49	13.38	65.42	3.71	1.85	1.11	%

Otra vez se pone en evidencia el altísimo, casi mayoritario porcentaje de fricativas. El índice de resistencia decrece significativamente respecto de los resultados anteriores. Pero curiosamente aumentan las ocurrencias de la vibrante múltiple reforzada, dejando atrás a las ocurrencias elididas y asibiladas. Sin embargo, comparativamente con las otras posiciones, la asibilación describe un aumento.

En conclusión, en lo que respecta al condicionamiento contextual, no existen, a mi modo de ver, diferencias ostensibles respecto del

comportamiento regular de las consonantes en los dos tipos de contextos analizados, extraída la circunstancia de que se trata de una oposición con un solo contexto distintivo. En general se mantienen más fijos los contextos iniciales representados por la vibrante múltiple y, en consecuencia, la variabilidad resulta más estrecha y restrictiva, y mantiene la separación entre las dos zonas, aun cuando no se trate de un contexto distintivo como el inicial de palabra. Por otro lado, los espacios de variabilidad crecen, las variantes se debilitan en contextos finales de sílaba cualquiera que sea su situación en la palabra y en el discurso. Todos estos hechos se muestran perfectamente naturales respecto de los procesos ampliamente reconocidos para todo el español.

Ahora bien, en el sentido fonológico general, si la tensión o la multivibración diferenciaba dos zonas funcionales en posición intervocálica, esa diferenciación se traslada a las posiciones fuertes de inicio de sílaba (*radio/honrado*) y sólo se indiferencia en posición implosiva, donde puede ocurrir cualquiera de las variantes antes separadas en los dos espacios. Esquemáticamente, utilizando rasgos acústicos, las diferencias se expresarían del siguiente modo:

*contexto inicial*

$\bar{r}$      $\check{r}$  /  $r$  ɹ  $\emptyset$   
 [+ tenso] [- tenso]

*contexto final*

$\bar{r}$   $\check{r}$  h r ɹ  $\emptyset$   
 [x tenso]

La variación dialectal de la múltiple hacia la uvular en Puerto Rico, o hacia la asibilada en el Perú y otras zonas hispánicas, ingresa en el ámbito de la variabilidad de la múltiple cuando está en posiciones fuertes de inicio silábico. En posiciones de fin de sílaba la separación se elimina y puede ocurrir una gama más amplia de variantes, las propias asibiladas y velarizadas (aspiradas), aunque con menor tensión, dada la posición donde aparecen. Con esta interpretación el fenómeno encaja perfectamente en los cuadros generales de modo que el contenido acústico comparado con el comportamiento de todo el eje consonántico se podría expresar así:

## Contextos finales

		p	f	b	β	t	d	ð	s	k	g	γ	x	r	ĩ
rasgos diferenciadores	cons.	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+
	voc.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	+	+
rasgos indiferentes o variables	denso	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
	grave	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
	cont.	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
	sonoro	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
	tenso	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x

donde lo único que marca la diferencia de espacios de variabilidad es el rasgo vocálico positivo en las vibrantes, como líquidas, y negativo en las demás consonantes mencionadas. Todas las diferencias de orden articulatorio, de sonoridad, tensión, lugar y modo de articulación resultan indiferentes desde el punto de vista fonológico, aunque probablemente se estratifiquen, y se separen cuando se particularicen o se actualicen las formas en los distintos espacios sociales, dialectales, situacionales.

No dejo de destacar que en algunos lugares puede relajarse la frontera entre las consonantes líquidas vibrantes y las demás, produciéndose [+ consonante x vocal], cuando ocurren variantes velares o uvulares que acercan las zonas de /s/ por un lado con las de /r/ por otro entrecruzando dos espacios de variabilidad. Se trata de los casos de velarización o aspiración de [r] implosiva, en las zonas del Caribe, Canarias (cf. López Morales 1965, Alvar 1972)<sup>34</sup>

34. La aspiración constituye un punto de contacto entre distintos segmentos referenciales. López Morales (1965) postula un archialófono o variante común a dos fonemas como /s/ y /r/ en *ihla* (isla), *ihla aβér* (irla a ver), perfectamente compatible con la idea que sostengo acerca de la coincidencia o fusión de los espacios de variabilidad. Estos entrecruzamientos han sido encontrados también por Matluck (1961). Y Alvar (1972, 156) encuentra la realización velar de las vibrantes en Canarias. De Granda (1977, 133) encuentra un proceso similar en San Juan de Micay, pero referido a r/l/s, según se infiere de sus ejemplos: puesta/puelta (puerta); perka, pelka (pesca); y asto, arto (alto), donde se producen entrecruzamientos.

## Correlación sociolingüística

¿Cómo se insertan esos procesos generales a lo largo de la coordenada social en el dialecto que analizo y en los distintos contextos, vistos anteriormente sin diferenciaciones?

Pasemos a observar cuantitativamente los contextos iniciales separando primero los intervocálicos distintivos en los dos grupos analizados. Observemos primero el grupo culto.

Cuadro 48

### V-V distintiva (Grupo culto)

/r/	ř	ɹ	·	ř	ø
25	513	6	11	—	13
100%	94.47%	1.10%	2.02%	—	2.39%
	Subtotal: 30				
	5.52%				

tos entre las zonas de las líquidas y de la sibilante pero, al parecer, no concurren en la forma velar. Habría que indagar si al neutralizarse /r/ y ocurrir como /s/ se hace posible la materialización de la aspirada, que forma parte de su espacio de variabilidad.

Cuadro 49

V-V no distintiva  
(Grupo culto)

/r̄/	r	ɹ	ʀ	ʁ	∅
190	1922	24	15	5	5
100%	97.51%	1.21%	0.76%	0.25%	0.25%
	Subtotal: 49 2.48%				

Como ya he comentado, las diferencias entre la distintividad potencial y efectivamente realizada en pares mínimos no parece afectar de modo significativo el comportamiento de las zonas funcionales, mucho más si consideramos que en las posiciones iniciales no distintivas el comportamiento de la vibrante múltiple es semejante. Resalta, no obstante, en el grupo culto, la fijación de la forma canónica y estandarizada de la vibrante múltiple, mientras toda la variabilidad se concentra en relación con la vibrante simple, que puede fricativizarse, aunque con porcentajes mínimos, insignificantes. En ambos casos la variabilidad aumenta, pero muy levemente, en las posiciones efectivamente distintivas.

Observemos el comportamiento de las zonas funcionales en el grupo popular:

Cuadro 50

V-V distintiva  
(Grupo popular)

/r̄/					/r/				
N	r̄	ɹ	ř	r	r	ɹ	ř	ø	N
19	14	2	1	2	74	-	2	19	95
%	73.6	10.5	5.2	10.5	77.8	-	2.1	20	%

Cuadro 51

V-V no distintiva  
(Grupo popular)

/r̄/					/r/					
N	r̄	ɹ	r	ř	r	ɹ	ř	δ	ø	N
95	76	7	9	3	340	-	1	10	49	400
%	80.0	7.3	9.4	3.1	8.5	-	0.2	2.5	12.2	%

La comparación produce matices dignos de destacarse. Se aprecia una extensión de los espacios de variabilidad en las dos zonas funcionales. La vibrante múltiple canónica deja de representar un espacio tan fijo y se expresa debilitada en la forma de fricativa múltiple. Por otro lado, la zona de la vibrante simple, aunque siempre representada mayormente por la variante canónica, se elide en porcentajes notablemente mayores que en la clase culta, donde la elisión resulta muy baja en estos contextos. Sorprende que este fenómeno se exprese de modo más pronunciado en el grupo popular cuando se está en posición distintiva actualizada en pares mínimos y decrezca en la posición distintiva virtual, acentuando, sin embargo, el mismo tipo de mani-

festaciones expresadas de modo mucho más débil en el grupo culto. Al parecer, la posición distintiva no constituye un freno para inhibir el debilitamiento de la vibrante simple.

En el grupo popular encontramos también algunos entrecruzamientos entre los distintos espacios de variabilidad, pues la vibrante simple puede ocurrir en los espacios de la múltiple, aunque no viceversa, en la medida en que la vibrante simple, cuando varía, tiende más hacia la elisión o supresión. En este sentido, si la variabilidad resulta más amplia en este grupo, existen todavía ciertas fronteras entre ambos espacios expresados en las frecuencias mayoritarias de las variantes canónicas y en sus respectivos topes de variabilidad que, en el caso de la variante múltiple, pueden llegar hasta la vibrante simple o la múltiple fricativa, y en los de la vibrante simple, hasta la desaparición total del segmento. Es natural que la variabilidad se amplíe conforme se baje el espectro social donde la influencia de los patrones escritos y escolares resulta más débil, pero también es sorprendente cómo incluso en este punto extremo del espectro social el mantenimiento de las diferencias sigue manifestándose lo suficientemente intenso, incluso cuantitativamente, como para preservar las fronteras funcionales o los espacios de variabilidad, independientemente ya de la existencia o no existencia de pares mínimos.

Examinemos el fenómeno a partir de los ejes no distintivos en los contextos preconsonánticos y prepausales considerados como favorecedores de la variabilidad.

Cuadro 52

Posición implosiva  
(Grupo culto)

	ĩ	r	ɹ	·	ř	ø	N
N	100	639	1542	21	18	94	
%	4.14	26.47	63.87	0.86	0.74	3.89	

Cuadro 53

Posición implosiva  
(Grupo popular)

N	ř	r	ɹ	ř	ø
890	7	82	550	2	249
%	0.7	9.2	61.7	0.2	27.9
			/ø = 799 89.7		

Las diferencias más saltantes entre ambos grupos se sitúa en torno a las frecuencias de la elisión por un lado y del refuerzo, por otro. Debajo de las semejanzas en orden a la fricatividad, podemos considerar como refuerzo a la emisión de la [r] simple plena, de modo oclusivo y, por supuesto, a la vibración múltiple que pueda ocurrir en estos contextos débiles. Por otro lado, consideraré debilitamiento a la fricativización y elisión. Interpretados así los resultados, el grupo culto presenta tendencias superiores de reforzamiento frente al grupo popular que presenta un porcentaje relativamente alto de elisión que hace junto con la fricativización un 89 por ciento de variantes debilitadas frente al 67 por ciento del grupo culto. En ambos casos, sin embargo, las tendencias hacia el debilitamiento se manifiestan con fuerza, relativizada y distribuida con diferente intensidad en cada uno de los grupos.

Aunque virtualmente las implosivas provoquen una ruptura de las zonas funcionales, no puede negarse el hecho evidente, por lo menos en estos datos que manejo, de que los espacios de variabilidad aparentemente más abiertos se cierran y se restringen fácticamente hacia la producción de variantes fricativas y sobre todo hacia la eliminación de todo segmento en estos contextos. No quiero significar con esto que se trate de una dirección obligatoria hacia la desaparición de las formas implosivas, sino sobre todo de cómo se organizan, se definen y se distribuyen las distintas preferencias según los grupos sociales y las diferentes comunidades en una suerte de mutabilidad estable

en la infinitud de universos comunicativos, relativamente tolerada, a pesar de la presión de las distintas normatividades que actúan en los grupos sociales cultos o representativos de los niveles superiores de la sociedad. La presión, por lo demás, no se recibe ni se emite de modo uniforme ni explícito y constituye un hecho muy subjetivo y particularizador que tiene que ver con el tipo de relaciones entre los grupos y que debería analizarse por separado y con herramientas metodológicas de muy distinta naturaleza.

En este contexto de ideas, el caso de la variante asibilada me permite deslizar algunas interpretaciones más allá del mero resultado cuantitativo. En efecto, como hemos podido observar en los cuadros, las frecuencias de las asibiladas en los grupos originariamente limeños resulta muy baja. Pero, con todo, el grupo culto parece tolerar un poco más la forma asibilada, lo que resultaría sorprendente si aceptamos que esta forma ha sido asignada sobre todo a los hablantes del castellano andino, subvalorado por los grupos limeños cultos.

Sin embargo, cuando ordené los resultados de la aparición de asibiladas por contextos, encontré que la asibilada ocurría, dentro de su escasa frecuencia, mucho más en posición prepausal, como se infiere del siguiente cuadro:

Cuadro 54

	total	-C		-V	-//
		externa	interna		
$\bar{r}$	4.14	3.88	2.42	-	14.4
$\bar{r}$	0.74	0.64	0.26	1.97	3.71
r	26.47	31.22	26.85	32.8	13.38
┘	63.87	57.28	66.27	61.97	65.42
ø	3.80	5.66	3.66	2.63	1.11
	ø/┘ = 5.67	ø/┘ = 8.99	ø/┘ = 5.24	ø/┘ = 3.88	-

No son muchos los casos en que una vibrante puede ocurrir al final de una secuencia discursiva o ante una pausa más o menos larga, pero aun así las asibiladas no ocurrían en todos los casos, de modo que imaginé que la razón podía buscarse estratificando el grupo en la dimensión generacional.

Cuadro 55

N	$\bar{r}$	r	┘	ř	·	ø
2903 1a. G.	257 8.85	1622 55.87	891 30.69	27 0.93	37 1.27	58 1.99
2855 2a. G.	274 9.59	1155 40.45	1336 46.79	23 0.80	19 0.66	39 1.36
2771 3a. G.	277 9.99	1779 64.20	570 20.57	85 3.06	16 0.57	38 1.37

Hecho esto, queda claro que aun cuando la aparición de asibiladas fuera escasa, se concentraba en la tercera generación, que concomitantemente mostraba también un índice más alto de reforzamiento. Cuando crucé los resultados con el factor de sexo encontré que los hombres asibilaban más que las mujeres en este mismo contexto. La asibilada que ocurre aquí constituye una forma fricativa larga y muy ensordecida y, al parecer, actúa como una suerte de sustituyente del refuerzo de una vibrante múltiple y como indicador de fin de secuencia discursiva.

Cuadro 56

8529	1574 1ª G. 1329		1398 2ª G. 1457		1220 3ª G. 1551	
	M	H	M	H	M	H
$\bar{r}$	133 8.44	124 9.33	128 9.15	146 10.02	95 7.78	182 12.18
r	916 58.19	706 53.12	573 40.9	582 39.9	670 54.9	1,109 71.5
ɹ	452 28.71	439 33.03	669 47.85	667 45.77	402 32.95	168 10.8
ɻ	4 0.25	23 1.73	2 0.14	21 1.44	13 1.06	72 4.64
ɽ	35 2.22	2 0.15	2 0.14	17 1.16	— —	16 1.03
∅	33 2.09	25 1.88	21 1.50	18 1.23	36 2.95	2 0.12

Ahora bien, parece sintomático que esta forma desaparezca en las generaciones jóvenes que casi nunca asibilan y tienden más al debilitamiento o relajamiento de la vibrantes finales. No parece extraño que este comportamiento se relacione con el aumento de la fuerza migratoria en Lima, sobre todo de los grupos andinos, que ha contribuido indudablemente a modificar el sistema de variabilidad o de permisibilidad y de valoraciones lingüísticas. En lo que toca a este fenómeno el asunto resulta particularmente significativo, porque fue percibido como marca singularizadora de un grupo socialmente subvalorado, independientemente de su frecuencia de aparición, que podría incluso ser muy escasa. La forma estereotipada de imitar a un hablante andino consiste fundamentalmente en reproducir la confusión de vocales y la asibilación de la vibrante, sobre todo de la múltiple en posición reforzada. Esto produce una generalización, por lo común,

desajustada con la realidad, porque no sólo los hablantes de la zona andina asibilan y, cuando lo hacen, esto no ocurre en todas las posiciones y tampoco de modo absoluto, pero hay que entender que las valoraciones no suponen análisis objetivos y pormenorizados de la realidad, sino por el contrario, impresiones deformadas y caricaturizadas de ciertos aspectos de la realidad, un tipo de percepción que sin duda tiene una base real pero que atrae la atención sobre un hecho, lo sobre-dimensiona y lo generaliza.

No resulta extraño imaginar a partir de aquí que las generaciones limeñas jóvenes en convivencia con los grupos migrantes andinos hayan desarrollado una percepción exagerada hacia este fenómeno, de modo que la ausencia de asibilación constituya una suerte de represión o de intento diferenciador de estos grupos. En este sentido, la *comunicación vertical* inhibe el proceso en la propia habla. Por otro lado, en los hablantes que asibilan, el proceso valorativo de parte del grupo superior se vuelve contra sí mismo desencadenando una autovaloración negativa sobre todo si el hablante está en contacto con el grupo limeño. En estos casos, se ha llegado a modificar la forma asibilada como una forma retrofleja o vibrante simple con el objeto de evitar la producción del sonido y, por consiguiente, la valoración negativa del grupo superior (cf. Paredes 1989). Debe considerarse el hecho de que la comunicación vertical se pone de manifiesto en la propia situación de la entrevista a través del contacto y del diálogo entre el investigador limeño y el entrevistado, y que justamente en esta situación se produjeron tales formas. Con todo, hace falta expandir la indagación a otros grupos y explorar de modo más preciso las actitudes hacia este fenómeno.

### *Comparación dialectal*

Visto cómo se correlacionan en nuestra muestra los fenómenos lingüísticos con los sociales y en ciertos aspectos con los generacionales, estableceremos algunas comparaciones con investigaciones análogas del área del Caribe, donde de modo más exhaustivo se han trabajado los fenómenos. Primero veremos si existen diferencias dialectales en el papel de los condicionantes internos: los contextos fonéticos

iniciales y finales y además los factores gramaticales para después indagar si estos condicionantes se insertan del mismo modo en los diferentes grupos sociales.

Vayamos primero a los contextos fonéticos iniciales, aquellos donde las vibrantes pueden encontrarse en posición intervocálica distintiva, en inicio de palabra y tras, *n, l, h* no distintivas.

**Cuadro 57**

**Posición intervocálica Caribe**

%	ɹ	ɹ̄	r	ɹ̄	r̄	N
-rr-	0	1	2	29	68	231
-r-	2	2	95	0	0	4,466
	r-3	r-4	r-5	r-6	r-7	

(Cf. Terrell 1976b.)

El cuadro anterior revela una variabilidad mucho mayor respecto de la vibrante múltiple que de la simple. Esta última se mantiene casi totalmente en un 95 por ciento, mientras que la múltiple se debilita como fricativa en un 29 por ciento. Sin embargo, aunque los resultados parecen opuestos a nuestro corpus, donde el espacio de la variabilidad se extiende más bien en el lugar correspondiente a la vibrante simple, en este corpus se cumplen los mismos principios de preservar, aunque por diferentes caminos, los espacios funcionales de cada una de las vibrantes.

Igualmente, en la posición inicial de palabra, predominan las variantes reforzadas que incluyen la vibrante múltiple en 50 por ciento y la fricativa larga en 28 por ciento. Contabilizadas ambas el reforzamiento hace un 78 por ciento, con algunas realizaciones de vibrante simple y fricativa corta, como lo muestra el siguiente cuadro.

Cuadro 58

Fricativo corto	Vibrante simple	Fricativo largo	Vibrante múltiple N
12%	10%	28%	50%
46	36	107	190 379

Cree el autor que probablemente en otros dialectos pueda registrarse porcentajes mayores de debilitamiento en los contextos considerados "fuertes". Sin embargo, los límites entre ambos espacios se mantienen y la oposición entre ellos se establece a partir de la diferencia entre vibrantes cortas y largas. Comparativamente con nuestros resultados, los procesos atestiguados por Terrell se asemejan más a los recogidos en el grupo popular de Lima, donde el margen de variabilidad de la múltiple resulta más amplio, si bien cuantitativamente las preferencias del corpus limeño siguen inclinándose a preservar la zona de la múltiple, relajando más bien con mucha mayor intensidad la zona de la vibrante simple.

Los datos de López Morales (1983) sobre la vibrante múltiple se dirigen, más bien, a establecer los índices entre las variantes alveolares y las velares en Puerto Rico. Estas últimas son comúnmente interpretadas como estadios de debilitamiento mayor de la forma vibrante. Sin embargo, el autor consigna en todos los casos frecuencias mucho más altas de las formas alveolares en las posiciones fuertes iniciales de palabra y situadas en el interior de la palabra (las intervocálicas). Reproduzco el cuadro.

Cuadro 59

	Inicial	Interna
Alveolar	85.5	88.1
Velar	15.4	11.8
N	1,021	583

(Cf. Lopez Morales *Ibid.* cuadro 7.2 , 141)

Según lo expresa el autor, las realizaciones velares aumentan en los sectores sociales bajos un poco más entre los hombres de segunda y tercera generación, de modo que en las generaciones jóvenes va desapareciendo.

Respecto de nuestra perspectiva, si reconocemos la forma velar como etapa de un proceso de debilitamiento, que implica fricatividad y posteriorización, y aceptamos los datos de López Morales sobre la minoritaria aparición de esta forma que se sitúa sin embargo en las posiciones fuertes como sustituyente de la forma vibrante múltiple, debemos admitir que estos hechos avalan la resistencia y reforzamiento de las formas en estas posiciones, que sólo se debilitan dentro de grupos socioculturales inferiores y de origen rural. Privativa de estas posiciones, no invade el espacio de variabilidad de la vibrante simple, mucho menos en el contexto distintivo, como bien se trasluce cuando el autor discrepa con la postura de de Granda sobre un posible proceso de transfonologización en los siguientes términos: "La velarización lleva sin duda a un cambio de realización en la unidad fonológica /r/, pero eso es todo; las oposiciones péro/péño, karo/káño, etc., siguen manteniéndose intactas". (cf. López Morales 1983: 143, n 4). Por diferentes caminos, pues, se separan los espacios de variabilidad y, en este caso, incluso las zonas funcionales, pues estas formas no invaden el ámbito restringido para la vibrante simple.

Tales tendencias se reafirman en las zonas donde se tolera la forma asibilada representando a la vibrante múltiple, como en México. Allí Perissinotto (1975) encuentra frecuencias considerables de asibilación, pero siempre restringidas al ámbito de los contextos iniciales y de la posición interna intervocálica, muy generalizada en las clases media y alta. El valor sociolingüístico de estas variantes en México, a diferencia de lo que sucede en el Perú, se expresa de modo positivo: no se trata de un fenómeno estigmatizado. Por otro lado, también ocurre asibilación en los contextos del eje no distintivo implosivo, pero nunca en la posición intervocálica del eje distintivo preservando de esta manera y con diferente modalidad los espacios funcionales.

Exploremos la situación en los contextos implosivos donde normalmente la variabilidad es más amplia. En efecto allí virtualmente, aun en el caso comentado, pueden ocurrir con mayor tolerancia las

formas antes separadas en contextos fuertes de inicio silábico. Para el efecto, he construido un cuadro comparativo con datos de diferentes lugares en posición interna de sílaba y posición final, y con las tendencias generales de todas las implosivas.

Veamos primero las implosivas generales poniendo frente a frente los resultados de Terrell para Cuba y de López Morales para San Juan:

Cuadro 60

Distribucion de Variantes de - /r/		
l	3145	34.6
r	1274	14
ɹ	4150	45.6
∅	513	5.6

(Cf. López Morales 1983,81).

Cuadro 61

r	1226	18.53
ɹ	1195	45.71

(Cf. Caravedo 1987 a, sobre la base de Terrell 1976b).

Simplificados éstos, observamos tendencias muy similares hacia la fricatividad, si bien en San Juan aparece con intensidad notable la presencia de la forma lateral, muy esporádica, según los datos de Terrell. Esta última forma constituye una ampliación mayor de la variabilidad que esta vez borra los límites que separan las zonas funcionales entre el conjunto de vibrantes y el de laterales, de modo que toda la zona de las líquidas queda unificada en un solo espacio de variabi-

lidad<sup>35</sup>. En nuestro corpus muy pocas veces surgió esta forma en algún hablante localizado en la clase popular y en final de palabra no en implosiva interna.

Sorprende, sin embargo, que la zona limeña, considerada en principio más conservadora en cuanto a los procesos de la sibilante, comparativamente con las zonas caribeñas, resulte ahora mucho más debilitadora, pues la fricatividad es muy superior a la presentada por López Morales y Terrell. Por otro lado la elisión, bajísima en estas zonas, registra mayor porcentaje en Lima.

Separados los fenómenos en posición interior o final y vistos comparativamente con Panamá, Cuba, San Juan las tendencias hacia la fricativización se manifiestan largamente mayoritarias en Lima, si bien cabe mencionar el asombroso comportamiento detectado en Panamá donde el índice de mantenimiento en la forma de la vibrante simple oclusiva es ostensiblemente mayor a todos los espacios.

---

35. Lo cual no quiere decir que la separación entre vibrantes y laterales sea interpretada a partir de las escalas de debilitamiento. Con razón, López Morales (1983, 89) considera imposible esta interpretación, "porque la variante lateral no representa ningún debilitamiento fonético con respecto de /r/", salvo -claro está- que se acceda a interpretar *l* como [+ continua] caracterización conflictiva sobre la que no existe consenso (cf. *supra* n. 30).

Cuadro 62

## Posición interior de sílaba

r	ɹ	h	ø	N
n (3,106) Panamá 78%	4% (145)	3% (118)	15% (580)	3949
Cuba 43% (453)	49% (522)	3% (29)	0% (1)	1064
Lima 27% (410)	66% (1012)	-	4% (56)	1527
San Juan 15.4%	45.4	-	6.4	4093

(Cf. Terrell 1976b y López Morales 1983: 85.)

Al separar los diferentes contextos en que puede ocurrir la vibrante en final de palabra: final absoluta, enlace sintáctico y final externa, en general Panamá y Cuba mantienen más la vibrante en enlace sintáctico y, salvando las distancias cuantitativas, también Lima. Pero al margen de esto el límite de debilitamiento de las vibrantes se manifiesta en esta ciudad con mucho mayor intensidad que en Cuba y en Panamá, donde sorprenden las tendencias hacia el mantenimiento. Panamá, sin embargo, aunque con peso cuantitativo débil, presenta en los contextos finales cifras superiores de elisión, preservando, por otro lado, en porcentajes mayoritarios, la pronunciación plena de la vibrante. Observemos estas relaciones en el cuadro siguiente donde *r-6-7* es la vibrante múltiple; *r-5* la vibrante simple oclusiva; *r-4-3*, variantes relajadas y fricativas; *r-2*, velarizadas y *r-1*, elididas.

Cuadro 63

Final de palabra  
(Cuba/Panamá/Lima)

		r-6-7	r-5	r-4-3	r-2	r-1	N
Final Absoluta	Panamá	-	(364) 56%	(168) 26%	(13) 2%	(106) 16%	651
	Cuba	(34) 10%	(153) 44%	(101) 30%	(19) 6%	(1) 0%	345
	Lima	(39) 14.49	(360) 13.38	(181) 67.28	-	(3) 1.11	269
Enlace Sintáctico	Panamá	0	(1120) 70%	(197) 12%	(6)	(285) 18%	1607
	Cuba	0	(344) 71%	(107) 12%	(18) 4%	(1) 0%	485
	Lima		(146) 32.08	(282) 61.97	-	(12) 2.63	733
Implosiva Final Externa	Panamá		(1243) 53%	(323) 12%	(141) 6%	(949) 36%	2640
	Cuba	(7) 1%	(267) 37%	(356) 50%	(37) 5%	(30) 0%	720
	Lima	(24) 3.88	(193) 31.22	(362) 58.57	-	(35) 5.66	618

Lo importante en estas comparaciones reside en que se cumplen con diferente intensidad los mismos procesos en contextos finales, procesos que he definido como de ampliación de los espacios de variabilidad respecto de los contextos iniciales concentrados a veces en ciertas formas como las fricativas, o las aspiradas o las elididas, según los grupos y las comunidades dialectales. En este caso, cabe destacar cómo si en otros procesos, la ciudad de Lima prefiere el mantenimiento o reforzamiento, respecto de las vibrantes, el comportamiento se

invierte y se expresa en una preferencia hacia su debilitamiento y elisión, incluso en grupos jóvenes, instruidos y además originarios de la capital. Habría que confrontar estas tendencias con las asibilatorias provenientes de grupos migrantes y observar si el contacto entre las modalidades en la capital provoca alguna alteración de estos procesos en algunas de las direcciones planteadas o contribuye a inhibir la corriente asibilatoria y a propiciar, más bien, la fricativación o la elisión.

Respecto de las correlaciones sociales no parece muy claro a partir de mis propios datos y los de López Morales que el debilitamiento esté condicionado por las clases altas, pero tampoco por las bajas. Con todo, las cifras no me parecen tan determinantes en este sentido y la fricatividad parece neutral respecto de la estratificación sociocultural. (Cf. López Morales *Ibid.*, 98). Aunque los datos de Lima arrojaron mayores ocurrencias de elisión, son todavía muy bajas como para considerarlas como factor de diferenciación social.

### Correlaciones gramaticales

Si bien este estudio se centra en los problemas fonéticos, resulta interesante reconocer el estatuto morfológico de ciertos fonemas del español. Tanto para el caso de las sibilantes cuanto para las vibrantes considero legítimo preguntar si existe condicionamiento morfológico, si el peso gramatical que conllevan los fonemas favorece o restringe el debilitamiento de ciertas formas. En el análisis de la sibilante encontré un claro condicionamiento fonético, manifestado cuantitativamente en el orden contextual, lo que permitía avalar la independencia de lo fonético. En el caso de las vibrantes decidí integrar la información morfé mica para establecer comparación con los resultados de Terrell y López Morales. Se consideran dos tipos de información: la r como morfema de infinitivo verbal, y como parte integrante de un morfema léxico (monomorfema), no segmentable como morfema independiente. Pero cabe hablar, además de otras diferencias producidas en el verbo *querer* (*quería, querría*), donde al parecer la alternancia temporal y modal viene expresada a través de la oposición fonológica r: rr. Sin embargo, este fenómeno no se identifica con los que voy a analizar. Si aquí se trata de un juego morfológico, que incluye pares distintivos,

allí reconoceré sólo un miembro representable fonéticamente como vibrante simple, que cumple un papel en la distinción morfológica (*canta: cantar*), produciendo un contraste entre presencia de *r* y ausencia total del segmento. En este caso no está implicada, pues, la oposición *r/rr*.

Hecha esta aclaración, analizaré la *r* infinitiva vs. la monomorfémica a partir de las siguientes posiciones:

- a. V-V interna: infinitivo final unido a una vocal inicial de palabra: *contarunabalada, admitirunasituación* etc.
- b. V-C interna: posición implosiva interna que supone infinitivo + enclítico = *cantarte, mostrarnos, alabarse* etc. Aunque Terrell no aisla este contexto me parece indudable su peso morfológico, y lo trataré separadamente.
- c. V-C externa: posición implosiva formada por una *r* final de palabra en contacto con un segmento consonántico inicial de palabra: *hablarmucho, investigarcuando...*
- d. -//: casos en que la *r* final de palabra cierra un enunciado o una secuencia fónica amplia.

Ofrezco primero los porcentajes generales de ocurrencias de formas infinitivas en las posiciones anunciadas, comparándolas con las ocurrencias monomorfémicas.

Cuadro 64

(Lima)

	Infinitivo	N	%
V-V	188	455	41.31
V-C int.	120	1527	7.85
V-C ext.	294	618	47.57
- //	147	269	54.64
Total:	749	2869	26.10
Total monomorfémico: 2,120 = 73.89%			

Como se desprende del cuadro anterior, las formas infinitivas en implosivas internas son las menos frecuentes. Los infinitivos han aparecido con más frecuencia ante pausa y en implosiva final que en los demás contextos. Pero la aparición de todos los infinitivos hace un total de sólo 26.10 por ciento, de modo que la presencia de la *r* monomorfémica resulta dominante (74 por ciento). La muestra de Cuba se presenta diferente en este aspecto. Terrell registra mucho mayor número de ocurrencias infinitivas en relación con el número de vibrantes monomorfémicas (989 frente a 560 respectivamente).

Cuadro 65

	Lima		Cuba	
Total monomorfémico	2,120	73.89	561	36.19
Total infinitivo	749	26.10	989	63.80

(Cf. Terrell 1976b).

Veamos comparativamente cómo se expresan los porcentajes de mantenimiento de la vibrante simple en relación con los infinitivos para averiguar si la información gramatical inhibe la pérdida o el debilitamiento de los segmentos que la conllevan.

**Cuadro 66**

	Lima	Cuba
Total monomorfémico	547/2120 – 25.80	301/561 – 54
Total infinitivo	211/749 – 28.17	463/989 – 47

Aunque las distancias no son significativas, mayor porcentaje de *r* plenas ocurre en situación de infinitivo que en los otros casos de *r* final dentro del corpus limeño. En el Caribe, Terrell ofrece la relación inversa: mayor porcentaje –con distancias más grandes que las extraídas de nuestras cifras– de *r* monomorfémica que de *r* en formas infinitivas verbales. Según su análisis, el infinitivo tiende a manifestarse con mayor debilitamiento, en todas las posiciones, salvo en implosiva final.

**Cuadro 67**  
**Cuba / infinitivo/**

Final absoluta - monomorfémico	49%	(56)	115
Final absoluta - infinitivo	42%	(97)	230
Enlace sintáctico - monomorfémico	77%	(160)	208
Enlace sintáctico - infinitivo	66%	(184)	277
Implosiva final - monomorfémico	36%	(85)	238
Implosiva final - infinitivo	38%	(182)	482

(Cf. Terrell: 1976b, ms. 22a.)

Como se desprende del cuadro de Terrell, la mayor tendencia hacia las formas débiles se encontraría, en la cifra más baja de vibrante simple considerada como índice de resistencia. Sin embargo, en el contexto de implosiva final, el infinitivo del corpus cubano presenta un porcentaje levemente mayor de *r* simple, aunque muy poco significativo como para indicar una tendencia hacia el mantenimiento de la vibrante. Considerando las otras cifras, Terrell admite, más bien, una ligera tendencia a debilitar, creyendo asimismo que los resultados no son muy claros como los de Panamá, donde se elide más frecuentemente las variantes del infinitivo.

En general, los porcentajes de *r* fricativas resultan mayores en infinitivos situados en posición intervocálica y en situación implosiva interna o final de palabra y en final ante pausa. Se asibila mayormente en infinitivo pre-pausal. Si adoptamos la tesis de que la fricativización y la elisión constituyen formas débiles o relajadas, tendríamos que concluir en que existe una tendencia a debilitar las formas del infinitivo verbal. Y esto podría llegar a constituir argumento en contra de las hipótesis acerca del mantenimiento de los segmentos que conllevan información morfosintáctica si no reconociéramos el carácter semántico casi nulo que tiene en español la forma infinitiva, no flexionada, del verbo. En este caso la hipótesis funcional de Kiparsky se mantiene. Los resultados de López Morales para San Juan manifiestan una significativa coincidencia a este respecto (V. López Morales, 86, cuadro 4.3):

Cuadro 68

	- gram	+ gram
l	41.9	33.9
r	13.6	12.5
ʝ	41.8	47.7
∅	2.4	6

donde los porcentajes de fricativas y de elididas ascienden también en casos de *r* morfé mica, si bien las cifras no resultan, como en los otros corpus analizados, significativas.

Me inclino a pensar —como lo postulé en la descripción de la sibilante— que las relaciones morfosintácticas de estas unidades no constituyen condicionamiento de los procesos de variabilidad, por lo menos en el dialecto analizado.

Veamos cuáles son los índices de debilitamiento registrados por Cedergren para el español de Panamá<sup>36</sup>.

Cuadro 69

Elisión de *r* ( infinitivo )

	Lima		Panamá
-//	mono	0.81	3
	inf.	1.36	23
-V	mono	1.12	4
	inf.	3.19	26
-C	mono	5.86	11 16 55
	inf.	5.44	39 42 46

El cuadro de Terrell sólo presenta los resultados para la vibrante simple. Habría sido interesante ofrecer también los porcentajes de las otras variantes para facilitar la comparación. Presentaré de todos modos los índices de fricatización en el siguiente cuadro:

36. La información de Panamá proviene de H. Cedergren (1973), *apud* Terrell (1976 b)

**Cuadro 70**  
**Infinitivo**  
**(Lima)**

	r	┘	ř	ø
Monomorfémicos	23.93	62.16	0.62	2.97
Infinitivo	28.17	67.55	2	5.35

**Cuadro 71**  
**Infinitivos Contextuales**  
**(Lima)**

	r̄	r	┘	ř	ø	
Enlace Sintáctico	Mono.	138/267 51.68	119/267 44.56	12/267 4.49	3/267 1.12	
	Inf.	4/188 2.12	8/188 4.25	163/188 86.70	-	6/188 3.19
V-C interna	Mono.	32/1407 2.27	378/1407 26.86	938/1407 66.6	41/1407 2.91	48/1407 3.41
	Inf.	5/120 4.16	32/120 26.6	74/120 61.6	-	8/120 6.6
V-C externa	Mono.	11/324 3.39	126/324 38.8	164/324 50.6	-	19/324 5.86
	Inf.	13/294 4.42	67/294 22.78	190/294 64.62	4/294 1.36	16/294 5.44
-//	Mono.	17/122 13.93	6/122 4.91	97/122 79.50	-	1/122 0.81
	Inf.	22/147 14.96	30/147 20.40	79/147 53.74	10/147 6.80	2/147 1.36

En todos los casos, Cedergren registra cifras más elevadas de elisión de *r* infinitiva, salvo ante lateral, donde curiosamente se elide más la *r* monomorfémica. Además, como sucede en Cuba, las ocurrencias de infinitivo son mayores que las de los otros morfemas. Ante pausa y sobre todo ante vocal en enlace sintáctico, Lima presenta las mismas tendencias que Panamá: se elide más la vibrante en infinitivo, salvo en posición preconsonántica donde las cifras descienden, pero en general no las doy por significativas. Igualmente la fricativización se hace notablemente más elevada en enlace sintáctico (44 vs. 86%). Las relaciones comparativas me llevan a afirmar que Panamá representa más nítidamente una tendencia clara hacia la elisión de *r*, sobre todo en infinitivos, pero San Juan, Cuba, Lima no presentan cuadros tan reveladores en esta dirección. Sin embargo, Lima registra el mismo ritmo de tendencias elididas de infinitivo que Panamá, si bien con distancias demasiado grandes entre las cifras. Las ligeras tendencias hacia el debilitamiento en Cuba son —para el propio Terrell— poco claras. Habría que probar si se mantienen o no estas tendencias en otros grupos de otros estratos socioculturales.

### *Las nasales*

Las nasales constituyen un conjunto de entidades con un comportamiento semejante al conjunto de consonantes no nasales (orales) del español, que mantienen su capacidad distintiva en los contextos iniciales en cualquier lugar de la palabra y lo pierden en los contextos finales, internos o externos respecto de la palabra. Así en posición inicial tenemos *mata/nata/ñata*, donde la diferencia de punto articulatorio labial, alveolar, palatal produce signos lingüísticos distintos. Si desplazamos la misma diferencia en contextos finales no ocurre lo mismo.

Pero la fonología tradicional, y aun la fonología más moderna, reconocen diferencias en el comportamiento de las nasales implosivas que rompen la comparación simétrica que establezco entre el conjunto de orales y de nasales. Tales diferencias tienen que ver con el hecho de que la variación de las nasales en los distintos puntos articulatorios aparece determinada por las características del sonido contiguo, en el proceso que se conoce como asimilación nasal. Así si la nasal se sitúa

ante una bilabial se bilabializa: *imperfecto*; si se produce ante dental, se dentaliza: *antes*, si se produce ante palatal se palataliza como en *añcho* y si se produce ante velar, se velariza como en *añcla*.

Si tal determinación fuera perfecta no habría ya necesidad de estudiar el fenómeno, que pasaría a convertirse en un hecho invariable, aun cuando no fuera considerado funcional en la medida en que no interviene directamente en el mantenimiento de los significados cuando se construyen pares.

Pero la investigación dialectal ha dado profusas muestras de ocurrencias de variantes velares en los contextos finales prepausales en muchas zonas del ámbito hispánico<sup>37</sup>, si bien tales consideraciones no han llevado a replantear las pautas descriptivas para el sistema fonológico español que no integra tales hechos<sup>38</sup>.

Hay que considerar, por otro lado, otra diferencia que atenta aparentemente contra la simetría de las relaciones entre orales y nasales. Las variantes nasales en los contextos implosivos presentan rasgos no considerados como parte del contenido fonológico de las unidades distintivas. Así, por ejemplo, los fonemas /m/n/ñ/ en posición distintiva aparecen diferenciados por el punto articulatorio o acústicamente con las diferencias en densidad y gravedad del modo siguiente:

- 
37. La velarización de las nasales en posición prepausal ha sido ampliamente documentada. Baste citar a Navarro (1948., 101), quien la encuentra generalizada en todos los sociolectos de Puerto Rico, lo mismo dirá Matluck (1961, 335) también para Puerto Rico. Para Cuba, V. Haden y Matluck (1973, 14), Guitart (1976, 22); la registra también Alvar (1959, 42) para Tenerife y menciona además su ocurrencia en el Perú, Chile, Antillas, Puerto Rico, y para Andalucía en el ALEA (Alvar 1973).
38. Alarcos (1965, 182) afirma que la nasal prepausal tiene distintas características a la nasal implosiva interna desde el punto de vista de la neutralización y del archifonema resultante. Así *album* se realiza como [álbun] y el representante fonético del archifonema es el fonema /n/, la nasal alveolar. En mi postura, la nasal alveolar es sólo un tipo de realización al igual que la nasal velar o la bilabial; por lo tanto, el archifonema debe incluir, como en los otros casos, sólo la especificación de la nasalidad, sin referencia al punto de articulación, que puede ser alveolar, velar o bilabial en el plano de las realizaciones fonéticas, y no sólo alveolar.

m	n	ñ
+ nasal	+ nasal	+ nasal
- denso	- denso	+ denso
+ grave	- grave	- grave

En la posición no distintiva no aparecen sólo las materializaciones de las unidades mencionadas sino también variantes adicionales localizadas en el orden dental o velar que no estaban previstas en las relaciones paradigmáticas del sistema en el sentido estrictamente fonológico. Quizá esto llevó a autores como Alarcos a considerar que en final de palabra aparecía el fonema alveolar (cf. *supra* n. 38).

Pero tal consideración me parece que no rompe la simetría que advierto. Respecto de las orales, aparecen también variantes con algún rasgo adicional que no juega distintivamente y que, en este sentido, tampoco ingresaría en el sistema reductivo donde cabe sólo lo funcional. Ocurre lo mismo con la aspiración de la sibilante. El rasgo aspirado no se considera indispensable en la descripción rígida de lo invariable. El asunto parece conflictivo sólo si se sigue partiendo de unidades fijas, caracterizadas como patrones, pero deja de serlo si las unidades quedan subsumidas en un concepto más flexible e integrador como el de *espacio de variabilidad*. Allí las formas velares ingresarán en este espacio sólo en los contextos finales, donde la variabilidad amplía sus límites de tolerancia, mientras que en las zonas iniciales restrictivas los espacios admitirán menor variabilidad y mayor fijación de los puntos articulatorios, y la velaridad no cumplirá ningún papel.

A partir de lo dicho, consideramos que las nasales describen un comportamiento análogo a las otras consonantes cuando se sitúan en la posición de distensión silábica y que allí presentan un espacio de variabilidad virtualmente más amplio, aunque como en todos los casos distribuido fácticamente de modo distinto según los contextos y las diferentes comunidades de hablantes.

Incluso si nos valemos de los rasgos acústicos para describir las posibilidades variables, sin partir de unidades materiales, este principio de simetría queda expresado del modo siguiente:

*contextos iniciales*

m	n	ñ
+ nasal	+ nasal	+ nasal
- denso	- denso	+ denso
+ grave	- grave	- grave

*contextos finales*

m	n	n	ñ	η
				+ nasal
				x denso
				x grave

El espacio de variabilidad de los contextos finales incluye todos los desplazamientos articulatorios (x denso x grave), diferenciados y restringidos en los contextos iniciales, donde sólo falta la posibilidad de la velar que tendría que haberse especificado acústicamente como:

[η]
+ nasal
+ densa
+ grave

Tal especificación no aparece en la descripción fonológica, por lo menos sincrónica, de las nasales en contexto inicial, pero sí quedaría considerada en la forma notacional x, que implica la posibilidad binaria de que ocurra el rasgo positivo o negativo desde el punto de vista material y no necesariamente fonológico. La forma dental puede también ocurrir sin necesidad de que se la especifique o se la particularice en el plano virtual.

Tal interpretación de los fenómenos permite, dentro de una gran economía y simplicidad notacional o expresiva, describir muchos datos inconexos de modo conjunto, integrado, a partir de un mismo principio para todo el sistema español, sin forzar los hechos de la realidad.

Ahora bien, en los contextos finales el comportamiento simétrico queda reflejado en el siguiente esquema al integrar a las demás consonantes del español:

## Contextos finales

Notación	p	f	b	β	t	δ	d	θ	k	x	g	γ	mn	ñ	η	l	λ	r	ῥ	
Rasgos diferen- ciadores	cons.	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+	++	++	+	++++	++++	++++	++++	++++
	voc.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	--	--	-	++++	++++	++++	++++	++++
	nasal	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	++	++	+	----	----	----	----	----

	denso	x	x	xx	x	x	x	x	x	x	x	x	xx	xx	xx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx
Rasgos varia- bles	grave	x	x	xx	x	x	x	x	x	x	x	x	xx	xx	xx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx
	cont.	x	x	xx	x	x	x	x	x	x	x	x	xx	xx	xx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx
	sonoro	x	x	xx	x	x	x	x	x	x	x	x	xx	xx	xx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx
	tenso	x	x	xx	x	x	x	x	x	x	x	x	xx	xx	xx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx	xxxx

donde x implica simplemente la posibilidad de que ocurra y de que no ocurra el rasgo materializado como negativo o positivo; donde, en otras palabras, los valores de los rasgos quedan virtualmente inespecificados aunque se entienda que desde el punto de vista fáctico se particularizarán necesariamente en alguna dirección.

Este esquema permite ver, además, que la diferencia entre los espacios de variabilidad está marcada por los rasgos mayores de *vocalicidad*, que separa a las líquidas de todas las no líquidas, y por la *nasalidad*, que separa las consonantes orales de las nasales. Sin embargo, como veremos luego, tales fronteras no se preservan siempre. Ocurre que en estos mismos contextos y en algunas áreas se borra la diferencia de vocalicidad y entonces algunas consonantes se vocalizan y algunas vocales se consonantizan (*poike*, *ausoluto*, y *καηνε*, *βιηxen* respectivamente), y que también se borra el límite de la nasalidad de modo que las consonantes no nasales se nasalizan (como *r* en *βιηxen* por virgen *διηno* por *digno* etc.). Los contextos finales tienden, pues, conforme se baja en el espectro social, a indiferenciarse de modo total y a permitir un margen amplio de variabilidad. Veamos cómo se actualiza lo dicho en el corpus limeño.

### Variantes y condicionamiento

Parto de la materialización de la nasalidad en los distintos puntos articulatorios restringidos en la separación contextual entre posi-

ciones iniciales y finales de sílaba. Como la variabilidad sólo se expresa en los contextos finales sólo organizaremos las variantes bilabiales, dentales, alveolares, palatales y velares, según como se expresan en estos contextos. Como el punto de partida descriptivo resulta la asimilación contextual, para estudiar el hecho como fenómeno de variación, he separado más bien los casos en que no ocurre asimilación y, en ese sentido, se confirma la variabilidad.

Vayamos a algunos datos cualitativos que contradicen la asimilación nasal:

ante bilabial: [iηperfégto] [taηbjéη] [ taηpóko]  
(*imperfecto, también, tampoco*)

ante dental: [aηtes] [koηtíjo] (*antes, contiguo*)

ante palatal: [áηcho] (*ancho*)

ante nasal alveolar: [kolúηna] [alúηno] (*columna, alumno*).

Los datos anteriores expresan que, sea cual fuere el segmento contiguo, la nasal ha ocurrido en estos casos como velar, contraviniendo el postulado estandarizado de la asimilación del punto articulatorio de la consonante vecina.

Las variantes consideradas son en conjunto las asimiladas, las velares y las elididas:

asimiladas	m n n ñ η
velares	η
elididas	ø

En general esas variantes han sido tratadas como estadios de un proceso de debilitamiento cuya dirección podría expresarse en el siguiente orden:

1. asimilación
2. velarización
3. elisión con nasalización vocálica.

Los estadios de este proceso se vinculan con su distribución contextual: si se trata de una implosiva interior o de una implosiva final situada antes de consonante, vocal o pausa.

El primer estadio del proceso constituye la velarización pre-pausal y sólo se encuentra generalizado si alcanza a la velarización preconsonántica interior y a la exterior prevocálica (*en /agua*) en vez de *enagua*) y por supuesto si llega a la elisión con el efecto de nasalización de la vocal contigua. Veamos cómo se realizan estas posibilidades organizadas socialmente en nuestro corpus.

### *Correlación sociolingüística*

Separemos primero los grupos popular y culto para observar los porcentajes de velarización frente a los porcentajes de variantes asimiladas, sin contemplar naturalmente las velares que ocurren ante velares.

#### Cuadro 72

#### (Grupo popular)

#### Internas y finales (- C)

Nasales asimiladas				Nasales velares		
	- lab.	- dent.	- palat.	- lab.	- dent.	- palat.
%	20	35	60	80	65	40
	28%			72%		

### Cuadro 73

(Grupo culto)

Nasales asimiladas				Nasales velares		
	- lab.	- dent	- palat.	- lab.	- dent.	- palat.
%	60	52	44	40	48	60

En los dos grupos analizados los porcentajes de velarización resultan muy significativos, pero resulta notable la superioridad de este fenómeno en el habla popular. Allí los contextos más proclives a la velarización son los que preceden a la bilabial. Hay que hacer notar la relación y el parentesco acústico de los segmentos situados en los puntos extremos, que comparten el rasgo de *gravedad* y que se intercambian mucho en los contextos implosivos consonánticos no nasales (*abdomen*, *agdomen*; *absoluto*, *agsoluto*, *ausoluto*). La vocalización velar constituye el punto de fusión entre la labialidad y la velaridad en la vocal normalmente redondeada, que en español constituye un rasgo necesariamente implicado en la posterioridad de las vocales, pues no existen vocales anteriores o medias labializadas. Parece natural, pues, que se tienda a eliminar la labialización redundante mientras se retrae la articulación. Cuando ocurre *ausoluto* con vocalización velar el sonido debilitado por su vocalicidad recupera sólo una característica de la consonanticidad primitiva: la labialidad.

Pero el fenómeno se aplica no sólo a las bilabiales sino a todas las demás posiciones con diferente intensidad. Por otro lado, los hablantes cultos conservan la bilabialidad un poco más. Es probable que las tendencias se definan según los grupos en estos puntos extremos, más que en las dentales y palatales mucho más difíciles de percibir, incluso para el análisis del lingüista.

Veamos qué sucede cuando la velar se sitúa en final de palabra respecto de las tendencias hacia la velaridad y hacia la elisión, separando los contextos en preconsonánticos (*canción triste*, *canción fugaz*), prevocálicos: (*canción alegre*) y prepausales (*canción//*).

Observemos el siguiente cuadro:

Cuadro 74

Final de palabra

Grupo popular

Velaridad			Elisión			
	-C	-V	-//	-C	-V	-//
%	65	80	78	25	10	22
Grupo culto						
%	40	60	90	13	-	10

El cuadro anterior indica que, en general, la velaridad resulta superior en todos los contextos respecto de la elisión, tanto en el grupo culto como en el grupo popular. La velaridad se expresa con mayor fuerza ante vocal y ante pausa en los dos grupos. Y esto indica el estadio avanzado del debilitamiento de las nasales, si aceptamos circunscribir estas características a un supuesto proceso de debilitamiento. El grupo culto, sin embargo, registra porcentajes muy superiores en el contexto prepausal. La velaridad prevocálica ha sido estudiada como un fenómeno de juntura para separar pares como *enaguas* y *en aguas*, *panamericano* y *pan americano*<sup>39</sup>. Aunque de hecho personalmente he registrado esas diferencias en casi todo el Perú al realizar las

39. Los datos no apoyan, sin embargo, la tesis de la juntura como fenómeno fonológico obligatorio del fin de palabra, pues en el marco del sistema español esta forma puede alternar con la alveolar. Mis datos revelan, más bien, el proceso de velarización casi generalizada contextualmente y no restringida sólo a la posición final de palabra. Para un análisis detallado y crítico de la juntura en español V. Quilis (1964). López Morales (1983, 113 n. 4) avala también la interpretación de Quilis.

encuestas del Atlas Lingüístico Hispanoamericano<sup>40</sup>, no puedo aceptar que el fenómeno constituya expresión exclusiva de juntura puesto que este mismo fenómeno se repite en muchísimos casos en frontera de palabra, no sólo donde no se produce posibilidad del par mínimo sino, además, con altas frecuencias, en el interior de la palabra. Se trata, a mi modo de ver, de la expresión de un comportamiento general de las nasales implosivas en esta comunidad. A diferencia de lo que ocurre con la sibilante, que tiende a enlazarse con la palabra siguiente si ésta comienza con vocal y, consecuentemente, se mantiene con más fuerza dada su posición de comienzo de sílaba, la velar final ante vocal no se articula con la palabra siguiente sino que mantiene su condición natural de implosiva y, en ese sentido, cumple los procesos normales de debilitamiento expresados como velarización.

Por otro lado, si la velaridad se expresa como un fenómeno muy general en los dos grupos sociales, ampliamente tolerado, y no percibido como negativo, la elisión se expresa con mayor fuerza en el habla popular y sí parece condicionada socialmente expresándose con mayor intensidad ante consonante y ante pausa. Resulta interesante observar que la posición prevocálica se mantiene más resistente a la elisión, sobre todo en el grupo culto donde simplemente no se presenta ante vocal. ¿Cómo explicamos el hecho de que el contexto más permeable al debilitamiento o velaridad sea a su vez el más resistente y el que más impida la desaparición del segmento? Quizás las razones puedan encontrarse otra vez en el sistema silábico español a partir del cual se hace más difícil tolerar la contigüidad de dos vocales en frontera silábica que no llegan a constituir diptongo. Parece mucho más natural que la frontera se produzca teniendo por límite una consonante. Estas mismas tendencias se cumplen en zonas muy debilitadoras como Panamá, donde también el contexto restrictor de la pérdida del segmento es el vocálico.

Existen otros contextos que propician la velarización, que no han sido muy estudiados y de los cuales poseemos, por ahora, sólo datos presentados cualitativamente. Me refiero a los casos en que la ma-

---

40. Cf. Alvar y Quilis (1984) y para la aplicación del Proyecto en el Perú, v. Caravedo (1987c).

terialidad de la nasal velar se presenta en contextos cuya referencialidad es una consonante no nasal normalmente velar como en:

Tácna	[táŋna]
digno	[díŋno]
significado	[siŋnifikádo]
signo	[síŋno]

Estos casos revelan la eliminación virtual del límite de espacios funcionales entre nasales y no nasales. Resulta interesante que el ritmo del debilitamiento se oriente hacia la velaridad, pero que además las nasales puedan invadir otros espacios de variabilidad en muchos dialectos hispánicos.

Por otro lado, también ocurre nasal velar ante otra nasal de tipo alveolar o bilabial como en:

alumno	[alúŋno]
columna	[kolúŋna]

Todas estas realizaciones complementarias a los datos cuantificados, revelan hasta qué punto las preferencias dialectales en los contextos finales se orientan hacia la velaridad, sobre todo si se trata de las nasales, aun cuando se encuentren ante otra nasal situada en otro punto articulatorio. La velaridad prepausal resulta semicategorica, aunque no creo que este contexto represente la generalización del proceso, sino que más bien constituye, por lo menos en este corpus, el primer punto para su extensión a los contextos un poco más resistentes, como son los contextos situados dentro de la palabra bajo la influencia de consonantes de distintos órdenes de localización. Es probable que la elisión aumente en situaciones informales, donde la referencia debe ser la forma velar y no la alveolar.

### *Comparación dialectal*

Las tendencias hacia la velarización en la nasal han sido ampliamente estudiadas sobre todo en relación con el español del Caribe y

se interpretan, en general, como fase debilitadora de un proceso dirigido hacia la elisión. Ahora bien, López Morales (1983) encuentra un notable porcentaje de asimilación en contextos implosivos internos y, aunque registra una velarización significativa en contextos de final de palabra, ésta no llega a exceder a las modalidades asimiladas canónicas, como se desprende del siguiente cuadro:

**Cuadro 75**

**Distribución de las variantes de -/n/ según la posición**

	interna	final
N-2	90.7	66
N-1	1.4	26.9
N-0	7.8	6.9
N	7961	7185

(Cf. López Morales 1983: 108)

donde N2 agrupa las variantes asimiladas normales; N1, las velarizadas y N0, la supresión o elisión del segmento. Igualmente, al distribuir el autor las mismas variantes en los contextos fónicos preconsonántico, prevocálico y prepausal, donde sólo la posición final de palabra produce contextos prevocálicos y prepausales además de los preconsonánticos, el panorama no cambia ostensiblemente, salvo para el contexto prepausal, donde ascienden marcadamente las velares. La elisión es muy baja y la asimilación se muestra resistente en los contextos preconsonánticos e incluso en los prevocálicos. A diferencia de los procesos conectados con la sibilante, las nasales –según los datos de López Morales– parecen ser más resistentes y esta resistencia se manifiesta contextualmente en que, colocadas junto a una vocal, se enlazan a ella actuando con la fuerza de la posición inicial de sílaba.

Cuadro 76

	-C	-V	-//
N-2	80.6	65.8	22.4
N-1	13	26.6	69.3
N-0	6.2	7.4	8.1
N	3725	2214	1246

(Cf. López Morales 1983, 109)

Por otro lado, Terrell (1975) encuentra en su corpus de Cuba la misma superioridad de variantes asimiladas en posición interna. Las nasales velarizadas y las elisiones, en cambio, se presentan en frecuencias más elevadas cuando se sitúan en posición final de palabra como en el siguiente cuadro:

Cuadro 77  
Cuba

variantes	[n]	asimiladas	[ŋ]	ø
%	3%	33%	26%	38%
N112/3481		1142/3481	911/3481	1316/3481

(Cf. Terrell 1975, 262)

donde los datos de López Morales y Terrell coinciden en el porcentaje de velarización, aunque el corpus de Cuba presenta mayor porcentaje de elisión con nasalización de la vocal antecedente.

Ordenadas las nasales finales en contextos consonánticos, vocálicos y pausales, Terrell (*Ibid*, 263) ofrece los siguientes resultados:

Cuadro 78  
Cuba

	- #C	- #V	- #//
asimilación o velar	60%	3%	8%
velar	1%	59%	54%
∅	39%	38%	38%

donde se observa, al igual que en Puerto Rico, tendencia a producir nasales asimiladas ante consonante, mientras que la velaridad y la elisión aumentan ante vocal y ante pausa, con mayor grado que en San Juan, según los datos de López Morales, asemejándose en esto a la situación del corpus limeño.

Comparado el corpus del Caribe con el nuestro en este punto, los hablantes limeños manifiestan más claramente la tendencia hacia la velaridad incluso en posiciones donde se esperaría asimilación preconsonántica interna, y esto no sólo se presenta como marca de clase baja, sino que también caracteriza al grupo culto.

Si observamos que el contexto prepausal resulta en verdad la primera fase y no la última del proceso de debilitamiento y encontramos que San Juan concentra estas variantes en esa posición y también Cuba pero con cifras mayores, mientras que en Lima, el contexto prepausal resulta casi categórico para producir velarización, entonces podremos construir una jerarquía determinada no sólo contextual sino dialectalmente, donde las zonas más debilitadoras respecto de la sibilante se presentan conservadoras respecto de las vibrantes y nasales, y a la vez la más conservadora como Lima, respecto de la sibilante, resulta la más debilitadora respecto de las vibrantes y nasales, creándose una suerte de mecanismo compensatorio del debilitamiento repartido entre distintos fenómenos con diferente intensidad.

Terrell presenta el siguiente cuadro comparativo para los procesos de velarización y elisión, recogiendo también datos de Cedergren para Panamá, aunque los datos de Puerto Rico, no pertenecen a López Morales (1983), por razones cronológicas.

**Cuadro 79**  
**Velarización**

	Panameño	Cubano	P.Riqueño
— # C	24%	1%	42%
— # //	41%	59%	42%
— # V	34%	54%	79%
<b>Elisión</b>			
— # C	74%	39%	41%
— # //	69%	38%	41%
— # V	58%	38%	13%

(Terrell 1975: 269-270)

Los cuadros anteriores indican que Panamá, como ocurre con otros procesos, se encuentra más avanzada en el proceso de elisión, incluso que Lima, pues las variantes elididas se encuentran casi generalizadas en todos los contextos. Terrell señala tres etapas del proceso de debilitamiento:

**Etapas 1:**

- a. debilitamiento: asimilación ante consonantes, alveolar débil ante vocales o pausa
- b. elisión incipiente

Etapa 2:

- a. debilitamiento nasal: asimilación ante consonantes, velarización ante vocales y pausa
- b. elisión moderada

Etapa 3:

- a. debilitamiento nasal: velarización
- b. elisión fuerte.

Panamá se situaría en la tercera etapa del proceso, mientras que los dialectos de tierras altas se localizarían en la primera y el español cubano y puertorriqueño en la segunda. El caso de Lima no podría situarse en ninguna de las tres, si bien respecto de la velarización el proceso podría considerarse muy avanzado. La elisión resulta todavía moderada y no podría corresponder a la misma etapa. Aunque resulta interesante abordar las diferencias dialectales como etapas o fases de procesos, a partir de una perspectiva que diacroniza la sincronía, debe evitarse la simplificación en este punto, a la luz de los datos que presento, que no se pueden situar en ninguna de las etapas, sino que presentan más bien un entrecruzamiento de relaciones muy complejas con cierta estabilidad, que no implican necesariamente una dirección evolutiva y que revelan, más bien, una urdimbre compleja de muchos factores coexistentes de distinta naturaleza que favorecen, inhiben o estabilizan ciertos fenómenos a lo largo de las diferentes coordenadas sociales, dialectales y situacionales.

Existen, sin duda, algunos factores semejantes que interactúan en la velaridad y en la elisión, aunque las distancias cuantitativas sean considerables. Por ejemplo en Panamá, tanto como en Lima, el factor que menos favorece la elisión es el prevocálico. Por otro lado, en San Juan como en Lima el proceso de velaridad no involucra relaciones de índole social que puedan considerarse significativas, mientras que el proceso de elisión se intensifica en los estratos culturales bajos. Detrás de las cifras, que pueden ser muy variables entre las comunidades, resulta significativo descubrir la impresionante semejanza en la intervención de los factores que actúan en los procesos, de modo que se presentan como procesos comunes de la variabilidad del español, y no como procesos privativos de una sola comunidad.



IV

EPÍLOGO



### *Confluencia de los procesos*

En las páginas anteriores he presentado un análisis descriptivo de los principales fenómenos fonéticos del español de Lima observados, desde una perspectiva sociolingüística, en dos polos de una jerarquía social más compleja que he denominado *culto y popular* y que he caracterizado a partir de un conjunto de factores distintivos. Pero he buscado, fundamentalmente, un objetivo más amplio que permita conectar los diferentes hechos, materialmente aislados, con los presentados y analizados en otros espacios y grupos sociales de la comunidad hispánica, siempre que las afinidades metodológicas lo permitieran, a partir de un enfoque común que los relacione, los integre y los unifique en tanto fenómenos pertenecientes a la lengua española. Como ya lo expliqué al principio, la visión que adopto restituye los fenómenos lingüísticos a su universo natural y, en esta medida, los vincula con factores tradicionalmente considerados extralingüísticos, insertos en el delicado y complejo engranaje de lo individual y lo social.

Aun cuando nuestro mi acuerdo con los lineamientos generales de la sociolingüística laboviana y, en general, con los principios de la teoría de la variación, me he valido de conceptos operativos más amplios para encuadrar los fenómenos en el enfoque común y facilitar la tarea comparativa. Así he propuesto que la mayoría de los fenómenos desplegados en las distintas comunidades del español comparten los mismos *espacios de variabilidad* permisible y las diferencias expresan distintos modos de tolerancia de las manifestaciones cuando éstas se

insertan en las coordenadas temporales, sociales y geográficas en que se desarrolla la lengua.

Los *espacios de variabilidad* del español, en general, se encuentran determinados contextualmente: son más reducidos en contextos de inicio silábico y más amplios, con mayor número de variantes permisibles, en los contextos finales. Esta amplia variabilidad de los contextos finales fue abordada por los funcionalistas como casos de neutralización cuando, en verdad, se trataba de una extensión de las fronteras funcionales en relación con el tipo de contexto. Ahora bien, en el propio ámbito de los contextos finales, los enlaces discursivos permiten ciertas modificaciones del comportamiento silábico del segmento en la palabra, de modo que puede concebirse que el segmento final en la secuencia recibe distinto tratamiento según se sitúe ante consonante, ante vocal o ante pausa. De estas tres posibilidades sólo la prevocálica puede alterar el comportamiento silábico, pues la palabra tiende a enlazarse con la vocal contigua y perder, en muchos casos, su situación implosiva, reapareciendo en la posición de contexto inicial. Un modo de medir el grado de extensión de un proceso variable debe considerar como punto significativo el comportamiento de las implosivas en final de palabra justamente cuando ocurren ante vocal en la secuencia.

Los fenómenos panhispánicos de *fricativización, velarización y elisión*, concebidos como procesos, asocian distintos segmentos consonánticos por el hecho de presentar un comportamiento semejante en los contextos aludidos. Esta conexión se expresa en el siguiente esquema de un modo virtual, pues obviamente tales relaciones se actualizan de distintas maneras en las comunidades lingüísticas.



El esquema anterior persigue sólo conectar de modo virtual los procesos en su coexistencia dentro del universo de la manifestación del español y no necesariamente presentar la lógica inevitable del cambio, si bien no resulta extraño que evoque conexiones análogas

que se dieron en otros momentos de la evolución del español y que sí se plasmaron en cambios concretos.

La comparación de nuestros datos con los de otras zonas, principalmente las del Caribe, y también con datos cualitativos tomados de la larga tradición dialectológica hispánica muestra que se trata de procesos comunes a todo el español, diferenciados, sin embargo, fácticamente en su intensidad.

La intensidad de un fenómeno se mide cuantitativamente respecto de su grado de inserción en las distintas coordenadas en que se desenvuelve: la dimensión contextual interna, la dimensión social, la dimensión espacial. Esta investigación averigua justamente cómo se actualizan los procesos en esas dimensiones y, sobre todo, cómo se articulan entre sí.

En la dimensión contextual interna los procesos describen condicionamientos semejantes diferenciados sólo en el grado de recurrencia del fenómeno en los contextos menos permeables o más restrictivos. Así, en casi todos los casos he mostrado, de acuerdo con muchos autores, que los contextos iniciales prevocálicos restringen la variabilidad mientras que los preconsonánticos la favorecen. Sin embargo, esa relación contextual se actualiza de modo aparentemente distinto según las dimensiones social y dialectal.

En los dos grupos analizados de la comunidad limeña los condicionamientos no varían, aunque sospecho que el panorama podría cambiar si se incorporan distintos grupos. Pero en la comunidad caribeña, por ejemplo, el proceso de aspiración avanza hacia los contextos restrictores prevocálicos y resulta muy generalizado en todo el espectro social. El proceso de elisión, en cambio, altera la forma del condicionamiento contextual interno donde el contexto prepausal resulta el más favorecedor de la eliminación del segmento. Resulta natural aducir, pues, que se trata del mismo fenómeno hispánico, exteriorizado sólo con mayor intensidad en las zonas del Caribe. En general, la aspiración constituye un fenómeno muy extendido espacialmente, pero graduado en su actualización contextual.

Ahora bien, en esta misma dimensión espacial los procesos des-

criben comportamientos compensatorios. Así, si por un lado parece incuestionable que los procesos debilitadores se encuentren muy intensificados en las zonas caribeñas en torno a la sibilante, compensatoriamente, resultan más conservadores y menos intensos con respecto a los procesos ligados a las vibrantes y a las nasales. Esta menor intensidad se muestra en que los procesos no aparecen extendidos a todos los contextos ni en todos los grupos. La velarización nasal se encuentra contenida por el proceso asimilatorio normal ante consonantes y sólo se produce con considerable densidad en las posiciones de fin de palabra, según los autores comentados. Además, las velarizaciones y elisiones crecen en ciertas capas sociales. Algo similar ocurre con el debilitamiento de las vibrantes, donde no resulta tan intenso el proceso de fricativización en contextos prevocálicos ni tan extendido socialmente.

Por otro lado, si la comunidad limeña, resulta comparativamente más conservadora en lo que atañe a la sibilante en posición prevocálica, esto contrasta con la intensidad en el debilitamiento y en la elisión de las vibrantes, incluso en posiciones restrictivas como las prevocálicas, muy extendidas en todos los grupos, y con la velarización generalizada de las nasales aun cuando se encuentren en contextos normalmente asimilatorios e incluso ante vocales en enlace discursivo. En los dos espacios dialectales, aparentemente opuestos respecto de la dirección de los procesos, se compensa la intensidad del debilitamiento de algunos fenómenos con el mantenimiento y reforzamiento de otros.

Al parecer la intensidad de las formas se correlaciona con la inmundidad al control consciente. Las valoraciones de los hablantes, positivas o negativas, concentradas sólo en determinados puntos lingüísticos, son responsables del curso de algunos procesos o fenómenos. Los procesos extendidos en todos los grupos sociales normalmente no generan valoraciones negativas. La mayoría de los procesos analizados se muestran inmunes a los controles valorativos. Sin embargo, existen formas claramente valoradas como la velarización de las vibrantes en Puerto Rico y la asibilación en Lima. Ante ellas, los hablantes desarrollan mecanismos de control en la producción y hasta muchas veces, como en el caso de Lima, de modificación. Pero hay que tener en cuenta que los sistemas valorativos no son uniformes dentro de

la comunidad lingüística, aunque indudablemente existen valores comunes para comunidades amplias. Por ejemplo, si el seseo en Hispanoamericana no genera valoraciones negativas, la asibilación de las vibrantes suscita actitudes particulares en distintas zonas. Por ejemplo, en México este fenómeno no provoca la actitud negativa que sí se expresa en algunos sectores de la ciudad de Lima.

Una perspectiva sociolingüística adecuada debe establecer las relaciones internas entre la intensidad lingüística y extralingüística de los procesos y su aceptabilidad o tolerancia expresada, a veces, en la concentración perceptiva discriminada sobre algunos fenómenos y en su consiguiente valoración y modificación. En el caso de la ciudad de Lima, sólo se tendrá una descripción sociolingüística adecuada cuando se analicen los procesos en los grupos migrantes y se observen los fenómenos en relación con los distintos sistemas valorativos que conviven en el mismo espacio geográfico.

### *Esquemas descriptivos de los procesos en Lima*

Utilizo el término *esquema* para referirme a una suerte de notación sintética como producto del procesamiento del corpus recogido en la ciudad de Lima. No se trata, pues, de reglas con valor psicológico alguno ni tampoco de predicciones sobre la dirección del cambio sino, más bien, de una presentación simplificada sobre las materializaciones fonéticas con mayor densidad cuantitativa. Estos esquemas comparten, sin embargo, como rasgo común con las reglas sociolingüísticas, la especificación de procesos variables, no categóricos, y privilegiados cuantitativamente, aun cuando no he sometido mis resultados a los modelos probabilísticos usados en la línea laboviana.

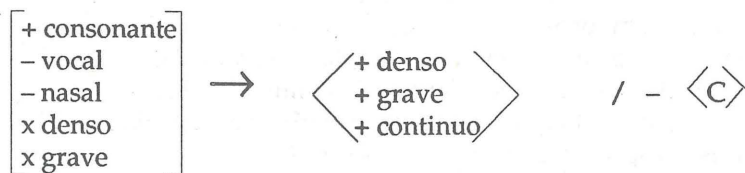
Pero la perspectiva que adopto me obliga a establecer algunas diferencias respecto de las reglas variables. De alguna manera, todas ellas implican la modificación o sustitución de una unidad que sirve de patrón referencial, normalmente coincidente con las unidades fonológicas invariantes o también con unidades abstractas consideradas representantes de patrones subyacentes. Coherentemente con la noción de *espacios de variabilidad* que he introducido, el *input* de los

esquemas no parte del privilegio de una forma determinada sino de conjuntos que se materializan y se especifican en la comunidad analizada, definiéndose en una dirección permitida de modo mayoritario o más o menos regular por dicha comunidad.

El *espacio de variabilidad* envuelve una continuidad o un margen de desplazamientos virtualmente permisibles en el ámbito de la lengua en cuestión actualizable en cualquiera de las formas incluidas en él, de modo que los esquemas presentados ilustrarán la actualización de una posibilidad dentro del espacio permisible de variabilidad del español. Esta interpretación dejará ver de modo transparente la conexión entre procesos que integran a muchas unidades, pero que se materializan en sólo algunas de ellas en la comunidad que ahora estudio, aunque podrían naturalmente actualizarse en cualquier otra según las diferentes comunidades de hablantes. La dirección de la flecha en el esquema no indica, pues, evolución sino especificación de una forma entre muchas posibles en el espacio estudiado.

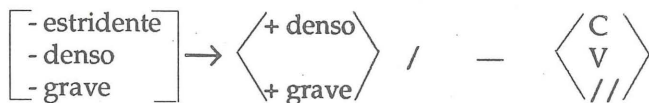
Pasemos al primer esquema que describe el comportamiento de todo el conjunto consonántico español en posición implosiva dentro del corpus que manejo.

*Esquema 1.*



que implica que todo el eje consonántico, representado por muchas unidades como /p b t d f k g x/, se puede materializar en posterior, densa o velar (sea cual fuere la terminología adoptada) cuando se sitúa ante consonante. Los ángulos son los normalmente usados en la metodología de la variación para indicar que se trata de un hecho variable y no categórico. Este esquema, condicionado por la posición, se correlaciona socialmente, de modo que la velaridad es mayor en clases sociales bajas. El proceso de elisión del segmento también se ve favorecido por la clase baja.

Esquema 2.

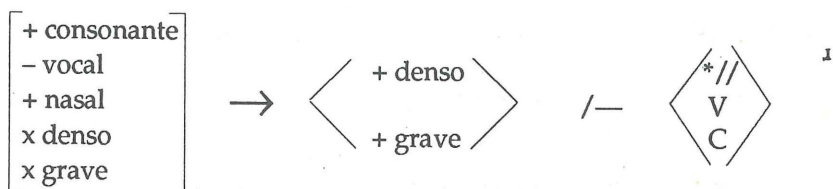


Esta formulación describe de modo particular el comportamiento de la sibilante que se realiza en aspirada, preferentemente ante los contextos señalados, cuyo orden vertical indica jerarquía en el peso cuantitativo del contexto que favorece más el proceso. En verdad, la posición preconsonántica es, sin duda, la mayoritaria, las demás son casi insignificantes desde el punto de vista cuantitativo de modo que podemos prescindir de ellas, logrando con ello la uniformidad de este proceso con el descrito en el esquema 1, que se dirige, hacia la velaridad, cualidad compartida por la forma aspirada. La aspiración constituye, pues, una forma conectora de distintos procesos referidos aparentemente a unidades disímiles (Cf. *supra* n. 34). En otras palabras, el esquema 2 está incluido en el esquema 1, pues se inscribe en el mismo proceso de velarización preconsonántica, indicado con los rasgos [+denso +grave] y también [+continuo]. Por otro lado, los rasgos [-denso -grave] del esquema 2 están lógicamente implicados en los valores [x denso x grave] del esquema 1, que admiten el juego alternante positivo y negativo.

En torno a la sibilante, el proceso no está restringido a una clase social y parece, más bien, un proceso general para las clases culta y popular, aunque todavía habría que investigarlo en los grupos migrantes. El proceso de elisión, en cambio, siguiendo el mismo orden condicionante, parece correlacionarse con la clase popular.

En verdad, el contexto que sirve de muro de contención del debilitamiento constituye la posición prevocálica, por ello este proceso no se encuentra muy avanzado en esta ciudad como lo está en las zonas del Caribe donde la aspiración se presenta con mayor fuerza justamente en este contexto restrictor y donde, por supuesto, la elisión es muy superior.

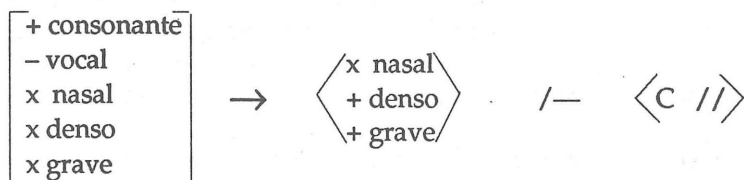
Esquema 3.



El esquema anterior supone que las nasales, sean cuales fueren sus puntos articulatorios, se materializan en velares o posteriores cuando están en situación preconsonántica, prevocálica en linde de palabra o prepausal. La verticalidad en que aparecen los condicionantes indica que he consignado aquí un orden jerárquico, aunque debería decir que el contexto prepausal resulta casi categórico, (lo expreso con el asterisco) mientras que el consonántico resulta todavía variable y sin duda estimulado, a veces, por el tipo de consonante labial. Como en los otros casos, la velaridad está generalizada y sólo la elisión se muestra más fuerte en la clase popular, aunque las cifras no son definitivas.

Ahora bien estos procesos, separados en distintos esquemas, pueden sintetizarse en la medida en que confluyen en un comportamiento común:

Esquema 4.

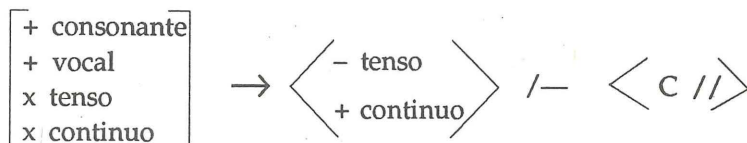


En una sola fórmula reúno los anteriores esquemas y los integro en una tendencia general, según la cual sean o no nasales (todo el eje consonántico no vocálico de nasales y no nasales, menos las líquidas) tienden a materializarse en esta comunidad como velares cuando se encuentran en situación implosiva, sea preconsonántica o prepausal (en este último caso, siempre que puedan ocurrir en esta posición).

Otros desplazamientos son posibles dentro del mismo espacio de variabilidad, pero los consignados resultan los más significativos en el corpus analizado y deberán confrontarse con los datos de los grupos migrantes y, por supuesto, con las otras manifestaciones dialectales.

Falta solo el esquema referido a las vibrantes, que en este corpus no registran velarización y, que por lo tanto, no pueden fusionarse con el conjunto anterior.

*Esquema 5.*



donde describo la tendencia hacia la fricatividad en contextos implorivos, sin consignar tendencias semejantes, aunque menores ante vocal, donde lógicamente queda incluida la posición distintiva intervocálica que tiende también a debilitarse. La horizontalidad de los condicionantes se debe a que no consigno la jerarquía, pues no resultó un hecho significativo en el corpus. Los procesos de fricatividad se muestran muy avanzados en los dos grupos sociales, si bien ostensiblemente más marcados que los procesos caribeños; en todo caso, la elisión se presenta más acentuada en la clase popular limeña.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Akamatsu, T. (1976). "Peut-on dissocier 'neutralisation' et 'archiphonème'?" *La Linguistique* 12, 2, 27-32.
- (1981). "About neutralization and archiphoneme". *La Linguistique* 17, 1, 127-130.
- (1987). "The notion of 'degree of relevance' in phonology". *La Linguistique* 23, 1, 49-62.
- Alarcos Llorach, E. (1964). "Algunas cuestiones fonológicas del español de hoy". En: *Presente y futuro de la lengua española*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 151-161.
- (1965). *Fonología española*. Madrid, Ed. Gredos.
- (1978). "Unités distinctives et unités distinctes". *La Linguistique* 14, 2, 39-53.
- (1988). "De nuevo sobre los cambios fonéticos del siglo XVI" En: *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, (Cáceres 30 marzo – 4 abril de 1987), Madrid, Arco Libros, 47-59.

- Alonso, A. (1951a). "Una ley fonológica del español. Variabilidad de las consonantes en la tensión y distensión de la sílaba". En: *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Madrid, Ed. Gredos, 288-303.
- (1951b). "Notas sobre una ley fonológica del español". En: *Estudios lingüísticos. Temas Españoles*. Madrid, Ed. Gredos. 304-307.
- (1953). "La pronunciación de rr y de tr en España y América". En: *Estudios lingüísticos. Temas Hispanoamericanos*. Madrid, Ed. Gredos, 151-195.
- Altamirano, T. (1984). *Presencia andina en Lima Metropolitana. Estudios sobre migrantes y clubes de provincianos*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Alvar, M. (1959). *El español hablado en Tenerife*. Madrid, *Revista de Filología Española*, Anejo LXIX.
- (1972). *Niveles socioculturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria.
- (1973). *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía, Granada*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. VI.
- (1982). "Fonética, Fonología y Ortografía". En: *La lengua como libertad*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 225-245.
- y A. Quilis (1984). *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica. Cuestionario*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Amacker, R. (1987). "Quand le phonème n'était pas le phonème". *Cahiers de Ferdinand de Saussure* 41, 7-20.
- Avram, A. (1972). "La neutralisation des oppositions entre les consonnes nasales en roumain et en espagnol". *Revue Roumaine de Linguistique* XVIII, 513-519.

- Bailey, C. (1973). *Variation and linguistic theory*. Virginia, Center for Applied Linguistics.
- Bailey, C. y Shuy W. eds. (1973). *New ways of analyzing variation in English*. Washington D.C., Georgetown University Press.
- Bartos, L. (1966). "Apuntes sobre la realización del fonema [B] en el español". *Etudes Romanes de Brno II*, 93-100.
- Becerra, S. (1985). *Fonología de las consonantes implosivas en el español urbano de Cartagena de Indias (Colombia)*. *Ensayo socio-lingüístico*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Benvenuto, P. (1936). *El lenguaje peruano*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (tesis de doctorado).
- Bloch, B. (1957). "Phonemic Overlapping". *American Speech* 16, 278-84, 1941. Reprod. en Joos (1957), 93-96.
- Boyd-Bowman, P. (1953). "Sobre la pronunciación del español en el Ecuador". *Nueva Revista de Filología Hispánica* VII, 221-233.
- Buyskens, E. (1972). "Phonème, archiphonème et pertinence". *La Linguistique* 8, 2, 39-58.
- (1977). "A propos de l'archiphonème". *La Linguistique* 13, 2, 51-54.
- Canfield, D. (1960 a). "Observaciones sobre el español salvadoreño". *Filología* VI, 46-49
- (1960 b) "Lima Castillian: the pronunciation of spanish in the City of the Kings". *Romance Notes* 2, 1, 12-15.
- (1962). *La pronunciación del español en América*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XVII.
- Caravedo, R. (1978). Sobre: M. Resnick (1975). *Revista Española de Lingüística*, 8, 1, 258-263.

- (1983). *Estudios sobre el español de Lima. I Variación contextual de la sibilante*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
  - (1987 a) *Estudio sobre el español de Lima. La variación en las vibrantes*. Lima, Pontificia Universidad Católica (tesis de magister).
  - (1987 b) Sobre: B. Lavandera, (1984). *Filología*, XXII, 1, 208-212.
  - (1987 c). "El Perú en el Atlas Lingüístico Hispanoamericano". *Lexis* XI, 2, 164-182
  - (1988). "Neutralización y variabilidad: convergencia de dos enfoques lingüísticos". *Homenaje a J.M. Lope Blanch*, México, UNAM, (en prensa).
  - (1989 a). *El español de Lima. Materiales para el estudio del habla culta*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
  - (1989 b). *Invariabilidad y variabilidad en fonología. Estudio sobre el español del Perú*, Madrid (tesis de doctorado).
- Cárdenas, D. N. (1958). "The geographic distribution of the assibilated R, RR, in Spanish America". *Orbis*: 407-414.
- (1967). Sobre: Delos L. Canfield (1962), *Sphinx* III, 16, 120-127.
- Carrión, E. (1985). "La lengua española en el ámbito geográfico nacional: métodos, antecedentes y perspectivas de la investigación". *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 20, 65-86.
- y Stegmann T.D. (1973). *Bibliografía del español en el Perú*. Tübingen, Niemeyer.
- Cedergren, H. (1973). "Interplay of social and linguistic factors in Panama". Ithaca, Cornell University (tesis inédita).
- (1983). "Sociolingüística". En: López Morales, H. (1983), 147-166.

- y D. Sankoff (1974). "Variable rules: performance as a statistical reflection of competence". *Language* 50, 2, 333-355.
- Cerdà, R. (1968). "Algunas observaciones en torno a la definición de r española". *Boletín de Filología Española* VII, 26-27, 19-24.
- Contreras H. (1971), *Los fundamentos de la gramática transformacional*. México, siglo XXI.
- Coseriu, E. (1958). *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Montevideo.
- (1981). *Lecciones de lingüística general*. Madrid, Ed. Gredos.
- Cressey, W. (1980). "Sobre la abstracción en la fonología generativa y ciertos fenómenos del castellano". En: Guitart, J. y J. Roy eds. (1980), 113-137.
- Chomsky, N. (1972). "Phonology". En: N. Chomsky *Selected Readings*, London, Oxford University Press, 69-100.
- y M. Halle (1968). *The sound pattern of English*. New York, Harper & Row Publishers.
- Danesi, M. (1978). "Algunas observaciones teóricas sobre el archifonema". *Anuario de Letras* XVI, 237-246.
- (1982). "The description of Spanish /b, d, g/ revisited". *Hispania* 65, 252-258.
- Dinnsen, D. (1985). "A re-examination of phonological neutralization". *Journal of Linguistics* 21, 265-279.
- y J. Luce (1984). "Phonological neutralization, phonetic implementation and individual differences". *Journal of Phonetics* 12, 49-60.
- F. D'Introno y J.M. Sosa (1977). "Elisión de la /d/ en el español de Caracas: aspectos sociolingüísticos e implicaciones teóricas". En:

*II Simposio de Dialectología del Caribe Hispánico*, Sto. Domingo.

Donni de Mirande, N. (1987). *Variación y cambio en el español de la Argentina*. Rosario (ms).

Escobar, A. (1978). *Variaciones sociolingüísticas del castellano en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

— (1981). "Refonologización o velocidad de ciertos cambios en el español amazónico". En: *Logos Semantikós* (Homenaje a E. Coseriu) V, 425-433.

— (1987). *Cambios en la sociedad y en el habla 'limeña'*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Serie Lingüística Nº 1.

Escobar, A. M. (1986). *Types and stages of bilingual behavior: a socio-pragmatic analysis of bilingual spanish*. New York, State University at Buffalo. (Tesis de doctorado).

— (1988). *Hacia una tipología del bilingüismo en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, documento de trabajo 28.

Fasold, R. (1970). "Two models of socially significant linguistic variation". *Language* 46, 3, 551-563.

Etxebarria, M. (1985). *Sociolingüística urbana: el habla de Bilbao*: Salamanca, *Acta Salmanticensia*.

Fernández-Sevilla, J. (1980). "Los fonemas implosivos en español". *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXXV, 1-50.

Fodor, J. y J. Katz (1964). *The structure of language. Readings in the philosophy of language*. New Jersey, Prentice-Hall Inc., Englewood Cliffs.

Fourakis, M. (1984). "Should neutralization be redefined"? *Journal of Phonetics* 12, 291-296.

Granda, G. de (1966). *La estructura silábica y su influencia en la evolución*

fonética del dominio ibero-románico, Madrid, Anejo de la *Revista de Filología Española*, LXXXI.

- (1969). "La desfonologización de /R/ – /r/ en el dominio lingüístico hispánico". *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo* 24, 1-11.
- (1977). *Estudios sobre un área dialectal hispanoamericana de población negra*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo XLI.
- (1977). "Neutralización de fonemas consonánticos en distensión silábica en Sn. Juan de Micay, Colombia". En: G. de Granda (1977), 128-148.
- (1978). "La velarización de /R/ en el español de Puerto Rico". En: *Estudios lingüísticos hispánicos, afrohispanicos y criollos*. Madrid, Ed. Gredos, 11-68

Guitart, J. (1976). *Markedness and a cuban dialect of spanish*. Washington D.C, Georgetown University Press.

- (1978). "Aspectos del consonantismo habanero: reexamen descriptivo". *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española* VI, 2, 95-114.
- (1979). "¿Cuán autónoma es la fonología natural del español cubano de Miami?". *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada* 17, 49.
- (1981). "En torno a la sílaba como entidad fonemática en los dialectos del Caribe Hispánico". *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXXVI, 1-7.
- (1983). "Fonología" En: López Morales, ed. (1983) 83-114.
- y J. Roy eds. (1980). *La estructura fónica de la lengua castellana*. Barcelona, Ed. Anagrama.

- Guitarte, G. (1984). "Cecear por gracia". En: *Actas del VII Congreso de la ALFAL*, Sto. Domingo, 127-142.
- Hála, B. (1966). *La sílaba. Su naturaleza, su origen y sus transformaciones*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Hara, M. (1973). *Semivocales y neutralización*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1970). "En defensa del concepto 'fonema' contra la fonología generativa de la escuela de Chomsky" En: *Actas del 3er Congreso Internacional de Hispanistas*. México, El Colegio de México, 435-442.
- Harris, J. (1969). *Spanish Phonology*. Cambridge, The M.I.T. Press.
- (1971). "Aspectos del consonantismo en español". En: Heles Contreras (1971), 164 -185.
- (1983). *Syllable structure and stress in spanish*. Cambridge, The M.I.T. Press.
- Hjelmlev, L (1964). "Note sur les oppositions supprimables". *Etudes phonologiques dédiées a la memorie de M. Le Prince N. S. Trubetzkoy*. Univ. of Alabama Press, Reprod. de *Travaux du Cercle Linguistique de Prague* # 8, 1939.
- (1976). *Sistema lingüístico y cambio lingüístico*. Madrid, Ed. Gredos.
- Hooper, J. (1973). *Aspects of natural generative phonology*. California, UCLA, PH. D. Dissertation.
- (1975). "The archisegment in natural generative phonology". *Language* VII, 51, 3, 536-560.
- Jakobson, R. (1931). "Projet de terminologie phonologique standardisée". *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, IV, 309 - 323.
- y M. Halle (1956). *Fundamentals of language*, The Hague, Mou-

ton. Trad. esp. *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, Ed. Ciencia Nueva, 1967.

— G. Fant y M. Halle (1965). *Preliminaries to speech analysis*. Cambridge, The M.I.T. Press.

— & L. Waugh (1979). *The sound shape of language*. Harvester Press. Trad. esp. *La forma sonora de la lengua*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Joos, M. (1957). *Readings in linguistics I*. Chicago, the University of Chicago Press.

Kay, P. y Ch. Mc. Daniel (1979). "On the logic of variable rules". *Language in Society* 8, 151-187.

Kiparsky, P. (1983). "La explicación en fonología". En: Peters, S. ed. (1983) 279-336.

Labov, W. (1966). *The social stratification of English in New York City*. Washington, Center for Applied Linguistics.

— (1969). "Contraction, deletion and inherent variability of the English copula". *Language* 45, 4, 715-762.

— (1972) *Sociolinguistic Patterns*, Philadelphia, Univ. of Pennsylvania Press.

— (1973) "The boundaries of words and their meanings". En: Bailey, Ch. J. y R. W. Shuy eds. (1973), 340-373.

— (1977). "La evolución interna de las reglas lingüísticas". En: Stockwell, R. y R. Macaulay eds. (1977), 146-232.

— (1981) "What can be learned about change in progress from synchronic description". En: D. Sankoff y H. Cedergren, (1981), 177-199.

Lapesa, R. (1963). "El andaluz y el español de América". En: *Presente*

*y futuro de la lengua española*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, Vol. II, 173-182.

- (1980). *Historia de la lengua española*. Madrid, Ed. Gredos, 8a. edición.

Lavandera, B. (1984). *Variación y significado*. Bs. As., Ed. Hachette.

Lehmann, W. y Y. Malkiel (1968). *Directions for historical linguistics*. Austin, University of Texas Press.

Lenz, R (1940). "Estudios chilenos (Fonética del castellano de Chile)". En: *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* 87-143.

Lope Blanch, J. (1967) "Para el conocimiento del habla hispanoamericana: Proyecto de estudio del habla culta de las principales ciudades de Hispanoamérica" En: *el Simposio de Bloomington (1964), Actas, Informes y Comunicaciones*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 255-267.

- ed. (1977). *Estudios sobre el español hablado en las principales ciudades de América*. México, UNAM.

- (1978). "La sociología y la dialectología hispánica". *Cuadernos de lingüística de la ALFAL*, México, Centro de lingüística Hispánica, 35-58.

- (1983) "Grados del polimorfismo lingüístico". En: *Estudios lingüísticos en memoria de Gastón Carrillo - Herrera*. Bonn, 105-109

- (1988). "La labiodental sonora en el español de México", *Nueva Revista de Filología Hispánica*. XXXVI, 153-170

López Morales, H. (1965). Neutralizaciones fonológicas en el consonantismo final del español de Cuba". *Anuario de Letras* V, 183-190.

- (1981). "Estudio de la competencia sociolingüística: los mode-

- los probabilísticos". *Revista Española de Lingüística*. 11, 2, 242-268.
- (1980). "Velarización de /n/ en el español de Puerto Rico". *Lingüística Española Actual* II, 203-217.
- (1983) *Estratificación social del español de San Juan de Puerto Rico*. México, UNAM.
- ed. (1983). *Introducción a la lingüística actual*. Madrid, Ed. Playor.
- (1989) *Sociolingüística*. Madrid, Ed. Gredos.
- Lyons, J. (1968). *Introduction to theoretical linguistics*. London, Cambridge University Press.
- Malmberg, B. (1965). "La estructura silábica del español". En: *Estudios de fonética hispánica*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas 3-28.
- Manoliu, M. (1977). *El estructuralismo lingüístico*. Madrid, Ediciones Cátedra.
- Mariner, S. (1958). "'Latencia' y 'neutralización', conceptos precisables". *Archivum* VIII, 15-32.
- Martinet, A. (1936) "Neutralisation et archiphonème". *Travaux du Circle Linguistique de Prague*. VI, 46-57.
- (1968 a) "Neutralisation et syncretisme". *La Linguistique* 1, 1-20.
- (1968 b) *La lingüística sincrónica*. Madrid, Ed. Gredos.
- Martínez, F.M. (1983). *Fonética y sociolingüística de la ciudad de Burgos*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Matluck, J. (1961). "Fonemas finales en el consonantismo puertorriqueño". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 15, 332-342.

- Matluck, J. y E. Haden (1977). "El habla culta de La Habana: análisis fonológico preliminar". En: Lope Blanch (1977) 13-37.
- Menendez Pidal, R. (1962). "Sevilla frente a Madrid". *Miscelánea. Homenaje a André Martinet* T. III, Canarias, Univ. de la Laguna, 99-165.
- Mendoza, A. y col. (1976). *Sistema fonológico del castellano y variantes regionales* (Investigación "El lenguaje del niño peruano hispanohablante", Informe parcial 3), Lima, I.N.I.D.E.
- Morales, A. (1986). *Gramáticas en contacto: análisis sintácticos sobre el español de Puerto Rico*. Madrid, Ed. Playor.
- Muljagic, Z. (1969) *Fonología general*. Barcelona, Ed. Laia. 1974.
- Navarro, T. (1946) *Fonología española*. New York.
- (1948). *El español de Puerto Rico*. Río Piedras, Univ. de Puerto Rico.
- (1950). *Manual de pronunciación española*. Madrid.
- Paredes, L. (1989). *La asibilación de las vibrantes en el español andino*. Lima, Pontificia Universidad Católica, (tesis inédita).
- Perissinotto, G. (1975). *Fonología del español hablado en la ciudad de México. Ensayo de un método sociolingüístico*. México. El Colegio de México.
- Pieper, U. y G. Stickel eds. (1985). *Studia lingüística diachronica et synchronica*. Werner Winter sexagenario. Berlín, Mouton y de Gruyter.
- Peters, Stanley, ed. (1983). *Los objetivos de la teoría lingüística*. Madrid, Ed. Gredos
- Pilch, H. (1985) "The native speaker in linguistic research: an exercise in heresy". En: Pierper y Stickel eds. (1985) 657-670.

- Poplack, S. (1980) "The notation of the plural in Puerto Rican Spanish: competing constraints on /s/ deletion". En: Labov, W. ed. *Locating Language in Time and space*. New York Academic Press, 55-67.
- (1980) "Deletion and disambiguation in Puertorican Spanish". *Language*, 56, 2, 371-385.
- Port, R.F. y M.L. O'Dell (1985) "Neutralization of syllable-final voicing in German". *Journal of Phonetics* 13, 4, 455-472.
- Quilis, A. (1964 a). "Datos fisiológico – acústicos para el estudio de las oclusivas españolas y de sus correspondientes alófonos fricativos" *Homenajes* (Estudios de Filología Española) I 33-48.
- (1964 b). "La juntura en español: un problema de fonología". En: *Presente y futuro de la lengua española vol. II*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 163-171.
- (1965). "Description phonétique du parler madrilène actuel". *Phonetica* 12, 19-24.
- (1981). *Fonética acústica de la lengua española*. Madrid, Ed. Gre-dos.
- (1984). *Bibliografía de fonética y fonología españolas*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1986). "La vieja y siempre nueva fonoesilística". *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la lengua española*, XIV 2, 111– 138.
- y J. Fernández (1973). *Curso de fonética y fonología españolas para estudiantes angloamericanos*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Resnick, M. (1975). *Phonological variants in spanish-american dialects*. The Hague, Mouton.

- Rodriguez-Castellano, L. y A. Palacio (1948). "Contribución al estudio del dialecto andaluz: el habla de Cabra". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* IV, 581-592.
- Rosenblat, A. (1967). "Contactos interlingüísticos en el mundo hispánico: el español y las lenguas indígenas de América". En: *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas* (Nimega 2-25 de agosto de 1965), Nimega, 109-154.
- Rivarola, J. L. (1986). "El español del Perú: balance y perspectiva de la investigación". *Lexis*, X, 1, 25-52.
- (1989). "Una nota sobre la historia de la velarización de /š/ en español". *Anuario de Lingüística Hispánica*, V, 221-231.
- Rousseau, P. y D. Sankoff (1978). "Advances in variable rule methodology". En: Sankoff D., ed. (1988), 97-117.
- Salvador, G. (1968) "Neutralización G-/K- en español" *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, IV Madrid, 1739-1752.
- (1981). "Discordancias dialectales en el español atlántico". En el *I Simposio Internacional de Lengua Española*, Las Palmas, Excimo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 351-362.
- Sánchez Corrales, V. (1986). "Escisión fonológica de /J/ en el español de Costa Rica". *Filología y Lingüística* XII 2, 129-133.
- Sankoff, D., ed. (1978): *Linguistic variation: models and methods*: New York, Academic Press.
- y W. Labov (1979) "On the uses of variable rules". *Language in Society* 8, 189-222.
- y H. Cedergren eds. (1981). *Variation Omnibus*. Canada Linguistic Research Inc.

- Saporta, S. (1959) "*Morpheme alternants in spanish*". En Kahane T.R. y A. Pietrangeli eds. (1959), 15-162.
- (1965) "Ordered rules, dialect differences, and historical processes". *Language* 41, 218-24.
- Schane, S. (1973). *Generative Phonology*. New Jersey, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- (1977). "Reglas naturales en fonología". En: Stockwell, R. y R. Macaulay (1977), 268-305.
- Silva-Corvalán, C. (1989). *Sociolingüística. Teoría y Análisis* Madrid, Ed. Alhambra.
- Solntsev, S. M. (1972) "On invariants and variants in linguistics". *Proceedings of the 11 th International Congress of Linguistics*. II, 61-70.
- Stockwell, R. y R. Macaulay (1977). *Cambio lingüístico y teoría generativa*. Madrid, Ed. Gredos.
- Swadesh, M. (1934). "The phonemic principle". *Language* 10, 117-129.
- Terrell, T. (1975 a). "La aspiración y la elisión en el español cubano. Implicaciones para una teoría fonológica dialectal". En *Actas del IV Congreso de la ALFAL*. Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 627-637.
- (1975 b) "La nasal implosiva y final en el español de Cuba". *Anuario de Letras* XIII, 257-271.
- (1976 a) "Aspiration and deletion of final /s/ in cuban spanish". *Sixth California Linguistics Association Conference Proceedings* 63-75.
- (1976 b) "La variación fonética de /r/ y /rr/ en el español cubano". *Revista de Filología Española* 58, 109-132.

- (1978). "La aspiración y elisión de /s/ en el español porteño". *Anuario de Letras* XVI, 41-66.
- (1980). "Teoría generativo-transformacional y dialectología castellana". En Guitart, J. y J. Roy eds. (1980), 203-246.
- (1987) "Condicionamiento funcional en el cambio fonológico". En: *Actas del VII Congreso de la ALFAL* (Sto. Domingo, 1984), Santo Domingo, 1987, 309-320.

Torreblanca, M. (1978). "El fonema /s/ en la lengua española". *Hispania* 61, 77-82.

- (1980 a). "Factores condicionadores de la distribución de los alófonos consonánticos españoles". *Hispania* 63, 4, 730-736.
- (1980 b). "La sílaba española y su evolución fonética". *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXXV, 3, 506-515.
- (1984). La asibilación de *r* y *rr* en la lengua española. *Hispania* 67, 4 614-616.
- (1989). "La /s/ implosiva en español: sobre las fechas de su aspiración". Bogotá, *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XLIV, N<sup>o</sup> 2: 281 - 303

Trnka, B y otros (1958). "Prague structural linguistics". *Philologica Pragensis* Vol. I. Trad. esp. "La lingüística estructural del Círculo de Praga". En *El Círculo de Praga*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1971, 13-29.

Trubetzkoy, N.S. (1939). *Grundzüge der Phonologie*. Prague. Trad. esp. *Principios de fonología*. Madrid, Ed. Cincel, 1973.

Vachek, J. (1971). "Fonemas y unidades fonológicas" en: B. Trnka y otros (1958) 64-71

Vennemann, (1972). "On the theory of syllabic phonology". *Linguistische Berichte* 18, 1 - 18

Verdera, F. (1985). *La migración a Lima entre 1972 y 1981: anotaciones desde una perspectiva económica*. Lima, Fundación Friedrich Ebert.

Vion, R. (1974). "Les notions de neutralisation et d'archiphonème en phonologie". *La Linguistique* 10, 1, 33-52.

Wartburg, W. (1951). *Problemas y métodos de la lingüística*. Madrid, Pub. de la Revista de Filología Española.

Weinreich, U. (1954). "Is a structural dialectology possible?". *Word* 10, 2, 388-400.

- W. Labov, H. I. Herzog (1968). "Empirical foundations for a theory of language change". En: Lehmann y Malkiel (1968), 97-95.

SOCIOLINGÜÍSTICA DEL ESPAÑOL DE LIMA

Se terminó de imprimir  
el mes de diciembre de  
1990 en los talleres de  
Editorial e Imprenta Desa (Reg. Ind.16521),  
General Varela 1577, Lima 5, Perú.  
Se hicieron mil ejemplares.

## PUBLICACIONES RECIENTES

TEOFILO ALTAMIRANO

*Los que se fueron. Peruanos en Estados Unidos.* 1990. 194 p.

TEODORO HAMPE MARTINEZ

*Don Pedro de la Gasca, 1497-1567. Su obra política en España y América.* 1989. 426 p.

MAYNARD KONG

*Cálculo integral.* 1989. 373 p.

*Lenguaje ensamblador. Macro Assembler.* 1989. 226 p.

CESAR LANDA ARROYO

*Derecho político. Del gobierno y la oposición democrática.* 1990. 160 p.

JOSE ANTONIO PAYET

*La responsabilidad por productos defectuosos.* 1990. 2 t. (Biblioteca Para leer el Código Civil. Vol. VIII).

FRANKLIN PEASE G.Y.

*Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú.* 1989. 226 p.

MARCIAL RUBIO CORREA

*La invalidez del acto jurídico.* 1990. 139 p. (Biblioteca Para leer el Código Civil, Vol. IX)

VIOLETA SARA-LAFOSSE, CARMEN CHIRA Y BLANCA FERNANDEZ

*Escuela mixta: alumnos y maestros la prefieren.* 1989. 141 p.

FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA, ROGER RODRIGUEZ ITURRI, CARLOS CARDENAS QUIROS y JOSE ALBERTO GARBALDI (EDITORES)

*La familia en el Derecho peruano. Libro homenaje al Dr. Héctor Cornejo Chávez.* 1990. 612 p.

JOSE LUIS RIVAROLA

*La formación lingüística de Hispanoamérica.* 1990. 254 p.

MARCIAL RUBIO CORREA

*La invalidez del acto jurídico.* 1900. 139 p. (Biblioteca Para leer el Código Civil, Vol. IX)



